

E I S

Segunda parte: ampliaciones, complementos, divagues

POR QUE ESTA SEGUNDA PARTE

Las páginas que siguen representan una ampliación y un complemento de algunos temas que fueron tratados en la Primera Parte de "Religaciones. Un experimento del vivir (y del después)". En rigor, es allí donde se encontrará expuesta de una manera orgánica y completa la cosmovisión que me he dado, basada en la figura fabulada de Eis. En esta Segunda Parte, en cambio, se amplían o clarifican algunos puntos expuestos en la Primera, a la vez que también se deja testimonio, un tanto errático, de ciertos derroteros del pensamiento en que me entretuve a lo largo de estas décadas.

Camino erráticos, sí, pero que guardan siempre estrecha relación con Eis, y que pueden contribuir a entender más acabadamente mi visión basada en ella, si es que ese entendimiento llegara a interesarle a alguien.

M.S.

PRIMERA SECCION: AMPLIACIONES Y PRECISIONES EN TORNO
A LA COSMOVISION BASADA EN EIS.

A. El erotismo y la implantación fundamental del hombre.

NAVEGANDO EN UNA POMPA DE EROTISMO

La situación religiosa muestra a todas luces el aspecto y la dinámica de un asunto erótico, aunque no pueda explicar de qué naturaleza es ese erotismo, de dónde proviene, cuál es su función, qué busca, cómo actúa. Pero sí resulta claro que ese erotismo aparece ligando a las cosas entre sí, y a cada una con el Todo. Inútil querer entender estos juegos, estos vínculos y movimientos eróticos de todo lo que es.

* * *

A los efectos de mi vivir más profundo, me basta con saber que Eis es un imponente polo erótico, una especie de "horno" generando erotismo a bocanadas. Pero sí me importa señalar que el de Eis no es un amor indistinto, que se prodigue a la buena de Dios en dirección al que esté más cerca o al primero que llegue.

Lo siento, en cambio, como un amor dirigido a su objeto específico, ése en particular, y no ningún otro; un amor que hasta parece adaptado hasta el último detalle de la persona a quien se dirige.

En mi caso particular -y por supuesto en el de cada entidad-, la impresión que recojo es de que el erotismo de Eis está concebido a la medida de mi receptividad amorosa; y hasta podría llegar a sentir -si no fuera delirante- que Eis está hecha expresamente para amarme en la forma precisa en que yo necesito ser amado...

Esta afirmación, que parece un arranque de egolatría, no debería extrañarnos demasiado si fuera verdad lo que yo pienso muchas veces (siguiendo con el discurso delirante): que no existe una sola Eis, sino muchas, infinitas "Eises", tantas como cosas y seres hay. O sea que cada uno anda por la vida con su Eis propia, construida a su exactísima medida, y "pensada" para colmar hasta el último resquicio de lo que uno es.

Cómo no considerarla, entonces, la amante perfecta: es un ser completísimo, o sea que, por la natural reciprocidad del impulso amoroso, reclama de nosotros todos nuestros máximos; nos brinda un amor personalizadísimo y amoldado a nuestras especificidades; se encuentra siempre al máximo de su capacidad erótica enfocada hacia mí, dándome lo más a cada momento sin disminución ni mengua alguna; su erotismo, además, no puede cesar jamás ni desviarse de objeto. A decir verdad, qué más puede pedir un amante. Allí no falta nada.

De ese modo, todos somos el centro único de un amor absoluto y personalizadísimo. Como si viviéramos en "situación placentaria", flotando dichosamente en un gigante ámbito erótico, constituidos en el núcleo de una portentosa pompa de erotismo.

* * *

Asimismo, el erotismo se aparece como el motor del "más-ser". Sólo gracias al erotismo, el verbo ser alcanza su plenitud, talmente como si el erotismo tuviera el poder de desplegar hasta sus máximos posibles a lo que es. ¿Por qué el erotismo se constituye en el motor fundamental de ser? He aquí otra inexplicabilidad; pero el hecho cierto es que el erotismo obra así, siempre y en cualquier orden. Y sobre todo en el de ser.

* * *

Pero para que la situación religiosa pueda vivirse a plenitud, el erotismo debe estar dirigido con la mayor fuerza hacia Eis, así como a las cosas-que-son (por ser plasmaciones de Eis), y no hacia otros rumbos que nada tengan que ver con ello (y es lo habitual). Cuando se ama hasta el máximo a Eis y a las cosas-Eis-que-son, el sujeto amador crece hacia su completud de ser. Aunque tampoco podamos explicar por qué esto es así.

* * *

Otra "novedad" que trae obligatoriamente la situación religiosa tal como yo la entiendo, es la indispensable reivindicación y revalorización del yo, tanto en su vertiente corporal como psíquica. Ya no pueden admitirse tendencias acaso inconscientes que, tal como ocurre hoy, conduzcan a distintos grados de autoagresiones; ni tampoco cabe temerle al cuerpo como una constante amenaza. En la situación religiosa, el yo psíquico y corporal es nuestro instrumento glorioso que nos permitirá vivirla en su plenitud.

* * *

Otra novedad, por último: vivir la situación religiosa implica necesariamente un sentido ascensional de la existencia. Nosotros, hoy, vivimos con un concepto "descensional": a medida que el hombre avanza en su trayectoria de vida, fatalmente desciende hacia el deterioro progresivo y la destrucción final. Ahora es al revés: la situación religiosa, en cuanto nos va ligando cada vez más a Eis y a las cosas-que-son, nos hace avanzar en una dirección de creciente completud; o sea que vamos encaminados hacia una plenitud cada vez mayor, lo que significa marchar en un sentido siempre ascendente, no descendente.

LA NECESIDAD DE "CAMBIAR DE COSMOS"

Como se dijo en "Eis. Un experimento del vivir (y del después)", es imposible pensar en dar un paso en dirección a Eis, y más aún, querer fundirse eróticamente con ella, si antes no nos instalamos en "otro cosmos", muy diferente del que hoy pisamos.

Hoy no nos damos cuenta, pero es muy peculiar la visión que tenemos del universo. Conviene analizarla y descubrirle lo que no suele verse.

Para empezar, la visión del cosmos con las que nos manejamos actualmente proviene sin duda de la óptica científica. No se necesita ser un científico para mirar el cosmos con ojos impregnados de científicidad. Hasta el hombre común, aún sin saberlo él mismo, utiliza la visión cosmológica que proporciona la ciencia actual. Es que si no lo hiciera, se lo consideraría un demente o un extravagante: tal el férreo despotismo con que nos obliga a mirar el saber científico, dado su colosal prestigio en la hora actual.

Y en cuanto al papel que le asigna a ese cosmos el hombre actual, señalaría tres aspectos:

- 1 - para la mayoría de la gente, el cosmos no es más que una especie de telón o decorado de fondo, casi un ámbito escenográfico en el que van a enmarcarse los asuntos humanos;
- 2 - el cosmos funciona para el hombre común como una especie de "almacén" de elementos útiles a los que cada cual acudirá para hacer realizables sus actos;
- 3 - también suele vérselo como un espacio instrumental con el que contar para llevar a término nuestras empresas humanas.

O sea que se trata en los tres casos de un cosmos fuertemente funcionalizado, que sólo cuenta para el hombre en la medida en que está a su servicio. De otra manera: para esta forma tan estrecha y parcializada de mirar, el cosmos como tal no existe. Es nuestro servidor, nuestra herramienta, nuestro telón de fondo, y poca cosa más. El resultado de semejante visión es apenas un cosmos trivializado, gris, rutinizado, desvaído, carente de maravilla, válido sólo para ser manejado de la manera más crasa.

Si le agregamos a aquella visión científica esta funcionalizada que percibe el hombre común, tendremos la imagen que resulta "normal" para la inmensa mayoría de la humanidad civilizada (si no para toda ella). Y es

con esa imagen que se arma y se articula el vivir personal de cada hombre de este tiempo.

Pero salta a la vista que ella nada tiene en común con la que debe manejar una cosmovisión basada en Eis. Para ésta, ni la imagen científica ni la funcional tienen interés. Por eso afirmo la necesidad de "cambiar de cosmos": mudarse de un cosmos científico y meramente instrumental, a un cosmos impregnado de lo que Eis significa y es.

PAREJA HUMANA Y PAREJA RELIGIOSA

Si bien se mira, el vivir habitual del hombre lo induce a caer en dos falacias o "errores" de apreciación, que le condicionan la vida entera, su estructura psicológica fundamental y el cuadro de valores que orientan su existencia toda.

Por un lado -primera "impresión" falaz-, sus acciones diarias lo van poniendo en contacto permanente con experiencias parciales o fragmentarias, con las que tiene que manejarse momento a momento, y que son las que tejen la trama de su existencia concreta.

De allí el ser humano "deduce" (aunque no se lo formule así de modo expreso) que su naturalidad es lo fragmentario, lo parcializado, puesto que desde ese fragmentarismo vive y se alimenta a cada paso.

Sin embargo, la realidad es otra -como ya lo consigné en otra parte-: contrariando esa experiencia que se nos presenta de un modo tan evidente, la naturalidad más profunda del ser humano no es la fragmentariedad sino la totalidad.

Claro que esta noción, por no surgir espontáneamente de la experiencia inmediata del vivir y contradecirla frontalmente, será el fruto de una larga y difícil elaboración, que por lo tanto muy pocos alcanzan. Supone abstraerse de la realidad inmediata, tomar distancia de lo que percibimos a cada momento e internarnos en un terreno que nos exige un arduo trabajo de comprensión de lo que ocurre en otros planos más de fondo.

Es que nada, en el vivir corriente, nos induce a pensar en esa totalidad y a mostrarnos que, en el fondo, en nuestra esencia última, vivimos con y desde ella. (Incluso no es nada fácil demostrarlo: no sé si al final no se trata de una intuición de éstas que yo llamo "viscerales", esto es, indemostrables, pero también imposibles de soslayar).

* * *

La segunda falacia a que nos arrastra nuestra peculiar mecánica de vivir: todos nos sentimos a nosotros mismos como si fuéramos talmente entidades autónomas que se mueven en el escenario cósmico con un amplio margen de libertad.

Por ejemplo: si yo decido detener ahora mismo esta escritura, así lo hago sin más. Si me propongo ponerme de pie, nadie me lo impide. Si me place salir a caminar, lo haré. Si resuelvo que nada de esto que escribo deberá conocerse nunca, así ocurrirá, porque yo soy libre de dar los pasos necesarios para que así suceda, etc.

Lo mismo en otro orden, de mucho mayor peso: a cierta altura de mi vida, yo tuve que decidir qué profesión elegiría, a qué posición aspiraba en el medio social, a qué mujer prefería para fundar con ella una familia, qué tipo de educación les daría a mis hijos, etc. Y así lo hice "por mí mismo", luego de compulsar determinados criterios y valores.

Pero de ese modo yo voy teniendo en todos los casos la impresión de ser una entidad en muy alto grado autónoma, independiente, que puede elegir por sí los pasos a dar en los más variados asuntos que le conciernen.

Dicho en otros términos: la experiencia más directa y espontánea del vivir me habla de una especie de unipolaridad, que sería característica de todo ser humano. Yo constituiría, según me lo sugiere esa experiencia de cada día, de cada momento, un polo separado que goza de un alto grado de decisión autónoma.

Y aquí vuelve a repetirse el caso anterior: nuestro sentir espontáneo nos induce a creer que somos de una determinada manera... pero no somos así, ni mucho menos. En este caso, nos concebimos resueltamente unipolares, porque creemos actuar unipolarmente momento a momento. Pero resulta... que no lo somos en absoluto; es obvio que esa sensación de "autonomía" es por completo engañosa.

Toda acción humana, cualquiera que sea, está presuponiendo un sector de realidad externa en la que nos apoyamos para llevarla a cabo. Hagamos lo que hagamos, siempre quedamos referidos a un "otro", a un "algo fuera", con el que tenemos que contar y con el que nos conectamos cada vez. Jamás obramos solos, como si fuéramos entidades solipsistas y autosuficientes.

En este primer sentido, la bipolaridad es inherente a nuestra condición, impuesta por la ineludible mecánica del vivir. Podría decirse que nuestra condición última es bipolar, aunque ello no se vea así de buenas a primeras. Otra vez se trata de una noción que hay que elaborar, y en forma por demás trabajosa, porque va en contra de lo que nos dicta nuestra experiencia directa del vivir.

* * *

Pero pienso que, aparte de esta primera bipolaridad fáctica, que nos acompaña día y noche y de la que es imposible prescindir, hay que pensar

en otra bipolaridad mucho más profunda, y que es a mi juicio clave última de lo que somos.

Yo pienso que todo ser humano, para poder cumplirse plenamente como tal, tiene que estar organizado todo él según una estructura bipolar "central", diríamos, una especie de eje básico que lo vertebre y lo encauce, condicionando todas y cada una de sus acciones.

Esta bipolaridad fundamental tiene, a mi juicio, que reunir dos condiciones: por un lado, ser única, dominante y rectora, sin admitir ninguna otra bipolaridad que no le esté subordinada; por el otro, contemplar, además, aquella vocación de totalidad a la que antes me refería.

Sólo organizado así, el individuo podrá caminar con la máxima coherencia y la más alta fortaleza de su ser; y sólo así podrá, a la vez, impulsar a su Yo en todas las direcciones posibles, proyectándolo hacia el Todo, como lo pide nuestro destino último.

* * *

Resumiendo este tema de la bipolaridad inherente al ser humano, y para ser más exactos, habría que distinguir tres clases de bipolaridades:

- 1) bipolaridades funcionales: todo acto humano es bipolar, en cuanto el Yo, para realizarlos, debe apoyarse siempre en un sector de lo externo;
- 2) bipolaridades estructurales y permanentes, pero de dimensión parcial, en torno de las cuales puede -y suele- organizarse el vivir humano (vocación, posición social, familia, afectos, etc.);
- 3) bipolaridad fundamental: única, estructuradora, total, central, de fondo, operando entre el Yo y Eis.

Debe entenderse que las tres bipolaridades juegan a la vez, no son excluyentes. Lo importante es el orden jerárquico y la "disposición" que adopten en el diseño del vivir:

- * la principalísima y dominante tiene que ser la 3);
- * a ella deben subordinarse las que están en 2);
- * en función de ambas operarán las número 1).

* * *

Agregaría otro elemento a tomar ciertamente en cuenta: que esa bipolaridad fundamental del hombre (la 3) se debe cumplir en torno a lo que podría llamarse su "centro afectivo". Porque creo que el hombre es en última instancia un "bicho afectivo", un ente organizado medularmente en torno a su peripecia afectiva, y que en esa peripecia se encierra lo capital de "lo que le pasa" en este mundo.

Por eso pienso que todo individuo humano, para cumplirse cabalmente, debe estructurar su ser en torno a ese "eje" o esa médula fundamental, marcada centralmente por su afectividad. Ese centro afectivo le indicará su

camino, impregnará sus valores, determinará sus rumbos y posturas de vivir.

* * *

Y por aquí venimos a desembocar en lo que parece ser otra apreciación más que dudosa, si no falaz: el modelo de bipolaridad afectiva central en que se apoyó por siglos el ser humano, fue la institución "pareja".

Se diría que el hombre lleva poderosamente implantada la idea de que un mandato ineludible lo impulsa a vivir en pareja; como si tal fuera la manera más natural de construir el edificio de su existencia en el plano de los afectos personales. Y fue así que el varón corrió tras la mujer, la mujer tras el varón, y no se cansaron de constituir entidades con vocación de estabilidad ("hasta que la muerte nos separe", etc.), o sea parejas que, por supuesto, fracasaron en su inmensa mayoría, de modo inconfeso o admitido...

Digo "por supuesto" porque era irremediable que esta fórmula, repetida obsesivamente en la mayoría de las culturas, naufragara una y otra vez; y ello porque tal concepción fue entendida de una manera que no hay más remedio que calificar de errónea o parcializada.

Como señalaba recién, parece certera la intuición básica de que el ser humano no nació para entidad aislada, y que el Yo no puede alcanzar su condición trascendente si se queda constituyendo un núcleo solitario. Ya vimos que el yo no es nunca unidad autónoma y solipsista, sino que en rigor constituye una entidad doble y una a la vez: está obligado a constituirse en un Yo/Otro.

Pero se diría que la mirada humana cometió históricamente un "error" flagrante, que debió pagar muy caro: esa intuición, en sí misma acertada, no se detuvo en la mera noción de Yo/Otro. Dio un paso más y también tomó en cuenta la naturaleza sexuada del ser humano, transmutando ese modelo Yo/Otro en la entidad Yo/Sexo Contrario.

Si el ser humano hubiera podido tomar distancia de tamaña obviedad -toda obviedad, como tal, es siempre traicionera-, quizás habría podido discernir lo que con seguridad nos irá pareciendo cada vez más transparente: que el par varón-mujer no reúne las condiciones requeridas para constituirse en el modelo de entidad afectiva doble que cada ser reclama con sentido de permanencia. (Esta apreciación es igualmente válida para los pares homosexuales varón-varón o mujer-mujer, siempre que ambos polos estén ligados por lazos eróticos genuinos).

Porque ¿qué valores de permanencia puede brindar una pareja humana que siempre estará aquejada por mil limitaciones inevitables: la endeblez de nuestra condición, la variabilidad natural de los sentimientos, los vaivenes impredecibles de las circunstancias, los cambios interiores de los protagonistas (capaces de provocar discordancias que en un principio no existían), y hasta por la irrupción intempestiva de la muerte? ¿Cómo fundar sobre cimientos tan inciertos esa entidad doble, ese Yo/Otro que la condición trascendente del hombre exige?

* * *

Pero admitido que no es la pareja humana en cualquiera de sus variantes la llamada a dotarnos de esa condición doble, ¿dónde encontrar ese Otro indispensable en el que podamos afincar nuestra experiencia más profunda de bipolaridad esencial?

No puede haber duda de que la bipolaridad más sólida y firme sólo puede cumplirse uniéndose el Yo con una figura poderosa, incommovible, única por tanto capaz de aportarnos la estabilidad necesaria. Pero no puede ser un polo cualquiera. Por lo pronto, no puede ser un polo de naturaleza parcial, fragmentaria, como los que componen nuestro diario vivir, porque -como ya vimos- la naturalidad humana no es para el hombre lo parcial sino lo total. Por lo demás, esa fragmentariedad no contempla tampoco la necesidad de trascendencia que es tan característica del hombre (¿cómo imaginar una trascendencia parcializada?).

No, el otro polo de la bipolaridad tiene que ser la totalidad misma. La única opción, al elegir el otro polo que necesitaremos para fraguar la bipolaridad de fondo indispensable, es la figura representativa de lo más alto, Eis en mi caso. Sólo así, marchando en poderosa conjunción con Eis -que es el Todo, que es el Uno- puede el Yo remontarse hasta su condición más elevada y alcanzar su necesaria plenitud.

* * *

Pero ya vimos que ese centro de bipolaridad fundamental ha de ser de naturaleza afectiva. Es, pues, lo afectivo lo que nos ligará muy a fondo con Eis, nos impregnará íntegros, y en definitiva nos hará con ella un uno, un mismo. Es que sólo así, en la fusionalidad con Eis, podremos alcanzar la plenitud que buscamos.

Así, nos vemos ahora instalados en el territorio del erotismo. Porque el erotismo es eso: la búsqueda ahincada del Yo en el Otro elegido; la plasmación de una mismidad entre ambos polos de la relación amorosa. De ahí que, por tratarse de erotismo genuino, no parezca disparatado poner en la mira una Eis fuertemente erotizada, con una poderosa figuración "sexo opuesto", y en aptitud, por tanto, de ligarse al Yo en un radical abrazo erótico.

Entonces, cuando Eis se convierte en el polo de ese par en que debe plasmar nuestro Yo, podemos edificar con ella una vivencia central que nos lleva a pensar claramente en "una pareja", porque tendrá todas las características de tal; entidad potente e inatacable, única capaz de mantenerse a lo largo de toda la existencia individual, alimentándola todo el tiempo sin sufrir menoscabo ni deterioro. Eso sí: en este caso debemos hablar de "pareja religiosa", porque su ámbito natural es la trascendencia; y así se diferenciará cabalmente de la otra pareja, la pareja humana.

* * *

Agrego que a los efectos de un vivir en profundidad, no basta con entender que constituimos una estructura centralmente bipolar; hay que comprender muy bien cómo funcionan internamente los dos polos

componentes. Porque hay una dinámica interna, un juego de intercambios interiores que determina la naturaleza y el comportamiento de esa entidad doble.

Creo que la clave de esa dinámica reside en la condición erótica del conjunto bipolar: los dos polos se ven fuertemente impelidos a fusionarse amorosamente entre sí, y de ese impulso fusional derivan el rumbo, la temperatura, el comportamiento todo de la entidad Yo/Eis; mediante ese "buscarse" mutuo, ese constante intercambio de actos amorosos, la entidad bipolar se va realizando, crece, avanza hacia su consumación más completa.

Ya se sabe que "erotismo" quiere decir "dar al otro lo mejor que tenemos". Eis se lo da al Yo permanentemente: lo tiene rodeado de dones, funciona como un ofertorio constante de maravillas que el Yo tendrá que aprender a apresar momento a momento (de aquí proviene el "hedonismo religioso" en que debe consistir el vivir humano). Y debe aprenderlo porque no se nace sabiéndolo, y porque esa cacería de dones que el Yo debe emprender no es "natural", sino "adquirida": responde a una determinada concepción de la relación Yo/Eis, y por lo tanto es una construcción a alcanzar.

De modo que para el Yo la cosa está clara: se trata de "absorber" Eis, de incorporársela lo más posible, de "comer Eis" a través del disfrute de sus dones y de la asimilación por todas las vías imaginables de lo que Eis contiene y es.

Para eso el Yo, además de disfrutar de los dones que le tributa a raudales Eis, sentirá imperiosa y espontáneamente el impulso de llegarse hasta lo más medular que ella tiene, para conocerla y contemplarla muy amorosamente, e impregnarse de ella hasta lo más entrañable (impulso, por lo demás, típico de todo amor).

Mientras, Eis necesita también, por los mismos resortes eróticos, "fagocitarse" al Yo, recibirlo a través de los mejores dones que el Yo sea capaz de desarrollar para entregárselos a manos llenas. Y esto abre, entonces, una segunda gran dimensión del vivir humano: además de "tragarse" a Eis golosamente, el Yo deberá también desenvolver las mayores potencialidades propias, crecer hasta sus máximos posibles, para que también Eis pueda "tragarse" lo mejor de nosotros, y de ese modo "colmar" su necesidad de incorporarse lo que el Yo posee para donarle.

Tal la dinámica "hambrienta" del Yo/Eis. Gracias a esa "hambre" amorosa recíproca, la entidad bipolar va avanzando a través de una mismificación creciente hacia su consumación doble y una. Ese proceso dual culminará cuando la mismificación entre ambos polos se haya completado del todo, y entonces el Yo, alcanzado su máximo, podrá al fin prescindir de su peculiaridad, de sus particularismos, para terminar pasando a ser Eis misma.

* * *

¿Significa esto que la pareja humana deja de tener sentido, y está llamada, por lo tanto, a desaparecer? Pienso que, por lo menos, tendrá

que cambiar su ubicación dentro de la organización individual: del sitio central que ocupa hoy, deberá retirarse hacia una obligatoria lateralidad; y ello porque la prioridad natural la tendrá siempre - repito- la "pareja religiosa" Yo/Eis, cuyo peso e importancia será siempre incomparablemente mayor.

De todos modos, es perfectamente concebible que, aun cuando predomine la pareja religiosa, se sigan armando parejas humanas en torno a afectos, afinidades, atracciones, raigambres físicas, o incluso a metas e intereses comunes, a cercanías vocacionales, profesionales, etc. Pero en una estructura personal bien constituida, el centro estará ocupado siempre por la pareja religiosa; y a su alrededor podrá girar, un poco al modo de un satélite, una pareja humana (o acaso más de una...) que contemple otros requerimientos y obedezca a motivaciones diferentes.

De ese modo, esta doble estructura personal mantendrá una solidez inatacable: aunque se deshagan las parejas laterales, secundarias, y se reconstruyan otras, etc., el basamento principal del vivir permanecerá intacto, ya que será la pareja religiosa la llamada a sostener el edificio individual entero.

* * *

Tal vez haya que preguntarse si la pareja religiosa es "natural", aparece por sí sola, espontáneamente, o si hay que construirla por medios conscientes. Acaso -pienso- en una cultura donde todo estuviera organizado según los parámetros de Eis, la noción de pareja religiosa podría constituirse desde la infancia y entonces sí surgiría espontáneamente. Pero no en las culturas actuales. El que quiera, hoy, vivir en pareja religiosa, no tendrá más remedio que edificarla "artificialmente", tramo a tramo, y con seguridad muy trabajosamente.

En cierto sentido, la condición de todo esto es aceptar que estamos ante una múltiple "farsa", una ficción deliberada, de intención religiosa, que debe ser francamente asumida como tal: es farsa la erotización del vínculo entre los dos polos de la entidad bipolar, farsa la humanificación de Eis, farsa su sexualización, farsa la feminidad que le atribuyo, farsa mi masculinización para ella. "Farsa religiosa" que se justifica como mecanismo útil para hacer posible la tan buscada fusión con Eis, sin la cual no hay construcción posible de Supravida ni ascensionalidad hacia ella.

A partir de estos supuestos, que en ningún momento deben omitirse, la tarea consiste en "preparar" la noción de Eis para llevar a la práctica esta gran "farsa" religiosa que convierta al Todo/Uno en entidad de signo humanificado, sexualizado, feminizado, erotizado. Sin esta transformación, sería imposible avanzar hacia la fusionalidad que me es indispensable.

* * *

Conviene acotar aquí que esta Eis así transformada, en rigor no es nueva en mi experiencia de vida: ella proviene directamente de la primerísima Eis, a la que hereda y continúa. Hago notar que desde la vida prenatal y

hasta los primeros momentos del nuevo ser, el Yo ya viene perfectamente erotizado por la Eis de la prenatalidad, con la cual ha venido formando un estrechísimo par erótico. (Ver más adelante: Temas y cuestiones prenatales).

A lo mejor se podría decir que la pareja religiosa comenzó en rigor en la prenatalidad, y se mantuvo tal cual en los comienzos del nuevo ser. Pero en un momento dado ocurren los que he llamado "errores edípicos" (ver "Temas y cuestiones prenatales"), por causa de los cuales esa pareja queda cuestionada y termina rompiéndose. Reconstruir la pareja religiosa prenatal, pero adaptándola a las nuevas condiciones de la posnatalidad, parece ser la tarea capital, hoy, de todo hombre, el cual, en nuestras culturas, no ha hecho otra cosa que desarrollarse bajo el signo de Narciso/Edipo. Este signo nefasto deberá desaparecer, para ser sustituido por la nueva Eis posnatal, construida en estrecha fusión con el Todo/Uno.

* * *

Pero también hay que realizar un segundo "trabajo" con esta Eis recuperada: para oficiarse de polo principal en la nueva pareja religiosa, Eis debe presentarse bajo una triple luz, ya que son tres los papeles que desempeñará a la vez: 1) debe ser sentida por mí como mi compañera (o esposa) fundamental y definitiva; 2) como la entidad materna de la que provengo y por la que fui modelado; y 3) como mi amante esencial, que me aporta una felicidad erótica fuertemente sexualizada. Y los tres aspectos deben ir juntos y sumados: compañera, madre, amante.

* * *

Realizadas estas "manipulaciones" preparatorias, ahora sí tengo a Eis en condiciones de asumir su lugar y su papel en la pareja religiosa en que voy a basarme. Pero me falta algo más para componer ese par: también hay un trabajo previo a realizar con el yo, pues el Yo de la pareja religiosa no puede ser un yo cualquiera, el yo de todos los días, o el yo vocacional, o el yo social, etc.

Por lo pronto, el Yo que va a conformar la pareja religiosa tendrá, como eje de su existencia y funcionamiento, el erotismo apuntando hacia Eis. No tiene cabida para ningún otro contenido. El yo actúa, si se quiere, como una especie de maniático, de obsesivo, que va a todas partes con su "idea fija", que es el amor desmesurado hacia Eis.

El erotismo religioso va a ser, por tanto, su principio ordenador y modelador, la médula única de su trayectoria. El perfil psicológico de ese yo religioso, su organización de ser, su relacionamiento con el universo, estarán regidos por esa necesidad de fusionarse con Eis en todo momento y cada vez más. No importan su vocación, su posición en la sociedad, los méritos que le sean reconocidos: lo único que cuenta es la construcción de ese yo volcado exclusivamente hacia la fusionalidad con Eis. Tal será lo que defina a ese yo, y de ahí saldrán los rasgos que en definitiva lo configuren: será un Yo-para-Eis, un yo para la trascendencia y para la consumación de la más alta Supravida posible.

* * *

Un punto a aclarar: ¿cabe pensar que los dos polos de la pareja religiosa Yo/Eis se "enamorarán" uno del otro sin poder evitarlo? Claro está: nos resulta fácil imaginar que Eis tenga por completo erotizado al Yo. Pero ya es más difícil concebir a Eis, la grandiosa Eis, erotizada por el minúsculo e insignificante Yo. Sin embargo así será, pues de lo contrario no habría pareja. Y si bien se mira, no es nada difícil imaginar a una Eis erotizada hasta el fondo por el Yo.

Para entender esto, hay que empezar por refutar los dos adjetivos con que recién calificué al Yo: "minúsculo" e "insignificante". Mal puede ser visto de ese modo el Yo, desde que constituye una versión particular de Eis completa y cuando está llamado a alcanzar una mismificación absoluta con ella. En esas condiciones, ¿cómo podría hablarse de insignificancia o de pequeñez?

(Tal vez sea útil recordar en este momento uno de mis aforismos a propósito de Eis: "Para Eis, yo soy Eis". Esto quiere decir que no hay para Eis nada más importante que el Yo. ¿Qué tiene entonces de extraño que viva "enamorada" de él?).

Así, en la pareja religiosa cada integrante de ese par está erotizado completamente por el otro polo, y a la vez lo erotiza con no menos fuerza. Sólo en esa doble dinámica de erotización, esa "ida y vuelta" de amor religioso, podrá consumarse hasta el fondo el designio trascendente que es la razón de ser de la pareja religiosa.

B. El lugar del hombre en el mundo.

"DESCUBRIMIENTO" DE LO NO-HUMANO

Es importante tratar de recuperar con frecuencia esa etapa de nuestra primerísima evolución en que me reduzco exclusivamente a mi contorno para manejar sólo con lo que tengo al alcance de mis sentidos. Cuando lo hago, descubro algunas novedades que me resultarán fundamentales.

1. La abundantísima "población" no humana.

Empiezo por declarar que este vérmelas mano a mano con el entorno sensorial, constituye una experiencia insólita, a la que nunca nos llevan las formas culturales que habitualmente operan sobre el hombre occidental de hoy. Y lo primero que me sale al paso es una sorpresa que puede hacer sonreír con razón: nunca me había dado cuenta lo cuantiosa que es la "población" que me alcanzan mis sentidos. ¿Es que nunca lo había visto?

En rigor no, porque para nuestra cultura el contorno "no se ve", no cuenta, oficia como un universo yerto. En el mejor de los casos, cumple para nosotros "funciones" muy específicas, que nos lo hacen ver de una manera muy particular.

Las cosas exteriores, para nuestras culturas, "están ahí" para cumplir únicamente tres clases de "funciones", las tres al servicio del hombre: 1) o para prestarnos alguna utilidad práctica; 2) o para producirnos un encantamiento estético; 3) o para ligarse a nosotros por lazos afectivos específicos que tienen que ver con nuestra vida personal (por ejemplo, nos recuerdan algo querido, o se asocian con circunstancias venturosas, o trágicas, etc.).

2. Invisibilidad de lo ex-humano.

Mientras tanto, las entidades que no entran en ninguna de estas tres categorías, literalmente no existen para nosotros, no tienen peso alguno en la dinámica de nuestro vivir. Eso por un lado; pero aún las que quedan incluidas en alguno de esos tres órdenes que indiqué, se nos presentan únicamente para cumplir esos fines indicados, pero sin interesarnos ellas mismas, como si no poseyeran existencia propia, o no contaran "per se".

Puedo decirlo de otra manera: las cosas del contorno tienen para nosotros lo que llamaría una existencia latente. Están ahí, pero... no están, hasta tanto las necesitemos para cumplir alguna de las tres funciones antes indicadas. Por eso no reparamos jamás en la mayoría de ellas; literalmente no cuentan, no están. Recién "se encienden" y "aparecen" cuando entran dentro de uno de los tres círculos de utilidad que antes indiqué. Hasta ese momento se las ve como yertas.

3. La "aparición" de lo no humano

Ahora ese rasgo va a cambiar por completo: las cosas del contorno pasan a ser participantes del Algo que perciben nuestros sentidos; o sea que se autonomizan de nuestra practicidad, cobran relieve y presencia propios, son cosas que "están ahí" por sí mismas, al margen por completo de mis intereses.

De ese modo, todas las cosas "van a estar" todo el tiempo. De ahí que el contorno se me muestre de pronto como abigarrado hasta lo indecible y me sorprenda con su cuantiosa "población". Porque en cuanto reparamos en el "sí mismo" de las cosas, todas ellas quedan como iluminadas, como "encendidas" a un tiempo. Me he vuelto millonario de entidades, que se han puesto a pulular, activísimas, a mi alrededor.

Sentir vivo al Algo, aún en este modesto plano sensorial, supone asomarse en un primer atisbo a una visión del mundo centrada en un Eso ignorado y misterioso. Resulta de lo más sacudidor encontrarse con las cosas del contorno, las de todos los días, transformadas ahora en figuras desconcertantes que nos hablan directamente con un lenguaje enigmático y virginal que no entendemos, lenguaje al que no sabemos bien cómo responder.

Y otra cosa fundamental: ahora ese Algo -ya lo decía antes- va a tener el peso mayor en mi apreciación del mundo, llevará sobre sí la carga más fuerte en mi cosmovisión. Y eso supone ¡nada menos! que, lo quiera o no,

terminará desplazando a lo humano a un segundo plano. Lo cual contradice con extraordinaria violencia lo que ha sido el basamento antropocéntrico invariable sobre el que se han asentado todas las culturas humanas conocidas (aun las que admitían la existencia de un dios, porque éstas, en general, no nos forzaban a salirnos visceralmente de la centralidad humana).

De modo que la remoción que se va sintiendo es doble: por un lado, captar con las tripas mismas el "estar ahí" de un Algo y de las cosas que lo componen; por el otro, comprobar que ese Algo supera aplastantemente a lo humano y lo relega a un plano subsidiario.

4. Lo ex-humano, mayoría dentro de lo real

Es casi inevitable que, si percibimos "con las tripas" la presencia de una entidad cualquiera, nos asalte de inmediato un par de preguntas que nos vienen con enorme fuerza inquisitiva: "¿De dónde salió esto?" O "¿Quién lo puso allí?" o "¿Cómo se formó?"

Recién ahora uno se da cuenta (en el plano visceral, insisto) de la estremecedora presencia de esa entidad junto a la cual pasábamos todos los días, o que era frecuente que manejáramos en nuestro provecho, sin reparar en su "per se", en su condición completamente independiente de lo humano, ajena por entero a lo que somos.

Mejor dicho: venimos a descubrir algo nuevo para nuestro sentimiento visceral del mundo, aunque sea en sí mismo obvio y escolar: estamos rodeados de cosas no-humanas; o, si se prefiere, la inmensa mayoría del mundo que vemos es ex-humano. Vivimos sumidos en un universo de exhumanidades. O aún: casi todo lo que hay es exhumano; el contorno mismo se va volviendo un "jardín de exhumanidades"...

Y empezar a sentir -pero con las vísceras- esa impresionante exhumanidad, hace trastabillar los fundamentos con los que nuestras culturas seculares nos modelaron. Es como quedarse de golpe desnudos. Porque ahora: ¿qué somos los hombres frente a la presencia enigmática de ese "otro", de ese no-humano? Y sobre todo: ¿qué soy yo?

5. Una nueva manera de vincularse con el mundo.

Por supuesto que de este modo empieza a gestarse -tan temprano- una forma nueva de relación vivencial con el mundo. Lo primero que noto es que parecería producirse una jerarquización diferente de intereses. Esas entidades que se me aparecen ahora tan exhumanas, tan enigmáticas y "recién nacidas", pasan a tomar de golpe una importancia desmesurada para mí. Vivir se aparece ahora como una estrecha y continuada convivencia con entidades ex-humanas y por completo enigmáticas.

En nuestras culturas no es así cómo se nos presenta el vivir, pues en ellas el centro está ocupado siempre por coordenadas de origen humano y por sus valores consiguientes. Diría, con evidente tautología: lo humano siempre estuvo centrado en lo humano. ¿No será que ahora tiene que empezar a centrarse en lo exhumano?...

Porque desde ahora, vivir será a cada momento hacer contacto con entidades misteriosas que no sabemos qué son ni de dónde han venido, cómo es que están allí, por obra de qué o de quién. Estamos rodeados por esas presencias, inmersos en ellas, obligados a establecer vínculos permanentes con ellas.

¿Pero qué clase de vínculos? Lo habitual ha sido que nos manejemos con el contorno tendiendo puentes de carácter funcional, según lo señalé al principio: se hizo de cuenta que esas entidades no nos interpelan ni nos cuestionan ni nos preguntan nada, pues más bien creemos que están allí como esperando que nosotros las usemos, como si ellas no tuvieran existencia propia, aparte de esa funcionalidad a nuestro servicio que sin mucho miramiento les asignamos.

Ahora esto cambia de modo fundamental. Empiezo, justamente, por prescindir de lo funcional y por centrarme en la índole más profunda de esas entidades, de ese Algo externo y exhumano. El vínculo principal ya no es de ningún modo utilitario, queda al margen de metas que le sirvan al hombre. Ahora el yo y la exhumanidad enigmática quedan frente a frente. El yo y "la cosa" no humana parecen entablar una especie de diálogo; vivir empieza a ser algo desconocido hasta ahora: consistirá en esa "conversación" en apariencia impráctica, "inconducente" entre el yo y la cosa ex-humana (o las cosas ex-humanas) que el yo va encontrando a su alrededor.

6. Primeras "conversaciones" con lo no-humano.

Volvamos al punto principal, que me parece clave para dilucidar este asunto: ¿para qué hacer esta clase de contactos? Ya lo dije: no operan ahora ninguna de las tres razones que señalé: utilidad práctica; estética; afectividad personal. ¿Entonces?

Lo que busco con estas experiencias es simplemente, según me parece, "sentir la presencia-ahí de la cosa"; o si se quiere, tomar conciencia, palpar con las vísceras, el "sí mismo" de la entidad a la que enfrento.

Quizás podría decir también que con estas experiencias "toco el Algo", reafirmo que hay un "otro que lo humano", y lo que yo busco es comunicarme con ello, "hacer contacto" con ese género de realidad que el hombre no maneja en absoluto. Las cosas del contorno que mis sentidos perciben se ven como componentes del Algo exhumano, o como exponentes suyos, o como "rastros" o "pistas" del Algo misterioso del que nos vemos formando parte.

Y como no hay entidades que sean "más Algo" que otras, más exhumanas que otras, resulta natural que todas valgan o signifiquen igual para nuestra mirada. Todas resplandecen a mis ojos con igual fuerza.

En cuanto a la razón para hacer contacto con tales entidades, habría que decir que en rigor no hay razón alguna. Lo único que veo -al menos por ahora- es un impulso interior, al parecer de naturaleza afectiva, que me lleva a querer "estar cerca" o "estar junto" a esas cosas tan extrañas que me rodean; extrañas por lo enigmáticas y por ex-humanas.

¿Qué gano con ello, qué persigo, en qué me beneficio? En nada. En nada práctico, quiero decir. Para lo único que "me sirve" es para empaparme de ese misterio y para pasmarme ante esa presencia de un "otro-que-lo-humano". Y a mí eso no me parece ninguna poca cosa. Aunque no pueda explicar qué "ganancia" obtengo, siento de un modo inequívoco que tengo que hacerlo: necesito esos contactos, no me puedo (y no me quiero) sustraer a la fascinación de asomarme todo lo más que pueda a ese "jardín de rarezas de fondo" que me rodea y en el cual estoy inmerso. Es como un chapaleo gozoso en la exhumanidad.

* * *

Es que ¡bueno fuera que me quedara indiferente ante ese paraje de presencias inexplicables que tengo al alcance de mi percepción, y que me conecta con figuras tan interrogadoras, tan difíciles de ajustar a ninguno de los cánones que el hombre maneja! Cuando se los percibe de este modo, en toda su enloquecedor enigma, es imposible sustraerse a la fascinación casi hipnótica que nos produce. Y entonces nos morimos por estar cerca de esos "pobladores" o componentes del Algo; los queremos tocar, palpar, respirar, a cada instante y cada vez más a fondo... aunque no podamos decir para qué "nos sirven" tales contactos absolutamente "inútiles"...

Ha surgido así un primer género de actividad posible para el vivir; muy ingenuo, muy desvalido de motivaciones intelectuales o especulativas, pero de una fuerza interior irresistible: vivir "bañándonos" en la exhumanidad y el enigma formidables que nos disparan las cosas del contorno; o si se quiere, entablar un diálogo hondísimo y sacudidor con el Algo/ahí.

7. Presencia de lo ex-humano y mirada cultural.

Admitido el hecho incuestionable de que todo elemento cultural tiene un soporte o un basamento ex-humano, termino preguntándome si es que puede hablarse realmente de algo que no contenga exhumanidad. Y me parece que no encuentro nada.

¿El ser humano, quizás? ¿el individuo, cada yo? Tampoco, porque el hombre no fue hecho por el hombre: éste "no puso" la materia con que el individuo fue "fabricado"; ni tampoco dispuso que el individuo funcionara de tal o cual manera, según tales o cuales leyes y resortes y dispositivos, ni inventó el programa organizativo al que se ciñe el funcionamiento individual, etc.

Así, todo individuo es, en su origen y en su gestación y desarrollo, exhumanidad pura. De modo que, en suma, la totalidad de los rasgos del hombre son, en definitiva, ex-humanos también... ¡Buen "descubrimiento"!

Pero después de todo, también lo cultural es exhumano, no sólo el individuo. Porque si el hombre pudo desarrollar cultura, o culturas, a lo largo de la historia, lo pudo hacer porque así "está construido lo humano": con capacidad de generar cosmovisiones, valores y pautas de conducta; pero esas capacidades y particularidades humanas no fueron

inventadas o construidas por el hombre mismo, sino puestas en él por... no sabemos qué o quién.

De modo que no parece muy lógico hacer la división entre "entidades de exhumanidad pura" (aquéllas donde no aparece para nada la intervención del hombre) y las "entidades mixtas" (donde se alían lo exhumano de fondo con la elaboración cultural que el hombre agrega). Aunque sí debe reconocerse que no son iguales.

De tal suerte, es muy impresionante comprobar hasta qué punto estamos rodeados de exhumanidad, impregnados de ella, envueltos en mantos y mantos exhumanos que nos rodean, nos recubren, nos penetran y nos alimentan.

* * *

No obstante esta última observación, el hombre vive sin tomar nota visceral de esa exhumanidad que lo rodea y que lo impregna. Esto es extraño, siendo ella tan fundamental y abarcadora. Lo que pasa es que ese fondo exhumano aparece recubierto por la todopoderosa malla de ordenación humana que cada cultura teje por encima, y que pasa a constituir el ambiente "natural" del hombre.

Esa tela cultural ¿de dónde recoge su enorme fuerza? De la aceptación prácticamente unánime de las personas que pertenecen al orden específico que esa cultura ha establecido. Dicho orden está compuesto por todo un cuerpo muy complejo de signos, prácticas, usos, valores, que al ser admitidos por todos adquieren la consistencia de una objetividad de apariencia irrefutable.

Un ejemplo cualquiera, quizás pueril. Me subo a un ómnibus. Todos sus asientos están ocupados por personas que lo han tomado por la misma razón que yo: ser transportados de un lado a otro; que han debido pagar como yo un boleto; que van todas vestidas más o menos de la misma manera y viajan manteniendo una parecida compostura y discreción en sus actitudes, etc.

Esto es: hay un comportamiento consabido y aceptado por quienes participan de esos "códigos" culturales comunes. Y si alguien contraviniera estas normas de aceptación general, recibiría el rechazo seguro de quienes lo rodean: por ejemplo, si ese alguien subiera desnudo al ómnibus, o viajara pegando alaridos, o si pretendiera imponerle al chofer un recorrido antojadizo porque a él le conviene más, etc.

Pero lo increíble es que ninguno de los viajeros de ese ómnibus -ya sea que acaten o transgredan las normas culturales vigentes- es capaz de advertir ni por asomo que todo lo que está rodeándolo es exhumano: el mismo vehículo en el que va, las ropas que visten los pasajeros, los adornos que llevan encima, el espacio en el que distribuyen sus cuerpos, los colores de las cosas dentro del ómnibus, el aire que todos respiran, sus mismos cuerpos, etc., etc., todo eso es exhumanidad pura. Pero nada de eso se ve, nadie lo ve. Todos, en el fondo, perciben y toman en cuenta lo mismo: la trama cultural, el recubrimiento humanificado de cuanto hay allí.

Esa trama fortísima de costumbres y comportamientos "normales" acaba convirtiéndose en objetividad que se hace natural para todos. Por eso mismo es lo único que el hombre percibe; y es así que no se da cuenta para nada de la existencia de un segundo plano, de mucha mayor hondura: el fondo exhumano que da sustento y apoyo a esa caparazón cultural donde transcurre la cotidianeidad.

Es así cómo el hombre corriente, humanificado al máximo sin darse cuenta, vive sin ver ese fondo exhumano; y eso quiere decir que para él ninguna exhumanidad existe efectivamente, no cuenta en ningún sentido visceral; o sea que ese hombre vive atrapado por su cultura ambiente, que opera en él como una costra que le vedara llegar al otro plano más de fondo, para el cual es literalmente ciego.

Romper esa costra reinante es peligrosísimo. Equivale a atentar contra lo que es de aceptación común en una cultura determinada, y por lo tanto desafiarla frontalmente. Puede pagarse caro, generar un rechazo que conduzca al exilio cultural o la locura.

8. ¿Puede haber una cultura de base ex-humana?

¿Está bien que el plano cultural oculte por completo al plano exhumano, como hoy ocurre; o peor aún, que lo sepulte de hecho? ¿Cómo debe ser la relación entre ambos planos?

Pienso que en una situación ideal, el hombre tendría que asentarse sobre la exhumanidad de lo real. A partir de allí, crear una cultura que contemplara ese fondo exhumano; o sea que esa cultura se fuera haciendo y modelando a partir y en función de la exhumanidad que está en la base de toda experiencia.

No me doy cuenta de cuál sería el resultado, cómo podrían concertarse ambos planos; o sea, cómo la exhumanidad iría modelando la "costra" cultural a que daría lugar. Pienso que ya se encontraría la forma, una vez que el hombre hiciera pie en la exhumanidad necesaria. Y en tal caso no habría peligro de exilio o de locura, porque ese plano exhumano del cual se partiera, sería común a todos.

Pero el problema se presenta ahora, en esta cultura de la que formo parte y que ignora en absoluto (con las tripas) la vivencia de exhumanidad: cómo podré hacer para destrozarse esa costra y bajar hasta el fondo exhumano que nadie lleva visceralizado. Y eso sin romper gravemente con mi entorno cultural...

De todos modos, una cosa tengo clara: yo no puedo prescindir de la cultura a la que pertenezco y que me formó. Y esto viene a complicarme aún más el problema, porque no resultará nada fácil compaginar la experiencia de la exhumanidad en la que debo basarme, con la necesidad de vivir en una cultura que, en el plano visceral, ignora lo exhumano por entero.

En suma, tengo que servir a la vez a dos señores: la exhumanidad, por ser el obligado eje central del vivir humano; y la cultura ambiente, para no perder contacto útil con mis congéneres...

9. El hombre ha confiscado lo ex-humano.

Se podría afirmar -exagerando un tanto- que el hombre ha terminado por confiscar lo no-humano. Trataré de explicar qué quiero decir con esto. La historia de la humanidad podría ser vista como el relato de las distintas peripecias que fueron sucediéndose en la relación entre lo humano y lo no-humano a lo largo de los siglos. O también podría decirlo así: de qué diferentes maneras el hombre pensó y sintió lo no-humano (sobre todo sintió), y cómo se vio a sí mismo frente a la exhumanidad.

Podemos suponer que en el origen fue el terror. Para el hombre primitivo, la naturaleza se presentaría como un ámbito desconocido y hostil, que el débil ser humano estaba incapacitado para manejar y del que recibía amenazas y peligros constantes. Sólo le era dado defenderse para poder subsistir.

En ese extensísimo período del pasado humano, la "fuerza" de la confrontación estuvo abrumadoramente del lado de lo no-humano.

Pero luego, las sucesivas civilizaciones fueron muy lentamente haciendo variar esa relación adversa. Una civilización no es otra cosa, en definitiva, que una manera peculiar de resolver el hombre su relación con lo no-humano. Cuanto más progresan los conocimientos y los recursos tecnológicos, le es más fácil al hombre enfrentarse a la exhumanidad: ponerla a raya, conjurar sus riesgos, plegarla por fin a sus necesidades y metas.

Es así cómo en los últimos cinco siglos, y particularmente en los dos últimos, la humanidad llegó a sentirse dominadora -si no dueña- de la naturaleza. Se embriagó casi literalmente con sus adelantos en el saber y sus avances tecnológicos, hasta el punto de terminar creyéndose amo y señor del orden natural.

Podría decirse que en nuestro siglo XX, la relación se invirtió: ahora el hombre siente que en esa sorda confrontación entre lo humano y lo no-humano, la "fuerza" se ha puesto de nuestro lado. Es en ese sentido que anotaba al principio que lo humano acabó confiscando lo no-humano en su provecho. (O así lo llegó a creer el siempre presuntuoso hombre).

10. Eis y el sentimiento de lo ex-humano.

Esa confrontación entre las dos áreas (humana y ex-humana) de la realidad, partió sin duda de un sentimiento tal vez no formulado expresamente, pero que imperó en el ánimo del hombre a lo largo de los siglos: lo no-humano es esencialmente heterogéneo de nosotros; realidad ajena, enigmática e incomprensible, de la que debemos preservarnos y a la que hay que mantener a raya porque busca nuestra destrucción. En el fondo, es la antiquísima vivencia del hombre primitivo, que nunca

desapareció del todo y que subyace aún hoy, aunque escondida, en los subsuelos del hombre moderno.

Pero Eis nos dice otra cosa muy distinta: lo humano y lo no-humano no son en absoluto heterogéneos. ¿Cómo habrían de serlo, si los dos son Eis? Humanidad y exhumanidad se hallan consustanciados por su común raigambre en la figura de Eis, que los identifica y concierta. La tal competencia no existe, la hostilidad de fondo tampoco. No hay ajenidad, no son adversarios ni extranjeros. Al menos en el plano fundamental y de fondo, el que llamaría "plano esencial", que diferencio -como después se verá- del que llamo "plano incidental", más coyuntural y de superficie, donde transcurre el diario vivir.

Ciertamente, del medio externo pueden llegarnos daños, algunos terribles. ¿Cómo imaginar, entonces, una relación armónica entre el hombre y ese medio amenazador? Pero es que debemos tener siempre presente que las diferencias, los choques entre ambos, pueden darse únicamente en el plano incidental.

Y recordar al mismo tiempo lo que ya señalaré in extenso más adelante: que ninguno de esos males de la incidentalidad es irremediable y que está en manos del hombre conjurarlos, si pone en juego sus saberes, capacidades y recursos necesarios. Son males propios de un funcionamiento en el que Eis no interviene ni tiene por qué intervenir desde que el hombre por sí solo puede conjurarlos o corregirlos.

En cambio, en un plano de fondo hay un impulso erótico recíproco, entroncado con Eis, que vincula a lo humano con lo exhumano en una identificación definitiva.

Esa identidad de fondo entre hombre y no-hombre podría traducirse en una fórmula extremada, que debiera presidir nuestro sentimiento frente al universo: el hombre es el no-hombre; lo no-humano es lo humano.

11. El hombre pre-histórico y el hombre de hoy.

Una última acotación en torno a este tema. Es curioso observar que el hombre del siglo XX va a reproducir -o está reproduciendo ya- la misma situación ante lo no-humano que enfrentara el hombre prehistórico, si bien amplificadísima. Hoy, al lanzarse hacia el universo, al salirse de su "casita" planetaria, va a encontrarse con una realidad que ni conoce ni domina.

El primitivo tuvo que vérselas con un entorno desconocido y enigmático, al que sintió hostil. Hoy, basta observar cómo están encaradas tantas fábulas de ciencia ficción, para darse cuenta de que ese sentimiento de ajenidad, riesgo y amenaza siguen funcionando en esta hora en que el hombre va a encontrarse otra vez con un universo del que nada sabe y que lo desborda.

O sea que volveremos a estar tan lejos hoy como entonces de un sentimiento de afinidad con el cosmos. O si se quiere: en esa absurda competencia entre lo humano y lo no-humano, sentimos hoy que la balanza

vuelve a inclinarse hacia el platillo de lo no-humano. Y entonces, en estas condiciones de neo-terror que parecen advenir, ¿cómo hablarle al hombre de mismidad o de fusión erótica con lo que no es él? Malos tiempos -al parecer- para Eis.

PARA SER HOMBRE, SALIRSE DE LO HUMANO

No puede ser más desmedida la presencia y el peso de los asuntos humanos en nuestro funcionamiento interior, al punto de que no nos permiten ver nada más allá de su horizonte. Los temas humanos nos invaden, nos asedian, nos reclaman hora a hora, y literalmente ocupan de manera exclusivista nuestro tiempo interno y nuestras energías todas.

Para peor, el mundo humano se nos viene invasoramente encima tal como es hoy: lleno de amputaciones y deformaciones que lo hacen lamentable en tantos aspectos. Y así corremos el riesgo de que esa visión negativa se proyecte indebidamente sobre la imagen que debemos hacernos de Eis, y le atribuyamos a ésta negatividades que no son suyas.

Por eso hay que romper ese anillo engañoso que nos rodea, ese círculo de deformidad que es meramente humano, no de Eis. Recién entonces nos será posible verla resplandecer tal cual es, y se nos aparecerá con sus rasgos formidables, deslumbradores, modelo final hacia el cual tender el hombre, si aspira a serlo de verdad alguna vez.

* * *

Como acabo de dejar observado, vivir según Eis quiere decir, entre muchas otras cosas, acercarme cada vez más a lo no humano e impregnarme de ello, o penetrarlo a fondo. Pero cuando pienso esto, me aparece a veces una fuerza que no me conocía, o que no había sabido medir con exactitud.

Comprendo que impregnarme de lo no humano supone un contacto muy visceral, incluso muy material, con el cosmos; y allí es donde me aparece una resistencia fortísima: el contacto carnal con el universo me produce rechazo, y yo no lo sabía. Es como si me dijera: "El cosmos está muy bien para ser leído en los libros o visto en fotos, o contemplado a través del vidrio de una ventana".

Y es lo que he estado haciendo en mi vida en buena medida: tocar al mundo lo menos posible, no restregarme con él, contemplarlo de lejos, meditarlo o poetizarlo, pero no "enchastrarme con su salsa", lo que parece repugnarme.

Por lo tanto, tengo que romper el vidrio de la ventana, salirme hacia afuera y hundir los brazos hasta el codo en el seno del cosmos. Si no, me condeno a la esterilidad, ya que el cosmos es Eis y sus entidades lo son no menos. De modo que la asepsia ante el cosmos es lo contrario de Eis, la manera segurísima de privarnos de ella.

Esto supone romper para siempre con la patológica relación con el cosmos que mantuve hasta aquí. A causa de esa maniática asepsia que me hizo rechazar al mundo, mis sentidos se han desarrollado pobremente, todos sin excepción (como si me hubiera dicho a mí mismo: "Ya que los sentidos son los accesos al contorno repudiado, ¿no es mejor cerrarlos?"...).

Pero sucede que ahora, para mí, los sentidos son -ya lo decía- nuestras primeras ventanas hacia Eis, un hermosísimo instrumento de comunión con

el contorno. No puedo perderlos, dejar que sigan derivando desvaídamente por encima y por fuera del cosmos.

Sólo de un modo podré "mejorarlos": aceptando de una buena vez al cosmos, bellísima figura de Eis, y yendo a sumergirme en ella a través de los sentidos, precisamente. ¡Entonces sí que se afinarán, y así recuperarán su luz necesaria!

* * *

¿Pero de dónde sale ese rechazo que lo externo me produce a veces? (¿A mí solo, o a la percepción humana en general?).

Pienso que nuestra relación con el contorno no se presenta tan transparente como nos gustaría imaginar. Es como si lleváramos un conflicto oscuro, no siempre confesado, con los tres reinos que componen el contorno (animal, vegetal, inanimado).

Lo más que hemos sabido hacer con ellos -y acaso como hábil escapatoria- fue fundar una especie de "coexistencia pacífica" basada en un recurso quizás eficaz: instrumentalizar esos mundos, ponerlos a nuestro servicio, según antes anoté.

Pero si de golpe despojáramos a esos reinos de su carácter instrumental (tan tranquilizador), ¿cómo los veríamos; y sobre todo, cómo nos relacionaríamos con ellos? Quedaríamos como en seco, enfrentados crudamente al puro "estar ahí" de plantas, animales y objetos inanimados.

Y entonces se nos plantearía inescapablemente la cuestión temible, la que tanto nos inquieta: ¿qué relación tenemos nosotros, los hombres, con esos reinos? ¿son nuestros afines o nuestros extranjeros? (¿o ambos...?). Y entonces, al no saber responder, quizás nos gane una sensación inquietante, cuestionadora, como un malestar de fondo.

A veces me pregunto si la razón secreta de ese rechazo no residirá en que oscuramente descubrimos en lo animal, en lo vegetal, en lo inanimado, algo así como un modo de lo humano que en el fondo de nosotros mismos consideramos degradado, inferiorizado. Esos reinos quizás nos hablen de un más atrás inquietante, un más abajo que alude a nuestro origen abisal, a raíces muy básicas que no queremos reconocer como nuestras. Nos retrotraen a una condición previa y que creemos inferior, por la que habríamos pasado hace mucho, y que sentimos degradante en comparación con el estatuto para nosotros privilegiado de la condición humana.

O acaso juegue también el pavor metafísico que nos provoca lo Otro, ese Algo que ahí está, fuera y al margen de nosotros, eso que no controlamos, que permanece y actúa por su exclusiva cuenta, sin contar con nosotros, sin pedirnos permiso, y que no es por lo tanto obra nuestra, atestiguando que el centro de gravedad de lo Real no reside en lo Humano, como ingenuamente quisiéramos (o creemos), sino en lo Otro, ese Otro misterioso, inexplicable y pavorosamente autónomo.

Y al ver en lo externo reflejados nuestros orígenes oscuros, nos cuesta reconciliarnos con nuestra naturaleza, que tiene el mal gusto de provenir de tales "pisos de abajo" sin reconocer la "marcha ascensional" en que está empeñada nuestra "gloriosa" especie. ¡Nos habíamos propuesto sepultar para siempre nuestras raíces remotas, y resulta que allí reaparecen, en el espejo de lo externo!

Pero yo iría todavía un poco más lejos y diría que no es el pasado, el origen, lo que intentamos desconocer, sino también nuestro presente: pretendemos ignorar que ahora mismo somos, en rigor, animal y planta e inanimado, y que el hombre en ningún momento dejó de serlo. Y esto es así aunque nos repugne, nos rechace y avergüence esta genealogía de la que quisiéramos prescindir desde nuestra pomposa altivez de "seres superiores" que se creen en el fondo los amos absolutos de la creación.

Yo pienso todo lo contrario: que para un entendimiento de lo que es el hombre según la óptica de Eis, es indispensable estar muy firmes en esa filiación animal, vegetal e inanimada de nuestra condición. Ser hombre según Eis quiere decir ser animal, ser planta y ser inanimado todo a la vez, pero además hoy mismo -no en edades remotas-, y cargar orgullosamente con esa genealogía que nos liga de modo venturoso a todo el resto de la Realidad. Ser hombre es, a la vez, ser... todo lo otro. Sólo así, en ese "todo lo otro" -tanto el originario como el actual-, cristaliza la plena naturaleza humana; y sólo así ésta se hace Eis.

EL NUEVO PUESTO DEL HOMBRE EN EL COSMOS

Repasemos, antes que nada, lo que he mostrado en los capítulos anteriores. Diría que lo primero que tendríamos que trabajarnos a fondo en el plano consciente, es el concepto de que lo más importante que le pasa al hombre está por fuera de lo humano; que hay "otra cosa" que no es lo humano, y que en esa "otra cosa" reside el peso capital de lo que nos ocurre.

Esta noción, que parece el colmo de la obviedad, no lo es tanto si pensamos que este modo de ver no forma parte del cuerpo central de ideas y visiones sobre las que reposa el mirar del hombre occidental. Pienso que éste se halla inmerso en la noción de que lo humano es, no sólo "lo

más importante", sino -aún más que eso- lo único que existe. Esto merece aclaración.

Parece realmente excesivo adjudicarle al hombre occidental semejante miopía, pero debo aclarar que no me estoy refiriendo a lo que el hombre distingue con su mente, sino a lo que el hombre vivencia con su entraña (distinción fundamental). Por cierto, el hombre occidental "sabe" (mental o intelectualmente) que hay un "otro que lo humano" al que los más llaman Dios, mientras que otros (si no son religiosos) referirán a la idea de Todo, de Uno, de universo, de naturaleza, de cosmos, etc. Pero así es cómo ve la mente, no cómo funcionan las entrañas.

Para las "vísceras" del hombre actual, ni Dios ni la naturaleza ni el universo, etc., es lo que pesa más: en lo entrañable del hombre occidental (aún del que profesa alguna religión o del que practica alguna ciencia), no hay "hombre" y "extra-hombre": lo único que existe es lo humano; y para todos nosotros tal es la naturalidad en la que vamos sumergidos, al punto de que ya ni notamos esta postura.

Ella tuvo su origen, al parecer, en la cultura griega, pero se acentúa con enorme fuerza en un momento preciso de la historia: el Renacimiento, y a partir de allí se adueña de la visión del hombre occidental, instalándose en su centro mismo. Es cuando lo humano pasa a ocupar el lugar primordial y hegemónico que había tenido Dios en la Edad Media; y ocurre así porque advienen al centro del escenario histórico nuevos hombres de mentalidad mercantil (financistas, industriales, comerciantes), para quienes lo principal es lo humano, el hombre dominando la naturaleza, a fin de poner a ésta al servicio de sus ganancias, ya que el lucro constituye el motor primordial de esta mentalidad que entonces se vuelve predominante.

O sea que hace cinco siglos justos que para el hombre occidental no hay otra cosa que lo humano, y ése es el escenario y el campo exclusivo donde desarrolla su accionar. Creo que el signo de la actual hora histórica es derogar esta aberración, y hacer que el hombre vuelva a "sentir" (con las tripas) que hay algo que está por encima y por fuera de lo humano, y que tal es lo primordial.

Este pasar al hombre a un segundo plano; este supeditararlo a algo que no es humano y que está por encima y por fuera de él, no significa de ningún modo convertirlo en un paria ni condenarlo a una total incomunicación con el resto de la realidad. Quizás sea una tentación un poco morbosa verlo como una especie de náufrago perdido en una inmensidad que le es ajena, heroico solitario en un cosmos que no lo acoge ni lo acepta.

No es así como lo siento yo. Porque ese "Otro" no humano, superior al hombre, y central, y rector, no debe ser visto como ajeno y extranjero a la condición humana. Lejos de eso. Esa entidad suprema -no importa cómo se la llame-, que está por fuera y por encima de lo humano, contiene en sí todas las condiciones imaginables, incluida por tanto la humana, de modo que ésta le es profundamente afín.

Por tanto, tampoco el hecho de reconocer que ese "Otro" está por encima de lo humano, que lo rige y lo condiciona, tiene por qué disminuirnos o hacernos creer que somos esclavos sometidos a un poder tiránico que nos aplasta, o cosa por el estilo. Todo lo contrario: nuestra esencial identidad con Eis nos eleva y nos dignifica, nos hace participar de su condición suprema. ¡Estamos más altos que nunca!

De todos modos, lo que sí es cierto es que pasa a haber un desplazamiento de lo humano en mi jerarquización interior: deja de ser lo único, y por lo tanto lo principal. Ahora lo principal va a ser lo extra-humano; Eis en mi caso. ¿Significa esto que lo humano debe desaparecer de mi panorama mental, opacado por Eis? Y si no desaparecer, ¿al menos sí jugar un papel muy secundario, o subsidiario del que desempeñará Eis? ¿lo que debo hacer ahora es borrar al hombre y poner en su mismo lugar a Eis? ¿vivir con la atención y los sentimientos puestos exclusivamente en los asuntos de Eis? Yo contestaría que sí y que no.

Digo "sí" porque evidentemente el foco de mi vivir pasa a Eis, sin duda; o mejor: no sólo a Eis, sino a mi "romance con Eis" (que no es lo mismo). Ese "romance" tiene que ser desde ahora mi tema principalísimo, el que ocupe el centro de mi atención existencial en todo momento.

Pero al lado de este "sí", me apuro a agregar un "no", porque no es que lo humano desaparezca de mi visión interior, y desde ahora me lo saltee, dedicándome exclusivamente a Eis y al romance con ella. Esa exclusión de lo humano sería imposible. En efecto, lo humano viene a meterse en mi panorama vital por los más variados lados, lo quiera o no. Pero no sólo a meterse: además pasa a ocupar los planos más destacados en mis asuntos interiores. ¿Por qué?

Primero, porque lo humano no es otra cosa que un vasto territorio de Eis. No está fuera de Eis ni separado de ella: la integra y se halla mismificado con Eis desde la raíz misma. Para decirlo con mayor precisión: lo humano ES propiamente Eis, una de las tantísimas versiones particulares de Eis. De tal modo, cuando hablo de vivir mi "romance" con Eis, estoy dando por implícito que en ese romance está abarcado el hombre, y que voy a tener por lo tanto con lo humano un lazo erótico-religioso de la máxima profundidad.

Segundo -y tal como decía poco antes-: Eis contiene todas las condiciones imaginables. Por lo tanto, contiene también la humana. De modo que entablar un nexo con Eis, es entablarlo de hecho con lo humano mismo.

Pero además, lo humano es como mi "bando" fundamental; yo no ando solo en el universo: soy un miembro de lo humano, y por lo tanto lo que le pase a lo humano me pasa a mí. Lo humano es mi filiación primordial, mi identidad más entrañable. Su destino es mi destino, su peripecia es mi peripecia.

Y por último, lo humano es mi instrumento de vivir: yo no puedo relacionarme con Eis si no es con los lenguajes del hombre y con las herramientas de ser que lo humano ha puesto en mí. Cualquier paso que dé, cualquier acto que realice, se harán mediante el empleo del instrumental humano, único que poseo.

Resumiendo: debo organizarme interiormente a partir de un "Otro" fundamental, que es Eis, la cual ocupará el centro de mi vivir, situándose por encima de todo; pero una Eis frente a la cual no debo sentir al hombre ni al yo como inferiores, y a la que debo acercarme exclusivamente desde el doble particularismo del horizonte humano y de las peculiaridades incanjeables que le han sido dadas a mi ser.

TRANSFORMARNOS EN... EL UNIVERSO

Para una concepción basada en Eis, hay una dimensión de cada individuo que se juega fuera de lo Humano, en estrecha conexión con las cosas del mundo y con el mundo mismo. Ello, por supuesto, nos comunica de modo inmediato y visceral con todo lo que no es el hombre. Pero no estamos acostumbrados a este comercio y a este diálogo con lo no humano, que resulta tan extraño a todas las culturas conocidas (al menos las occidentales).

Vivir, para quien se siente en conexión fundamental con Eis, es marchar hacia todas las cosas, procurando entablar con ellas el diálogo más profundo y entrañable posible. Es un "hablarse" de naturaleza esencialmente erótica, un diálogo de raíz, de cosa a cosa, que en este caso quiere decir también de Eis a Eis. Tan hondo ha de ser ese relacionamiento, que bien podría hablarse de fusión entre las dos naturalezas, si no de trasvasamiento de identidades.

Después de todo, el amor, todo amor, es eso: impulso ardoroso a incorporarse la condición del amado y hacerse uno con él. Para quien está de veras "tomado" por el amor a Eis, se trata de correr hacia el universo mismo, hacia todo lo demás, y procurar incorporarlo a su ser. Y esto no parece ningún imposible si pensamos que, gracias a Eis, existe una identidad completa y total de naturalezas entre todas las cosas.

De otro modo: Eis y el yo, Eis y cada cosa, constituyen un "mismo". Y eso a pesar de tantísimas diferencias como nos saltan a la vista cuando reparamos en las cosas con las que convivimos. Pero esas diferencias

operan en el plano de los particularismos de las cosas y los seres, mientras que en su esencialidad esas cosas y esos seres son Eis misma y Eis entera, lo que genera entre ellas una identidad de fondo, una verdadera mismidad.

O sea: todo lo que adviene al ser, desde el preciso momento en que adviene, es Eis entera pero a la vez particularizada, dualidad evidentemente mágica de la que todos participamos. Lo que nos diferencia a seres y cosas es lo particularizado de cada cual; esto es, lo llamado a caducar, a diluirse en ocasión de la muerte. Pero la Eis entera sigue en pie, liberada ya de cualquier particularidad, que ha dejado de necesitar, y esa presencia de Eis en todas las cosas es lo que tan entrañablemente nos une.

De tal suerte, en un plano profundo yo soy lo mismo que cada cosa: uno y otro somos Eis y allí nada nos diferencia. Si se quiere, habrá dos entidades distintas, dos "unidades", pero constituyendo un "mismo"; o a la inversa: esas dos entidades son "mismas", pero a la vez están diferenciadas. Tal es la dualidad normal de todo amor, de cualquier amor, incluido el amor humano (sobre todo el amor humano): los dos polos tienen que ser diferentes, pero pueden armonizarse porque hay una "mismidad" que está trabajando en el fondo, creando un terreno fértil, sustentando los movimientos de ambas afectividades y acordándolas. La mismidad capaz de armonizar en profundidad a todas las cosas es Eis.

De modo que este proceso de mismificación erótica del yo con... todo lo demás, está en la base misma del vivir basado en Eis. Puesto que somos, desde que somos, ya tenemos una mismificación de origen, de raíz, con todo lo que existe; pero esa mismificación puede ser enriquecida, alimentada por nosotros, en sucesivos actos de acercamiento e identificación eróticos. Y eso será vivir: crecer en mismificación erótica con todo lo que es.

Cabría en este punto una particular indagación: ¿cómo entender con toda exactitud esa mecánica de mismificación? ¿Es un "parecerse a", un "transformarse en" o un "fusionarse con"? Parece un bizantinismo preguntarse esto con tal grado de matización, pero no creo que lo sea.

Empiezo por descartar, obviamente, el "parecerse a", porque salta a la vista que el proceso de mismificación entre el yo y otra cosa es mucho más profundo que una mera semejanza.

En cambio, durante mucho tiempo me sentí fascinado por el "transformarme en". Resulta difícil explicarlo, pero siempre experimenté una secreta atracción por ese pasar a ser otra cosa, por explorar el ser de otros dominios, de otros reinos que no fueran el humano. Y entonces no me costó nada hacer de la mismificación una transformación lisa y llana.

Creo, sin embargo, que habría que abandonar la noción de "transformarme en", por seductora que me resulte. Porque en ningún caso se trata propiamente de una transformación. "Transformarme en" vendría a ser sinónimo de pasar a ser otra cosa y dejar de ser yo. Pero ni siquiera en

la Supravida se deja de ser yo. Eso es imposible; y si fuera posible, no sería deseable: ¿qué es eso de apearse del yo, de dejar de ser el que uno es! La sola idea me producía, al mismo tiempo que fascinación, un oscuro rechazo que me hacía replegar y cerrarme sobre mí mismo, en un gesto casi defensivo, como si temiera desaparecer...

En cambio me parece más ajustado (y menos temible) el concepto de "fusionarme con". En la fusión con algo, el yo no desaparece en ningún momento: queda imbricado, adosado, identificado con el otro. Es, por lo demás, exactamente lo que ocurrirá en la Supravida: el yo no se diluirá, no desaparecerá, sino que, al contrario, alcanzará su cima al volverse íntegro Eis misma; pero no en el sentido de una sustitución, de una desaparición del yo, sino de una identidad perfecta de las dos naturalezas, sin pérdida alguna: el yo está ahí y seguirá estando siempre como tal yo. (Lo vemos hasta en el término yo/Eis, donde la palabra "Yo" no ha desaparecido).

En todo caso, es posible admitir que todo "fusionarme con" implica en algún grado un cierto "transformarme en". Yo no puedo fusionarme con otra cosa sin asumir en mí algo, o mucho, de su naturaleza. Yo dejo de ser el mismo que antes era, pero no por supresión sino por enriquecimiento: ahora pasé a ser el yo anterior sumado a algo del otro que se me incorporó.

En fin, vivir en función de Eis significa vivir fusionándome eróticamente con todas las cosas posibles, mismificándome con ellas, como una forma incesante de ganar y ganar más Eis.

Para terminar, y ahora que lo pienso mejor, es posible que ocurran las tres cosas a la vez: "me voy pareciendo" cada vez más a las cosas con las que me mismifico; "me fusiono" sin cesar con ellas... y en buena medida también "me transformo en" ellas. (Y así me las arreglé para volver a salvar la transformación! No hay duda: no quiero renunciar por nada del mundo a mi antigua y demencial vocación de transformarme algún día... en el universo mismo!).

CUANDO UN YO DESCUBRE QUE EL ES EL TODO...

El sentir que yo soy el Todo precipita cambios de la mayor importancia. Por lo pronto, diría que se me viene encima, con una fuerza enorme, el sentido mágico de la realidad. Porque sólo un acto de magia genuina puede producir ese efecto extrañísimo de que una entidad particular pueda ser al mismo tiempo el Todo, de que mi yo ínfimo y peculiarísimo pueda ser sin contradicción Eis.

La razón, la lógica, el buen sentido, saltan hechos añicos. Sólo un loco o un delirante puede sostener tamaña aberración, que contradice desde la base el orden racional en el que vamos asentados. Sólo si se acude a la magia, a la fantasía, a la invención poética, se podrá aceptar semejante disparate, desprovisto del más mínimo fundamento.

Recién ahora, cuando estas vivencias empiezan a moverse con fuerza, advierto no sin alarma hasta qué punto estoy encuadrado y tiranizado por la óptica racionalista. No sólo yo, naturalmente: todo el hombre moderno, el de los últimos siglos (y el de muchos otros siglos también). La racionalidad ha terminado formándonos un rigurosísimo corset, que tiene encarcelados todos nuestros pensamientos y vivencias.

Pero ahora resulta que no me puedo andar con vueltas: tengo que dinamitar ese muro que me envuelve y me ahoga. Y eso porque la magia está en el punto de partida, en la médula misma de lo que veo y siento. Por ejemplo ahí: en ese "yo soy el Todo", que huele bastante a delirio místico, y por ahí a manicomio, aunque no me refiera, claro está, únicamente al yo mío, sino a cada cosa, sin excepción alguna, ya que cada cosa, cada ser, es el Todo mismo (magia o disparate mediante).

"Yo soy el Todo": ah, oigo los gritos que pega la razón, su justísima indignación lógica. ¿A quién se le ocurre? ¿Cómo un Todo, un Todísimo, puede estar metido en una singularidad, disfrazado tan campante de cosa concreta y una? ¿Dónde se vio desbarre igual?

A la razón le doy, sí, toda la razón. A la lógica, toda la lógica. Pero sucede que yo soy bicho mágico. Me encanta ese sentimiento de que cada singularidad sea un Todo: yo, un Todo; usted, un Todo; aquél, un todo; este otro, un Todo. Para colmo de escándalo, siempre se trata del mismo Todo... Llamemos al manicomio. No sea cosa que los locos terminen desplazando a los cultores de Mamá Razón, y la humanidad acabe sus días en medio de un descomunal aquelarre (lo que a lo mejor no sería tan de lamentar).

El hecho de haberme convertido en Eis o en el Todo/Uno en versión particular, ¿me permite vivenciar de alguna manera la condición de Eis no particularizada? ¿O estoy como encasillado en mi particularidad, sin posibilidad de salirme de ella y remontarme hasta atisbar la condición de Eis?

Sobre esto no tengo duda: a pesar de la particularidad en la que estoy "encerrado", desde allí se divisa y se siente la naturaleza no particularizada de Eis. Tal vez no me pueda adueñar plenamente de ella como si ya hubiera trascendido mi particularización: eso ocurrirá únicamente en la Supravida; pero al menos "respiro" el aire de Eis no particularizada, la toco con los dedos cuando menos (para decirlo en términos algo metafóricos), o se me pesenta con nitidez a los ojos de la sensibilidad, aunque sin poder implantarme del todo en ella.

Pero este vislumbre, este mirarla desde cierta "distancia", digamos así, me produce de todas maneras efectos interiores que no me parecen nada menores. Por lo pronto, me permite tener un anticipo muy vívido de lo que será un día volverme Eis ya sin ninguna particularización. Y aseguro que

ese anticipo resulta extraordinariamente estimulante, "abre fuertemente el apetito" en cuanto a lo que será el estado de Supravida, y eso mismo empuja con notable fuerza la voluntad de hacerme cada vez más Eis.

Aquí podría presentarse un riesgo que hay que sortear. El hecho de que esta experiencia "me dé muchas ganas" de volverme Eis ya no particularizada, podría tener como consecuencia que yo, impaciente por alcanzar ese estado, descuidara cada vez más mi particularidad y me pusiera a cultivar esos contactos directos con Eis.

Lo que no puedo olvidar, sin embargo, es que no se llega a Eis apagando o soslayando mi particularidad sino al revés: acentuándola y desarrollándola todo lo que pueda. O sea: debo recordar que a Eis llegaré plenamente en el colmo de mi particularidad, en el ápice de lo que me ha tocado ser.

De modo que esas "ganas" de irme a Eis deben volcarme hacia mi particularidad con mucha mayor fuerza. Lo más obvio parecería lo contrario: ponerme más "místico", lanzarme a una vivencia de tipo contemplativo, despegarme de mi particularidad y así "elevarme" hacia la Eis desparticularizada. Pero si hago eso, justamente, haré al revés de lo que tengo que hacer.

Y mi respuesta no debe ser sólo ahondar en mi particularidad, sino también sumergirme más y más en el mundo: al revés de lo que parecería sugerir la experiencia mística habitual. En efecto, ésta recomendaría más bien darle la espalda al mundo -que es, después de todo, el reino de la particularidad- y lanzarme a una vivencia contemplativa de Eis no particularizada. Sin embargo es con el mundo, sumergiéndome en él, como puedo llevar hasta sus máximos a mi particularidad y así completar la vivencia definitiva de Eis.

Pero los cambios no terminan acá. Consigno otros:

Ser Eis misma me aporta una dignidad y una grandiosidad que jamás había tenido. Pues no es juguete lo que soy ahora: no ya un ejemplar pequeño de lo humano, uno entre miles de millones, sino... el Todo y el Uno, nada menos. Esta es mi nueva identidad; así me llamo desde ahora.

Me he convertido en "personaje sagrado", ya que Eis me impregna de su sacralidad. Yo hasta aquí he sido meramente un tipito civil y profano. Mi dignidad podría venirme en todo caso de... mi éxito intelectual. Ahora me viene de esa "novedad" que me resulta conmovedora: haberme revestido de la sacralidad de Eis.

Todo, el mundo entero, cada cosa y cada criatura, gracias a su nueva eminencia de ser Eis, se ha hecho reverenciable. Nada es inferior a nada; hasta la más minúscula parcela de realidad está dotada de sacralidad/Eis, que la sitúa en la más alta cumbre.

Todo, por lo tanto, debe ser preservado y querido, así como yo debo ser querido y preservado. Hay que tender a que el mundo se convierta algún

día en un tejido de recíprocos querer y preservaciones, del que nada quede excluido.

Las actividades concretas que uno desarrolle pasan a ser secundarias: lo principal es ese reverenciar a Eis, a las cosas y a mí mismo. Tal mi nueva "profesión", a la que debo entregarme con mis fuerzas mejores: día y noche viviendo en la suprema dignidad de ser sagradamente Eis, respirando el privilegio de esta nueva identidad que me ha sido conferida.

La importancia de ser un yo particular. Resulta que mi condición particularísima merece desde ahora todos mis cuidados y enriquecimientos. A cada paso tengo que jerarquizarlo, "lustrarlo" y embellecerlo todo lo que pueda, no para lucirlo y lucirme, sino por ser cabalmente lo que es: una versión de Eis entera, nada menos. Ello me obliga a que este yo particular sea lo mejor y más pleno que pueda, porque si no, dejaría a Eis muy mal parada... y carente de la porción de plenitud que yo puedo darle, por ínfima que sea, y que ella necesita para alcanzar su plenitud total. Mi "responsabilidad" ahora es enorme...

Cambios de objetivos. Al sentirme Eis misma, se transforma un cierto número de metas y preocupaciones que ordenaban hasta ahora mi acción. Así por ejemplo: la imagen que procuraba darles a los demás, el acatamiento temeroso a las normas y convenciones admitidas por todos, mi deseo de ser apreciado y admirado intelectualmente, etc.

Ojo: no es que suprima todas esas preocupaciones; algunas sí, y en ciertos casos totalmente; pero en otros casos lo que ocurrirá es que esos ejes de la acción deben cambiar de signo y aún de contenido, adecuándose a mi nueva condición sagrada. Y siempre teniendo en cuenta que esos cambios se van a ver limitados hacia el exterior: no puedo transgredir por completo las convenciones vigentes, y estoy obligado a disfrazar en parte mis visiones interiores para no perturbar demasiado la convivencia con un mundo que no tiene nada que ver conmigo.

Cambios en el estilo de ser. Con las mismas limitaciones recién indicadas, aparecerán sin duda fuertes transformaciones en mis modos de comportamiento y de exteriorización. Hoy, mi personalidad aparece sembrada de conductas, reacciones, resortes, tics, hábitos de actuación social, etc., que provienen claramente del medio cultural y social en que me formé, pero que también responden a la idea -convencional y profanizada- que he tenido de mí mismo hasta ahora. Desde el sentimiento de sacralidad nadie puede comportarse igual que desde la profanidad más cruda y descarnada.

Una nueva relación con el cuerpo y con el psiquismo. Un cuerpo que es Eis/Una no puede ser el mismo que un cuerpo profano; e igualmente el psiquismo. Ni yo los puedo ver de la misma manera. Mi cuerpo y mi psiquismo han alcanzado ahora una eminencia que jamás habían tenido: se han vuelto instrumentos sagrados; me sirven para poder cumplir mis fines más trascendentes. Por eso siento la necesidad de celebrarlos, de venerarlos, y no puedo permitir que les pase nada: una Eis enferma no puede concebirse. Cuerpo y psiquismo están dotados de todo lo necesario para poder dar de sí lo mejor que poseen y para contrarrestar por sí

mismos los males que pudieran acosarlos: depende de mí mantenerlos en su rendimiento óptimo.

La convocatoria a todas mis capacidades y potencias. El hecho de que yo sea Eis misma en versión particular, quiere decir que todas las potencias y capacidades de que he sido dotado tienen que estar tendidas hacia sus máximos. ¿Cómo concebir una Eis que lo fuera a medias, que mantuviera inutilizada parte de sus fuerzas? Esa fue característica de mí yo hasta el momento: tener en uso un porcentaje muy bajo de mis facultados todas, y aún ellas muy alejadas de su óptimo posible. Ahora ser Eis quiere decir, antes que ninguna otra cosa, convocarme entero y poner todas mis potencias en su punto más alto. Yo no puedo ser una Eis parcial o fragmentaria: mi yo -es decir la Eis particularizada que me "ha tocado"- tiene que estar en la cima de lo que puede dar.

Cuidar los pensamientos y las actividades. Mis pensamientos y actividades todas deben estar regidos por mi sentimiento de ser Eis/Una, y este sentimiento condicionará lo que piense y lo que haga en lo sucesivo. (En rigor, esta rectificación de mi conducta actual se va a hacer sola, a medida que progrese en el sentimiento de ser Eis, porque éste me irá seleccionando los pensamientos y las actividades. Pero no está demás que, mientras esto ocurre, vigile y conduzca con mano firme el funcionar de mi psiquismo).

LOS LOCOS DE SER

"Todo lo que es, quiere que todo lo demás sea".

Esta curiosa proposición, de apariencia bastante cuestionable, se me presentó de golpe un día, cuando me encontraba dándole vueltas al tema de la situación religiosa. No bien "leí" esta fórmula en la mente, me produjo una instantánea seducción, como si contuviera una verdad incontrovertible.

Pero además me pareció profundamente concordante con el "clima" que yo estaba descubriendo en la situación religiosa: era eso, exactamente, lo que yo percibía en el mundo que se me iba abriendo: que cada cosa quería ser, pero además quería que todas las cosas fueran, y todos los seres, y EIS misma. Hambre de ser: eso venía percibiendo en la totalidad que me llegaba de fuera.

Sin embargo esta fórmula parece contrariar crudamente lo que nos muestra a diario nuestra experiencia: lo que vemos predominar en el mundo es violencia, destrucción, enfrentamientos atroces entre seres humanos... ¡La fórmula exacta parecería ser, más bien, la contraria: "todo lo que es, quiere que todo lo demás NO sea"...

Por eso hacen falta algunas precisiones, sin las cuales no podría entenderse esta afirmación, que adopté para mí con entusiasmo y que es básica para asumir a cabalidad nuestra situación religiosa. Veamos.

* * *

Para situarnos ante esta frase como es debido, no hay más remedio que distinguir dos planos en el existir de las cosas. Los llamaría el plano esencial y el plano incidental.

El plano esencial se refiere, justamente, a los atributos más de fondo que componen la naturaleza última del ser, y en particular la condición de "estar siendo" que la entidad lleva en sí. Lo que importa en ese plano es exclusivamente que la cosa "está siendo"; lo que hace en la vida de todos los días, cómo se comporta, qué actos cumple y cuáles son las consecuencias de esos actos, no cuenta para nada en el plano esencial.

* * *

Por lo demás, ese plano esencial no se ve afectado para nada por el tiempo: la entidad que es, puede durar mucho o ser efímera, tanto da. Porque es tan maravilloso ser, y tan sagrado, tan positivo, tan festival, que no bien la cosa tocó el ser, así sea por un segundo o por una fracción ínfinitesimal de segundo, ahí ya llegó a su tope, se colmó hasta los bordes, ya lo tuvo todo. "Quedó justificada" en su raíz, tocó lo esencial. ¿Para qué más?

* * *

Distinto es lo que ocurre en el plano incidental. Este es un plano más de superficie, el plano donde ocurren los sucesos del diario vivir. En este ámbito sí las cosas tienen determinados comportamientos, realizan diversos actos, producen efectos sobre lo externo, reciben sus influjos.

¿Qué función cumple el plano incidental dentro de la situación religiosa en que vamos? Es en este plano donde vamos a poder tender lazos eróticos con las-cosas-que-son. En lo incidental no cabe "dialogar" con Eis misma (eso ocurrirá en la interioridad pura, el yo a solas con Eis entera); pero la interioridad, en cambio, es el terreno donde haremos contacto con Eis en las cosas.

Y para eso, exactamente para eso, tenemos que "usar" el plano incidental: para acumular contactos eróticos con las cosas/Eis, con los seres/Eis. O sea que debemos poner el plano incidental al servicio del "qué me pasa". De otro modo: en una vida bien estructurada, el plano incidental debe estar más que nada al servicio de nuestra situación religiosa, permitiendo nuestras fusiones amorosas con Eis en las cosas y los seres.

Pero no todo es positivo en el plano incidental. Es el lugar de los cambios, de los funcionamientos, de la temporalidad. Todo se halla en un proceso permanente de transiciones, de vértigos, de apariciones y desapariciones. Ello determina que, con frecuencia, se desaten efectos perniciosos del funcionamiento de las cosas, y ello provoca muchas veces alteraciones, choques, que llegan a veces a convertirse en desgracias, catástrofes u horrores.

Si se quiere, el plano incidental es aquél donde pueden pasar dos géneros de cosas: o bellísimos encuentros amorosos con Eis o desviaciones o desencuentros involuntarios que pueden producirnos enormes daños. Es bifronte: tiene dos caras contrarias. Y nosotros, si queremos avanzar hacia Eis también en la incidentalidad, debemos crear actos permanentes de fusión amorosa con Eis y a la vez ser capaces de reducir al mínimo los golpes y adversidades que pueden venir a golpearnos (el amor a Eis ayuda mucho para esto).

En cambio, nada de estos avatares y tumultos ocurre en el plano esencial: allí nada se mueve o evoluciona, no existe el tiempo, ni operan los cambios. Lo único que impera, imperturbablemente, es la maravilla de ser. El oleaje de lo incidental nunca llega hasta allí. Es un lugar edénico, sin la tumultuosidad de lo incidental.

(Por eso la destrucción de la cosa no importa: porque no afecta en nada a lo esencial. La cosa que se destruye, se destruye en el plano incidental; pero además de estar actuando en lo incidental, también "estaba siendo", es decir, estaba conociendo lo esencial, que es lo único que cuenta. Y aunque "haya sido" durante un brevísimo segundo, un relámpago apenas, con ello ya alcanzó todo lo maravilloso y fundamental que nos es dado conocer en este mundo).

* * *

Quizás ahora se entienda mejor, leyéndola bajo nueva luz, esa proposición que parecía tan fuera de razón: "todo lo que es propende a que todo lo demás sea". Ella está referida únicamente al plano esencial, y por lo tanto no queda desmentida ni invalidada por nada que pueda ocurrir en el plano incidental.

En el plano esencial sentimos en efecto que impera una especie de voluntad generalizada de que todo lo que es, sea. Vale decir: el plano esencial parece estar organizado como si fuera un entramado o un sistema en el cual todo actúa y se concierta para que la gloria de ser se sostenga en todo, y se difunda y se amplíe. El Todo/Uno quiere que las cosas-que-son, sean; y éstas a su vez quieren que sean el Todo/Uno y las demás cosas. Y si son por mucho o por poco tiempo, eso no cuenta en absoluto ni modifica la condición gloriosa del magno acontecimiento de ser.

(De todos modos, debe entenderse claramente que la fórmula que estamos viendo, aunque está referida al plano esencial, deberá proyectarse también hacia el plano incidental, bañándolo o impregnándolo, hasta cierto punto al menos).

* * *

Ahora bien: procurar que una cosa sea, equivale a aspirar a que esa cosa alcance lo más y mejor concebible, que es la condición de ser; su maravilla, su sacralidad, su fiesta, su portentosa positividad. Pero querer lo mejor para algo tiene un nombre específico: se llama erotismo. Y si todo lo que es, aspira a que todo lo demás sea, esto significa que el Todo/Uno es un gigantesco y exhaustivo sistema erótico funcionando.

* * *

Es así cómo la situación religiosa se aparece a todas luces como un asunto eminentemente erótico; un erotismo que liga a las cosas entre sí, y a cada una con el Todo. Inútil querer entender estos juegos, estos vínculos y movimientos eróticos de todo lo que es; pero aunque no los entendamos, sí resulta claro que ellos rigen y determinan el conjunto de la realidad.

De ahí viene esta hambre generalizada de ser; por eso quiero ser yo, y quiero que Eis sea, y que las cosas todas sean. Bendita sea esta hambre. Los que son, son los locos furiosos de ser.

C. La práctica del vivir según Eis.

COMO SE HACE PARA VIVIR FUSIONANDOSE CON EIS

Por cierto que no alcanza con elaborar en el papel una cosmovisión que tenga coherencia y profundidad suficientes. Viene después otro aspecto de importancia no menor: cómo llevarla a la práctica. De lo contrario, no sirve para nada.

En mi caso, ya mostré cuál es la meta central que debe orientar mi existencia: construir, mediante fusiones crecientes con Eis, la Supravida más completa y rica que me sea posible desde la circunstancia en que me encuentro. Pero ésa es, apenas, su formulación teórica: ¿cómo se la traduce, luego, en actos concretos; cómo conducirse en la vida diaria para plasmar ese objetivo?

No es un tema nada fácil de resolver, y también requiere "inventarlo" todo, porque semejante empresa es hoy por completo desconocida y por lo tanto no pude valerme de ninguna experiencia anterior que me iluminara, ni de ejemplos externos que pudiera imitar, o que me pudieran servir de inspiración más o menos remota. Me encontré, una vez más, librado a mis solas y más que magras fuerzas.

Encontrar caminos en estas condiciones me insumió, también, largos tiempos de búsquedas, especulaciones, intentos, pruebas. Al final de este camino no sé si puede considerarse acertado o feliz lo que fui capaz de elaborar. Ni siquiera puedo saber si mis respuestas son las únicas posibles, o si cabe imaginar muchas otras (me inclino por esto último), que acaso sean superiores a las que yo me di.

Encontré en definitiva cinco grandes rutas de muy diferente naturaleza, aunque todas conducen a lo mismo, repito: a fusionarme religiosamente con Eis. Paso a exponerlas.

1. Actos de fusión directa con Eis.

Esta primera "ruta" apunta expresa y específicamente a crear un nexo de mismificación en un contacto directo con la propia Eis (luego se verá que las otras cuatro rutas llegan a Eis por otros mecanismos que habría que calificar de indirectos).

Estas "fusiones directas" adoptan, a mi ver, dos modalidades posibles:

* por un lado, se trata de tender vínculos eróticos con el "personaje Eis" en sí mismo. ¿Pero dónde encontrarlo? En lo externo no podemos abarcarlo ni situarlo en lugar alguno. Sin duda dispongo de un único lugar: mi interioridad, para lo cual debo construir la presencia de Eis dentro de mí y allí contactarme afectivamente con esa "persona" interior.

Serán actos, pues, "de puertas adentro", que transcurrirán en lo más resguardado de mi intimidad, y que tomarán formas muy variadas: "diálogos", "acariciamientos", junciones, modos de celebración, glorificaciones, y tantas más que puedan inventarse.

* Pero tengo una segunda forma de hacer contacto erótico-religioso con Eis misma: ir a su encuentro en las entidades que me rodean, sabiendo que Eis entera está radicada en la particularidad de cada una de ellas. De ese modo, en el contacto "eisificado" con las cosas de fuera, podré alcanzar también la fusionalidad "religiosa" que me hace falta.

Creo necesario hacer aquí un distingo bastante curioso. De hecho, todas las entidades del contorno me permiten fusionarme con Eis; ya se trate de seres humanos, animales, plantas, objetos inanimados, lugares, paisajes, etc. ¿Por qué? Porque en todos ellos se halla "radicada" Eis entera, así que en todos puedo ir a su encuentro y realizar entonces la fusión religiosa con ella.

Pero noto un rasgo bastante singular: algunas de esas entidades externas me erotizan espontáneamente, y otras no. Para hacer contacto con Eis en las que no me erotizan, necesito realizar una operación un tanto forzada: imponerme u obligarme a trasponer sus "puertas" para lograr de ese modo el acceso a Eis, lo que es perfectamente posible sin demasiado esfuerzo.

En cambio, no me ocurre nada de esto cuando las cosas o seres me erotizan espontáneamente. Allí el acceso es mucho más fluido y natural, y he descubierto algo sorprendente: en esos casos, mi fusión con la entidad externa adopta indefectiblemente el modelo del amor humano. ¿Qué quiere decir esto?

Sí: que puedo "enamorar" cabalmente de un árbol o de una piedra o de un caballo o de un edificio o de un ser humano, y contactarme con cada uno de ellos como si fueran una mujer amada... De ese modo, el vínculo erótico-religioso con Eis se hará mucho más profundo y visceral, pues, como se verá enseguida, el amor humano es el modelo más intenso de fusionalidad de que disponemos.

En efecto, el amor humano (ya se hable de un amor hombre-mujer, mujer-mujer u hombre-hombre, con la condición de que se trate siempre de un sentimiento genuino) parece ser sin duda el modelo más aproximado del erotismo entre Eis y el yo. De ahí que se revista del más poderoso simbolismo, si se es capaz de verlo así. Pues cuando dos seres humanos se juntan llevados por una potente y genuina atracción erótica, lo que hacen es reproducir en términos humanos el vínculo yo-Eis en su dimensión más rica y trascendente.

Pero no sólo lo expresan -lo que es mucho-, sino que, además y fundamentalmente, ese amarse humano se convierte en una fuerza que hace avanzar la fusión yo/Eis como ninguna otra experiencia individual, tal vez, pueda lograrlo.

(Una aclaración indispensable: a pesar de lo dicho, el amor humano no es un instrumento insustituible: si faltase, o no tuviese fuerza bastante, o dejara de ejercerse por cualquier motivo, el individuo tendría de todos

modos multitud de otras vías válidas para alcanzar su fusión erótica con Eis).

En suma: que debo vivir momento a momento forjando fusiones con Eis en las entidades del contorno, humanas o no; en unas, abriendo sus puertas para encontrar a Eis; en otras, entrando enamoradamente en ellas como se entra en una amante y allí fusionarme con ella (con Eis) tal como si se tratara de un acto de amor humano.

Se suma ahora otra forma de fusión "directa" con Eis, que pasará a ser uno de los territorios fundamentales del vivir individual: ahondar en todo lo posible el magno don que ella me ha dado: el de ser. Pero como - según se dice en otra parte- no existen actos específicos de ser, y no hay tampoco "más ser" o "menos ser", lo único que puede hacerse para disfrutar a fondo de ese don, es concientizar más y más, y lo más visceralmente que pueda, la condición de ser dándose en mí, con todo lo que ella implica, según sabemos: sumo bien, sacralidad, fiesta, prodigio, magia, poesía, erotismo; paraíso en suma, que será un paraíso del yo llevado a su mayor esplendor.

Así, este concientizar todo lo que se pueda la maravilla de ser será entonces otro modo de fusionalidad directa con Eis misma -ya que es ella quien me la ha donado-; y a esta forma de la fusión debemos dedicarle vastísimos espacios de nuestro vivir.

En suma: los contactos directos con Eis y las concientizaciones de ser - "actos" que podríamos llamar religiosos propiamente dichos- deben ocupar un territorio muy vasto de mi vivir cotidiano, quizás el de mayor extensión, porque es la forma más directa y operante de fusionarme con Eis. Pero cabe imaginar, además y acompañando estos actos, otras posibles vías hacia la fusión entrañable con Eis. Veámoslas.

2. Buscar la más completa realización del yo.

Antes decía que la fusión erótica con Eis supone un doble intercambio, como en todo amor: dar y recibir los mejores dones de los dos polos enamorados; en este caso Eis y el yo. Lo mejor y más alto que el yo puede donarle a Eis es su propio ser llevado a su más alto desenvolvimiento, a su mejor plenitud. Por eso se hace indispensable que el yo busque ahincadamente la máxima realización de todas sus potencialidades.

¿Cómo se logra en la práctica este desenvolvimiento máximo? Satisfaciendo en la mayor medida posible las inclinaciones espontáneas que cada uno trae en sí. Pues esas inclinaciones marcan líneas de desarrollo personal que nos han sido dadas y a las que debemos atender si es que queremos alcanzar la plenitud de lo que somos.

Pero esto a su vez implica un vivir tendido hacia la libertad de ser, pues es en la libertad donde podemos desarrollarnos y crecer hacia nuestros máximos. Lo que se traduce, en fin, por un vivir suelto, fresco, sin muros ni límites preconcebidos, en el ejercicio de la más desatada espontaneidad de ser.

Alcanzar este ápice de crecimiento supone impulsar distintos campos de lo que somos. Un primer aspecto fundamental de este realizar-el-yo-para-Eis reside en el cumplimiento de la vocación personal. Y ello porque la vocación es el camino más fructífero para encauzar nuestras tendencias profundas, y de ese modo llevar al yo a su máxima donación para Eis.

Pero la peculiaridad de un individuo no se manifiesta únicamente en su cauce vocacional: todo hombre trae, además, otras tendencias de desarrollo personal que lo llevarán en muy distintas direcciones (aficiones, inclinaciones, gustos, etc.). Y estos empujes laterales de la espontaneidad deben ser atendidos igualmente, por cuanto también ellos, al propender al más completo desenvolvimiento individual, enriquecen la donación a Eis y contribuyen así a nuestra fusión con ella.

3. Disfrutar de los múltiples dones que Eis pone al alcance del individuo humano.

Pero así como el Yo procura donarle a Eis lo mejor con que cuenta -el Yo mismo-, también Eis nos muestra su amor colmándonos de sus dones. Y su donación no puede ser más generosa: son incontables los bienes que pone a nuestro alcance. Por eso, una forma fundamental de fusionarme con ella es entregarme al disfrute de esos sus dones inacabables, pero a condición de ir guiado siempre por el espíritu de lo que he llamado "hedonismo religioso" vivido con la mayor profundidad.

El entorno humano, si bien miramos, está colmado de posibles encuentros placenteros con Eis; sólo nos falta descubrirlos e ir a ellos sin preconceptos ni restricciones. No hay que tenerle miedo al "vivir para el placer", tan vituperado por una moral que nada tiene que ver con mis valoraciones. Vivir para el placer, sí, pero repito: siempre y cuando los actos placenteros queden imbuidos de un alcance trascendente, como formas ascensionales de fusionarme dichosamente con Eis.

4. La contemplación y el conocimiento eróticos de Eis.

Esta faceta del vivir "religioso" es, quizás, una de las más hermosas, si no la más. En nuestra cultura es raro que alguien practique esas formas de aproximación a lo externo: lo que más se le parece es la contemplación estética y el conocimiento científico, pero es obvio que ambos nada tienen que ver con Eis y con el sentimiento religioso que debe inspirarlos.

Aquí, de lo que se trata es de sumergirme gozosamente en el mundo que me alcanzan mis sentidos, para asomarme hacia ese jardín de maravillas en

que ha plasmado Eis; encantarme con él y descubrir enamoradamente "cómo está hecho" ese mundo, que en mi visión es Eis misma.

Pero entendamos que este conocimiento erótico de la Eis externa no tiene el menor parentesco con el conocimiento científico, ni son iguales sus fines ni, por lo tanto, sus métodos. Aquí lo que me importa es conocer a Eis con la misma postura mental del enamorado que, sin proponérselo ni planificarlo, se demora y se solaza en ir descubriendo cómo es su amada, cuáles son sus rasgos y sus áreas, que tanto lo encantan.

Pocas cosas maravillan tanto como esa contemplación y ese conocimiento de lo que Eis nos muestra a nuestro alrededor. Es, así entendida, una vía formidable de fusionalidad y de mismificación al servicio del más alto erotismo religioso.

5. El individuo trabajando para lo humano y para Eis.

Otra vía individual para acercarse cada vez más a Eis: desde que siento a lo humano como "la Eis más cercana", foco vivo de pertenencia y herramienta fundamental para realizarme y comunicarme con Eis, el destino de lo humano no puede serme ajeno en modo alguno; y ello no por imposición de una ética abstracta que "me mande" sentir a lo humano como mío, sino como respuesta natural al erotismo que lo humano deposita en mí, en cada individuo, desde que nos permite ser y realizarnos.

Por eso, un modo principalísimo de fusionarme con Eis es insertarme con naturalidad en los intereses propios de la especie humana, y elegir un lugar desde el cual bregar por el avance y el engrandecimiento de todo lo que el hombre significa. Lo que tendré que hacer es buscar el sitio que me parezca más apropiado, a partir de la coyuntura de espacio y tiempo en que me encuentre.

Tales son las cinco grandes vías que, a mi juicio, conforman la práctica más completa del "vivir para Eis".

Se me podrá decir, y yo lo comparto, que la fusión creciente con Eis no se logra recorriendo planificadamente tales o cuales caminos específicos y realizando los actos que de ellos se deriven. Creo, sin duda, que la cosa es más profunda y, si se quiere, más simple: de lo que se trata es, no de acatar de modo mecánico acciones planificadas, sino de vivir guiados y empapados por un sentimiento de fondo, una necesidad de Eis, de estar con ella, de mismificarnos cada vez más mediante un juego fusional manejado con la más absoluta libertad.

Que esto quede bien claro: vivir no es ninguna cuadrícula del accionar; vivir es libertario, es un juego de la espontaneidad, y es ella la que nos dicta qué hacer y dónde apoyarnos para ir a encontrar en su plenitud la presencia encendida de Eis.

Lo que pasa, sin embargo, es que toda acción, por libre y suelta que sea, supone un escenario donde transcurre y una dirección que la conduce. Por eso, aunque no lo querramos, es inevitable que se delíneen por sí mismos territorios y posturas, movimientos y rumbos.

A ello obedecen esas cinco rutas que me he trazado. Pero este diseño clarificado de la acción, no me hará olvidar ni por un momento cuál va a ser el espíritu que presida ese transitar por tales caminos: en la base, siempre, me estará impulsando el erotismo religioso fundamental, el amor indeclinable por Eis, a cuyo encuentro marcharé por esas vías con el encendimiento de quien se lanza hacia su objeto erótico, esto es, sin plan ni medida alguna.

O sea: ese demarcar cinco rutas, como he hecho, no supondrá en ningún caso actuar presidido por un espíritu geométrico y calculado. Iré suelto, iré libre, con la espontaneidad desbordándose a velas desplegadas, porque es únicamente así como se llega a Eis: en la libertad más plena, más loca, sin trazados y sin métricas.

UN ESTILO JUBILOSO Y ENCENDIDO DE VIVIR

Creo que no basta con enumerar fríamente caminos a transitar. Falta algo no menos fundamental: exponer el clima, la temperatura, el tono interior que presidirá nuestros pasos. Vivir con Eis, en Eis y para Eis; sentirse en la maravilla de ser y sabiendo que nos encaminamos hacia una venturosa Supravida, va a marcar sin duda con enorme fuerza nuestra postura interior, el clima que ha de impregnar nuestra existencia.

Esa postura interior va a estar modelada por todo un cúmulo de vivencias, que me limitaré a enumerar, sintetizando mucho, entre las cuales se cuentan:

- * No entiendo lo que me dice Eis, pero me llena de alegría y de claridad.
- * Me siento viviendo la gloria plena de ser.
- * Vivo la gloria de saberme Eis completa.
- * Todo es mágico, sobrenatural y sagrado. No existe la profanidad.
- * Mi médula misma es mágica, sobrenatural y sagrada.
- * Soy parecidísimo a Eis, al cosmos y a cada cosa.

- * Eis, el cosmos y cada cosa son casi idénticos a mí.
- * Escucho en el contorno la música sagrada de ser.
- * Presencio a las cosas en su fiesta sagrada de ser.
- * Siento al mundo y a las cosas en el éxtasis de estar siendo.
- * Percibo la irradiación de positividad que el contorno me envía.
- * Adoptar, adecuado a lo humano, el estilo de ser que Eis nos muestra: luminoso, positivo, festivo, mágico.
- * Mantener al yo de puertas abiertas frente al no-yo.
- * Un yo proyectado hacia todo lo externo, prolongado en todas direcciones.
- * Un yo que se ve a sí mismo en cada cosa que mira.
- * Un Yo que ve a cada cosa cuando se mira a sí mismo.
- * Un yo que va instalado, residente, en cada realidad.
- * El universo va posado, íntegro, en él.
- * Cuando mira, todo lo mirado es su espejo.
- * El yo es un espejo donde se mira todo lo que es.
- * Está en ósmosis perpetua con todo el material de Eis.
- * Todas las cosas, circulando por los caminos del yo, van y vienen libremente.
- * El yo vive en libertad delirante.
- * Su convicción más ingenua: "puedo desacatar las leyes naturales".
- * Su credo disparatado: "lo que el universo puede, lo puedo yo".
- * Vivir en el júbilo de saberse Eis completa.
- * Vivir en el júbilo de "haber sido elegido" para ser una plasmación particular de Eis.
- * Y en el de estar en la condición paradisiaca de ser.
- * Y el de ser sagrado en circunstancia sagrada.
- * Y el de estar instalado en el sumo bien de Eis.
- * Y el de vivir una condición mágica y poética.

* Y el de tener asegurada la Supravida.

* El júbilo de saberme anadísimo por Eis.

* El júbilo de saberme amadisísimo por las cosas y los seres todos.

* El júbilo de formar parte de lo humano como una de sus plasmaciones de individualidad.

Aunadas todas estas vivencias, queda configurada una peculiar atmósfera de vivir que impregnará todos mis actos, un tono de ser y de relacionarme con el mundo y las cosas, que irá siempre impregnado e inspirado por la presencia iluminadora de Eis.

HACIA UNA NUEVA VIDA COTIDIANA

Es un hecho incontrovertible que actualmente sólo cuenta para nosotros el que llamo "plano incidental". En efecto, lo que ocurre en ese plano es lo único que nos importa y que nos condiciona. Fuera de eso, no vemos otra cosa.

Nuestras metas, móviles, valores, logros, fracasos, sólo toman en cuenta lo incidental, y se desenvuelven en esa área. No es nada exagerado decir que únicamente la incidentalidad nos absorbe y promueve, nos impulsa y modela, construyéndonos íntegros.

El plano incidental ha adquirido de este modo un peso decisivo en lo que somos o hacemos. Nuestra formación íntegra sólo toma en cuenta la incidentalidad y gira exclusivamente en torno a ella. Sólo se nos educa para ser incidentales.

Pero si queremos vivir en función de Eis, es imperativo introducir un cambio estructural en nuestra organización de vida, que hará variar el papel de lo incidental... y de lo que somos.

Si bien miramos, vivir en función de Eis equivale a estar estructurados según tres grandes centros:

a) lo primero que debe importarnos, nuestra primera meta fundamental, la constituye vivir a fondo el paraíso de ser; y aquí la incidentalidad no aparece;

b) el segundo centro está referido a otra meta no menos fundamental: relacionarnos eróticamente con Eis directa, para fusionarnos con ésta cada vez más; y aquí tampoco interviene lo incidental;

c) recién en la tercera meta de fondo aparece lo incidental: hacer contacto erótico con Eis plasmada en las entidades que constituyen la

incidentalidad. Aquí sí el "campo de Eis" es plenamente el plano incidental, los seres y las cosas donde iremos a buscarla para edificar con ella nuestra Supravida.

Pero lo que vemos en este caso es que cambia radicalmente el papel que lo incidental ha tenido hasta ahora para el hombre. Dos aspectos fundamentales deben modificarse en el papel de lo incidental: por un lado, dejará de ser el área exclusiva del vivir humano; por el otro, pasará a convertirse en campo indispensable para nuestra construcción de la Supravida.

O sea que, si bien pierde exclusividad, lo incidental gana en importancia para nuestro vivir más profundo, se vuelve zona que hay que considerar privilegiada para que podamos alcanzar nuestros fines más trascendentes.

Así, está bien que yo ame y cultive mi incidentalidad, puesto que juega un papel decisivo para mi destino trascendente; pero debo quitarle la exclusividad que tenía y cambiar por completo su signo y su papel en el vivir humano, llenándola de sentido trascendente.

Lo diré de otra manera: en lugar de estar nosotros contruidos en torno a la fórmula "yo soy mi incidentalidad" -aunque no seamos conscientes de ello-, tendríamos que pasar a estarlo sobre la fórmula "yo soy el ser de Eis", o, aunque parezca demasiado radical, "yo soy Eis". Esa sola sustitución lo cambia todo.

(En rigor, si quiero ser más preciso y riguroso, tendría que decir: "Yo soy Eis más mi incidentalidad en que ella ha plasmado", porque cada entidad -el yo por lo tanto- se compone de las dos áreas: Eis entera que está en la cosa, y la incidentalidad en que ella se ha particularizado en cada caso).

Así, si yo me enfrento a una entidad cualquiera, un árbol por ejemplo, no debo permitir más que se me venga a primerísimo plano, como hoy ocurre, la visión naturalista, o estética, o utilitaria, etc., del árbol en cuestión. En lugar de ello, debo darle prioridad absoluta al hecho de que ese árbol es, antes que nada, Eis completa, Eis misma, y recién después podré incorporar la incidentalidad en que, como árbol, ha plasmado.

A partir de ese cambio copernicano, no resulta nada exagerado decir que nuestra vida cotidiana tomará otro tinte, otra temperatura, y se desenvolverá por carriles diferentes a como la vivimos hoy. En lugar de una vida cotidiana predominantemente funcional, utilitaria, como es hoy, ella deberá pasar a ser una cotidianeidad centrada en la presencia fundamental de Eis, impregnando de sentido "religioso", mágico, poético, cada momento.

SEGUNDA SECCION: CUESTIONES VARIADAS EN TORNO A EIS

BREVES APUNTES Y ANOTACIONES

Algunas precisiones, ampliaciones, ajustes

Debo decirlo sin ningún miedo: yo no entiendo nada. O: ¿cómo discernir esto que pasa? Los códigos de Eis me son ajenos. Eis no es mental, es mágica. No es humana, es X. Dan risa mis manejos ansiosos para penetrar a Eis y sus significados. Quizás el balbuceo me acerque más a la condición de Eis. O el retardo mental. O el silencio sagrado. Sé que Eis es más secreto que inteligencia. Pero para percibirla yo cuento con un oído que no es el de escuchar. Dispongo de manos para tocarla, que no son las manos corporales. Puedo navegar dentro de Eis, y hacerlo sin saber cómo voy impulsado. Es un navegar hermosísimo, guiado por la sombra y la lucidez. Debo repetirlo: yo no entiendo nada. Pero al menos sé cómo convocar a Eis para que me bañe entero. Es entonces cuando veo iluminarse hasta el fondo todo cuanto hay.

* * *

Siento a Eis semejante a una persona que no se nota. No es fácil describirla. Una persona cálida, sabia en sentimiento. Nadie ubicó jamás su filiación verdadera ni el lugar de su origen. Todos ignoramos hacia dónde va (si es que va). Ni qué viento la mueve (o para qué la movería). En Eis no arrecia el tiempo, se la ve siempre alerta e intacta. Es posible que Eis lo sepa todo, que lo pueda todo, pero yo no lo creo. Prefiero arrancar cada mañana alguna luz y echarla sobre su falda pensando en ayudarla a ser. Eis no es maquinal, la veo volar parecida a un suceso con flores. ¿De dónde extrae tanta alegría? Algo festeja, que se me escapa. Es dueña y señora de cuanto necesito. Los dioses sueñan con arrebatarle sus calidades sagradas, se agolpan en ella para imitarla. Eis les sonrío, bondad pura. Eis a manos llenas, dadora y cantante.

* * *

Me impresiona la fuerza tremenda que percibo en cada cosa. Ese almohadón inmóvil está siempre a punto de estallar. No es nada pasivo o inerte. Más bien lo veo como una carga contenida en su límite. Eso es ser, tal vez: la tensión poderosa de una intensidad que se refrena, va a estallar cada

vez, pero queda en equilibrio. Tal sería, acaso, la dinámica fundamental del mundo. No la que deriva del movimiento o del cambio en el mundo físico. Quiero decir esto: aunque todo el mundo físico fuese inerte e inmutable, la realidad estaría presidida por aquel dinamismo más de fondo: la dinamia incontenible de ser, de volverse "presencia" cada cosa, de plasmar en el límite mismo de su negación, y ahí quedar, como suspendida en una tensión que nunca cesa.

Pero es curioso: no me parece que esa tensión continua, ese estar en el filo, sea angustiioso o atormentado. Por el contrario, siento a cada cosa en un "equilibrio calmo". Diría que todo está a punto... de no estallar. Y hasta me parece vislumbrar un disfrute en ese consumarse fronterizo, en esa indecisión de cada momento, que se resuelve en ser.

* * *

Todo en lo real es metáfora. Yo soy metáfora, el mundo es metáfora, Eis (o Dios) es metáfora, ser es metáfora. ¿Pero metáfora de qué, que no se muestra?

* * *

Ya señalé en "Eis. Un experimento del vivir (y del después)", con mi acostumbrada "obviedad metodológica", que en la naturaleza no existen ejemplares únicos: existen géneros, o, si se quiere, moldes genéricos a los que responden los individuos incluidos en ellos.

Cada criatura, cuando accede al ser, lo hace asumiendo su molde particular. Si soy hombre, he asumido mi molde "hombre"; si soy pájaro, mi molde pájaro; si soy río, mi molde río, etc.

Cada uno de estos moldes tiene sus capacidades y sus límites, que no pueden franquearse. Yo seré hombre dentro de mi molde "hombre", y no puedo salirme de él. Es lo que llamaría mi molde genérico.

Entonces, cuando digo que, para alcanzar la Supravida, es preciso que me desarrolle hasta el máximo, estoy queriendo decir "hasta el máximo de mi molde". Mi meta no es abstracta, del tipo "tender hacia la plenitud de ser", sin más. Mi meta es concreta y relativa, porque estoy enjaulado en mi molde, sin poder salirme de él.

Aparte de mi "molde de especie" -ser hombre-, tengo otros que también me condicionan: dado que yo soy latinoamericano, mi máximo será el máximo latinoamericano, distinto del máximo japonés o hindú o esquimal. Dado que soy hombre del siglo XX, mi máximo será distinto que el del griego del siglo V, o del francés del siglo XVIII. Y así sucesivamente.

Mi máximo desarrollo de ser no está marcado por parámetros genéricos sino peculiares y específicos del molde en que voy inserto o que me tocó asumir.

* * *

Hay un punto que tengo mal resuelto: ¿se puede ser más o ser menos? ¿hay grados en el ser? ¿o ser es una "acción" fija, sin variantes posibles? En

general, he aceptado muy tajantemente: "ser no admite grados; se es o no se es; es una "acción" única y absoluta", etc. ¿Pero es tan así?

Dudo, porque ahora me parece claro que aparecen grados: se puede "ser en plenitud" o ser muy menguadamente; podemos desarrollar en más o en menos nuestra potencialidad de ser. ¿Cómo negar que hay seres que están siendo más plenamente que otros? Lo que parece indicar que habría, entonces, grados en el ser, y que se puede, sí, ser más o ser menos...

Pero al mismo tiempo me vuelve mi primera convicción: me sigue pareciendo indudable que ser es un "acto" puro, no pasible de intensidades ni de diferenciación alguna: se es o no se es. El que es, no bien se pone a ser, ya está cumpliendo esa "acción" acabada, redonda, perfecta.

En suma, ¿cómo atar estos dos pareceres tan contrarios? Pienso -y no es que esté buscando forzosamente una solución salomónica, un camino del medio- si no habrá un manejo equívoco de los términos, y si no será posible concebir un ser que sea efectivamente inamovible e invariante, pero que al mismo tiempo pueda acercarse en más o en menos a su plenitud...

Tal vez esté hablando sin darme cuenta de dos cosas distintas. Ser en sí mismo sería, sí, único e invariante; pero habría que investigar algo: ¿de qué modo se es? Observemos que siempre, infaltablemente, cada cosa o entidad "se pone a ser" dentro de un determinado molde genérico. Yo, por ejemplo, soy dentro de mi molde genérico "hombre": y esto supone determinados modos específicos de estar siendo, ciertos instrumentos, modalidades, encuadres, que son los propios del molde "ser hombre". Y acá sí puede haber variantes o grados: yo puedo desarrollar mi "ser hombre" de un modo más completo o más pobre, más pleno o más corto.

Entendamos: quiero decir con esto que no existe un modo abstracto de ser, un ser en el aire, despegado de especificidades. Ser es siempre, inevitablemente, indefectiblemente, "ser según un molde". Se es árbol, se es galaxia, se es perro, se es río, se es... hombre, etc. No hay, no puede haber, un modo de ser inconcreto, privado de sus especificidades de género. Podría decirse que ser se aparece como un "acto" de doble cara: por un lado, supone el ser en estado puro, pero también supone ser dentro de algún molde de género. Y los dos aspectos son inseparables.

Y aquí, por el lado del molde, entra la variación posible de ser: ser en sí mismo no admite grados ni variaciones; pero sí los admite el molde en el que ese ser, necesariamente, plasmó. Por eso no es descabellado decir: "se puede ser más o ser menos". Porque resulta que ser es un "acto" doble, compuesto de dos caras adosadas: ser en estado puro (invariable), y ser según su molde específico, él sí variable.

* * *

El día en que yo llegue a la plenitud de mi molde -o sea a desarrollar todos los máximos que ese molde me permite-, es obvio que ya no podré avanzar más. Arribado a este punto, mi particularismo ya no cumple ninguna función: sólo le cabe desaparecer. Sobreviene por lo tanto la muerte.

En este caso, ¿qué pasa con mi yo, una vez que se desprende de su particularidad? ¿Desaparezco, puesto que dejé de ser una entidad particular? Ya lo expliqué antes: yo no era sólo una entidad particular. Yo era, a la vez, Eis entera y una, Eis global en figura particularizada. Desaparecida la particularización, el yo queda siendo lo otro que ya era: la Eis global y completa, única expresión del yo desde ese momento. El yo no ha desaparecido: ha pasado a ser Eis entera; en realidad Yo/Eis. A partir de ese salto comienza para el yo la Supravida.

Observemos que gracias a este mecanismo, Eis se enriqueció: aquella entidad que en un principio fue más simple y rudimentaria, terminó convertida en una entidad más "cargada" de patrimonio de ser. Y "llevándose" consigo esta riqueza, es como la entidad se incorpora a la globalidad de Eis: ésta queda, por tanto, ampliada, agrandada en su caudal y en su contenido.

Para decirlo en lenguaje mercantil: "buen negocio" para los dos, el Yo y Eis. Para el yo, porque saltó de lo particular a la globalidad; para Eis, porque vio acrecentado su patrimonio de ser con el aporte enriquecedor del yo culminado.

* * *

Mirando desde los horizontes de Eis, no hay nada más erótico que el Universo, ni nada más erógeno que los objetos que lo pueblan.

* * *

Me importa insistir en un tema ya planteado en la primera parte, pero que me fascina particularmente: la psicología del hombre que lleve una vida erótica genuina en función de Eis, va a ser diferente, desde la raíz, a la psicología que hoy se conoce. Yo pienso que con él quedaría inaugurada una organización psicológica hasta hoy desconocida y una mecánica psíquica inédita, que no se han visto nunca hasta el presente.

Y ello será así porque el hombre que viva según Eis, lo hará estableciendo formas de relación hoy desconocidas con el Todo y con el contorno. La conformación psíquica resultante será entonces extraña: mucho más poblada, encendida de cosas que hemos "capturado" con nuestro erotismo; un territorio heteróclito, centauro, de una hombridad enriquecida desde lo no-humano.

Es que el yo, por fortuna, tiene esta capacidad mágica fagocitadora, que le permite "tragarse" a las Eis del contorno y así crecer hacia Eis/toda.

Precisamente: esta capacidad de absorber eróticamente mundo, de cambiar de reinos para amplificar la sustancia humana del yo con elementos del no-yo, y componer de ese modo un nuevo perfil y una nueva mecánica de ser, es lo que el hombre jamás usó hasta ahora. El día que lo use, lo humano será otra cosa. Inaugurará un psiquismo inédito, que no sabemos hacia dónde nos puede llevar, aunque sin duda en dirección a más Eis.

* * *

Podría comulgar en una misa católica. O participar en una macumba. O en un ritual protestante. O en una ceremonia en la sinagoga. O en una mezquita. O en un templo budista. Y hasta en una orgía, si su sentido fuera de exaltación religiosa (no la orgía snob o pequeñoburguesa que hoy suele darse). Es que todo parece servirme.

¿Servirme para qué? En el fondo, para afirmar mi propia religiosidad, porque siento que todas las religiones, todas, presentes y pretéritas, "cultas" o "salvajes", evolucionadas o rudimentarias, con millones de fieles o con cientos de fieles, todas me hablan por igual de Eis, encuentro a Eis en todas (o al menos me es muy fácil reconocerla en ellas).

(Y otra cosa, no menor para mí: tal vez estaría buscando también, en esos rituales, formas gregarias de participación religiosa, ya que estoy condenado a una religiosidad solitaria; lo que resulta, ¡demasiado lo sé!, una perfecta contradicción en sus términos).

* * *

A veces pienso que uno, en sus búsquedas de fondo, se ve imposibilitado de tomar el único camino que sería el valedero.

Yo he tenido que montar en torno a Eis un aparato conceptual y valorativo complicadísimo para poder manejarla con ella. Construí como una especie de pantalla gigante donde proyectar la imagen de Eis en toda su complejidad y riqueza; pero lo que yo necesito es algo infinitamente más simple: tocarme con ella cara a cara, o carne a carne.

Sin embargo, por lo que parece, esta simplicidad es lo más difícil del mundo. Se diría que el ser humano es activo y estructuralmente complicado; y que en lugar de estirar la mano y tocar lo que tiene delante (Eis en mi caso, pero pasa lo mismo con Dios), necesita empezar a girar como un trompo, a levantar biombos, a abrir galerías tortuosas, a construir pasadizos intrincados, a desandar caminos y fabricarles desvíos, sin darse cuenta de que así va alejándose -tal vez- de Eis y mediatizando cada vez más su vínculo amoroso con ella.

Acaso sólo un estúpido, un retardado mental o un loco cuya demencia consistiera en una ingenuidad monumental, sería capaz de "tocar" a Eis y llegarle con su amor sin intermediación alguna.

¿Y si dinamitáramos tanto aparato, tanta ortopedia intelectualizada? Me parece excelente paso. Una sola duda: ¿y si en lugar de alcanzar así el cara a cara, el carne a carne, nos quedamos paralíticos o anonadados? Pobrecito el hombre: a lo mejor es demasiado complejo para un acto religioso demasiado simple, y ha de marchar siempre condenado a laberinto perpetuo.

* * *

Observando el vivir (y el morir) animal y vegetal, me asalta la sensación de que la vida de cada individuo de esos reinos importa bastante poco; que en el mundo viviente se muere sin que el acontecimiento revista la gravedad y magnitud a que estamos acostumbrados los humanos.

La observación puede ser correcta o no. A lo mejor lo que pasa, simplemente, es que los hombres no estamos capacitados para detectar las "emociones" que acaso recorren a los otros seres vivos en el momento de morir, aunque exteriormente no lo parezca: no suelen llorar, no gritan, no claman a la manera nuestra, y entonces los vemos terminar su existencia en medio de una especie de impasibilidad emotiva, que acaso está lejos de ser tal.

De todos modos, lo que me importa es que esta observación, errada o cierta, me fue llevando a preguntarme algunas cosas a propósito del morir humano. ¿No será que nosotros exageramos, desmesuramos, la gravedad con que recibimos la muerte? ¿Tenemos razón cuando validamos en tan alto grado la vida que nos fue dada? ¿no será que desmesuramos tanto el valor de la vida humana porque no hemos encontrado una adecuada inteligencia del vivir y del morir, y lo que en verdad nos aterra es ver que se nos va la vida sin que hayamos sabido qué hacer con ella?

Siempre tuve la sensación extraña y que no sé fundamentar, de que el animal conoce de las verdades radicales mucho más que nosotros (y también la planta, y también lo inanimado). No me refiero, ciertamente, a ningún saber racional, sino de otro género que no entendemos. Pero sería gracias a esa sabiduría que animales, plantas y cosas parecen tan poco preocupados con su destrucción.

Y me pregunto: ¿qué pasaría si el hombre alcanzara algún tipo de certidumbre respecto de lo que es vivir, morir y post-morir? ¿si sintiera, por ejemplo, que el hecho puro de ser -pero un ser vivido en todo su prodigio y su gloria-, ya basta para colmar ese vivir, y fuera consciente de la plenitud en que por eso mismo está?

Quizás si aplastáramos a ese hombre como hacemos con una mosquita cualquiera, nos parecería la cosa menos grave del mundo, un hecho baladí que no merecería nuestra emoción. Y a él mismo (¿quién nos dice?) tal vez le parecería igual, y habría vivido libre de la enfermiza (y descabellada) obsesión de morir...

* * *

Hace muchos años que soy yo mismo. Pero no me engaño: no es eso lo que soy. Quizás no era fácil hacerme provenir de alguna parte, pero ella, Eis, lo decretó así. He aprendido con gran prolijidad a mirarme, a escarbarme capa tras capa. Por fin llegué hasta las zonas nativas, y entonces descubrí que allí está radicado el despacho de Eis. Se parece a una vivienda en el centro de una plaza amable, que ella ocupa enteramente. No se ve merodear a ningún otro poblador, no hay peregrinos. Y entonces establezco que mi sangre no es mi sangre sino Eis misma, mis recuerdos Eis misma, mi inteligencia Eis misma, mis alegrías Eis misma, y que todo lo mío es toda ella, y que nada de Eis falta en el país de mi persona. Yo soy ella que se ha disfrazado de mí; Eis alojada en este poquitito espacio de ser donde ella se quiso moldear enterísima con mi nombre.

* * *

Ya lo establecí en otra parte: ni pensar en dar un paso en nuestro sentimiento del mundo, si no empezamos por aceptar que estamos en situación mágica. O tal vez poético-mágica. No nos es nada fácil. Implica quebrar el instrumento del que nos hemos venido valiendo en los últimos cinco siglos, la razón, de imperio todopoderoso en el "hombre moderno".

Quiero repetir lo que dije varias veces, o lo di a entender: nuestro fundamento está en otra parte. Somos mágicos en medio de lo mágico, milagro en el milagro, inexplicables en lo inexplicable, poéticos en pleno prodigio de poesía; y somos también supraracionales navegando en la supraracionalidad. Qué le vamos a hacer.

El racionalismo y el positivismo -los racionalistas y los positivistas- braman frente a estas tentativas de arrebatarnos su corona de siglos y ponerlos en su sitio. Es que no hay más remedio que elegir. O seguimos atados a las imposiciones de un racionalismo desgastado y condenado por la historia, o resueltamente levantamos vuelo. O nos decidimos a vernos mágicos, o vegetamos como hasta ahora; peor que hasta ahora, porque los cambios, mientras, siguen su marcha y transforman las conciencias, y abren horizontes y señalan vías insólitas, alejadísimas de los viejos cánones racionalistas-positivistas que tanto nos marcaron.

¿Que así instauramos irresponsablemente el reino del capricho y la arbitrariedad? Es posible. Pero pienso que bien vale la pena ver adónde nos lleva esta vía sin duda heterodoxa. No creo que vayamos a estar peor que bajo la tiranía de una razón salida de madre, librada a tareas rectoras para las que jamás estuvo llamada.

* * *

Pienso que nuestra relación enamorada con la materia y con el cosmos (en cuanto son Eis) no puede reducirse a abordarlos con los sentidos, por rico que pueda ser ese abordaje. Y me he preguntado si la acción, la pura acción, no puede llegar a ser también un lenguaje comunicacional apropiado.

Un ejemplo que se me ocurre: si yo me zambullo en el mar, doy lugar a toda una serie de "relaciones" fácticas con el agua en la que me he sumergido. Hay todo un sistema de intercambios activos que empiezan automáticamente a funcionar, de mi lado y del lado del agua: movimientos corporales, resistencias, adaptaciones mutuas, rozamientos, ritmos, mecanismos fisiológicos y mentales que van surgiendo en mí, etc., etc.

Me pregunto si todo esto no configura en rigor una especie de "diálogo" que se entabla entre esos dos polos: el yo zambullido y el agua que me recibe (no sé si de buen o mal grado). ¿Es excesivo hablar de una especie de idioma, apto para el intercambio relacional entre ambos?

Por cierto: sería un diálogo al que le faltaría insuflarle mi erotismo; hacia la materia, hacia el cosmos, y en definitiva hacia Eis. Sin ese "chorro" de erotismo que yo le agrego a la relación, de nada serviría ésta, pues quedaría reducida a la trivialidad de un acto atlético, sin el menor contenido "religioso".

Vista así, la acción llega a ser un verdadero sistema de signos eróticos que genera un intercambio enamorado de alto contenido religioso.

Es que mi comunicación erótica con Eis/cosmos o con Eis/materia no tiene por qué ser monocorde, cuando poseo un vasto abanico de posibilidades; entre ellas la acción, debidamente transformada en diálogo amoroso.

Que los actos pasen a ser hilos encendidos, para tejer también con ellos mi relacionamiento enamorado con Eis.

Así, se puede pensar en acciones que no conduzcan a nada (a nada utilitario, se entiende). Que sólo obedezcan al propósito de organizar un lenguaje fáctico, constituido por el eslabonamiento de ciertas acciones, y con la sola finalidad de elaborar así un mensaje que en lugar de palabras utilizaría actos.

Visto de afuera, parecerá un accionar sin pies ni cabeza, desatinado, arbitrario. Sólo tendrá sentido para quien conozca de antemano la clave interna del propósito que llevó al "hablante" a producir esa "frase factual".

Al fin y al cabo, ¿por qué hablar siempre con palabras, orales o escritas? ¿por qué con ademanes y gestos expresivos? Creo que debemos ampliar nuestros códigos comunicantes con Eis, multiplicar los lenguajes, enriquecerlos de todas maneras; y las acciones puras, eslabonadas con intencionalidad religiosa, pueden ser un modo perfectamente apropiado para dialogar y entendernos con Eis.

* * *

Aunque he escrito tantas cosas en tantos años, de ahora en adelante no quiero escribir más con palabras: quiero "hablar" con mi vida. Que mis actos digan lo que siento que tengo que transmitir. Por eso me preocupa tanto plasmar un estilo de vivir, modos de hacer cosas que traduzcan mi vínculo amoroso con Eis y lo expresen.

No sé cómo lograrlo: tengo una vez más que inventarlo todo. Somos analfabetos en prácticas hondas de vivir. Exploraré. Buscaré viabilidades, climas, temperaturas, para llevar un vivir que transmita en su acontecer mismo los contenidos de mi "romance" con Eis.

* * *

El religioso tradicional decía: "Amo a esa flor (o lo que fuese) porque es obra del buen Dios", etc. Yo digo, en cambio: "Amo a esa flor (o lo que sea) porque es Eis misma". O sea: nada de "obra". Y porque amo a Eis -que es mi amada- en esa flor, quiero hacer a ésta totalmente mía. (Y copular con ella, cómo no).

* * *

Siento -pero no estoy muy en claro sobre lo que veo- algo así como que a Eis no le importa demasiado lo que sean las cosas y cómo sean; pero le importa, en cambio, que las cosas sean. Si resultan ser grandes o pequeñas, hermosas o feas, efímeras o duraderas, consistentes o endebles,

etc., eso tanto le da. Lo que le preocupa es el verbo ser, no el cómo ser.

Y a veces pienso que al ser humano tendría que ocurrirle lo que a Eis: importarle primordialmente ser, y sólo secundariamente cómo ser. A mí mismo: ¿por qué tendría que importarme tanto cuajar en este molde humano o en aquél? Pero sí ser, y perdurar en el ser.

* * *

¿Por qué Eis "puso en mí" su corriente erótica? ¿Cómo fue que llegó a modelar este manojito de particularidades que yo soy? ¿Cabe decir que me eligió, o aún que me prefirió? ¿Por qué yo y no otro? ¿Qué conveniencia, qué "ventaja" vio en mí? ¿Qué ganó -yo o ella- con que yo fuera, y que fuera, además, tal cual soy?

Tal vez no haya que buscar ningún finalismo, claro. Acaso Eis tiró unos dados al tun tún y salí yo como pudo haber salido cualquier otro, sin ninguna razón ni intencionalidad ni expectativa especiales.

Todas estas preguntas bastante cómicas -que ni siquiera sé si son procedentes- huelen en todo caso a cierto narcisismo: ¿tan importante soy como para que Eis "me eligiera"? Sea como sea, y aunque no parezca legítimo ese preguntadero, no puedo sacarme de encima la extraña y muy fértil emoción de pensarme "hecho" expresamente por Eis, de haber sido tocado por ella para darme el ser.

Salí yo, aquí estoy: ésa es la cosa. Elegido, preferido; o fruto del puro azar, de unos dados que a lo mejor estaban cargados por algún tahúr; el hecho es que aquí llegué. Y no puedo evitar estarle agradecido a Eis por su... ¿decisión?

* * *

Debo declarar que a veces me siento ridículo siendo cuerdo (si es que lo soy). Es que encuentro algo grotesca a la cordura. Esto no supone un "elogio a la locura". A decir verdad, no le veo ninguna superioridad a la demencia, por lo menos a la demencia que anda por ahí, haciendo ruido. No me parece gran cosa, francamente.

Y no me lo parece porque, en general, la demencia es como el negativo o el vaciado en yeso de la cordura que transgredió. De ahí que a una cordura mezquina, miope, corta de alcances, como la que padecemos, corresponda una locura de parecida especie.

Estaría dispuesto a admirar una demencia de otra índole, que hubiera prescindido de todo territorio cuerdo referido a la cordura ambiente, y que supusiera un estallido sin conexión alguna con ella. ¿Pero es posible una locura así? ¿De qué podría alimentarse, sino de los componentes de la atmósfera cuerda en donde se engendró?

Lástima, porque aquélla sería en verdad la única locura digna de algún respeto. La que puebla los manicomios o los espacios del arte o de la filosofía, no va nunca demasiado lejos. Es de corto radio, de aliento

estrecho. Es en definitiva nuestro espejo, y tal vez nuestras figuras hablen de modos de ser que no se remonten mucho. O nada.

* * *

Se puede decir -bromeando un poco- que vivir equivale a recoger los mimos, las caricias, que Eis me brinda a cada paso. Diría que el mundo es un sistema de formidables mimos disponibles. Está en mí recogerlos, elegirlos, según mis gustos y preferencias personales, esto es, según mi ecuación personalísima de inclinaciones y capacidades. Todo consiste en entender que el mundo es un sistema amoroso organizado por Eis y verlo como un inextinguible ofertorio de caricias a mi disposición.

Yo debo afinarme, afilarme, para distinguir y elegir y apresar más y más caricias de Eis, porque eso es vivir. Debo volverme un eximio Cazador, de ella y de sus modos; al tiempo que también un acariciador incansable, un eximio Dador, ofertándole todos mis dones.

* * *

Me he descubierto una tendencia -bastante cómica, por cierto- a suponer que Eis, sus atributos, su modo de relacionarse conmigo, etc., son todas "invenciones" mías; que forman parte de una cosmovisión que yo creé. Cómico, realmente.

Tengo que entender de una vez por todas que Eis no es invento mío sino que "está ahí" objetivamente, fuera de mí y de cualquiera que piense. Es un "en sí" autónomo, que está y seguirá estando, que es y seguirá siendo, se lo piense o no, tanto da.

A mí se me ocurrió llamarlo Eis, por razones que expliqué en otro lugar, y acepté para mi manejo personificarlo en parte, humanificarlo hasta cierto punto y sexualizarlo de determinada manera; cambiando, además, el modelo de relación, que de padre-hijo pasó a ser la del amor humano en cualquiera de sus variantes.

Pero esto no significa que Eis haya sido un invento mío, que yo la haya establecido desde la nada. El "en sí" estaba de antes, estuvo siempre, aunque hayan cambiado tanto sus nombres y los modos de relacionarse con él. Lo que yo hice, en todo caso, fue descubrir (para mí, se entiende) la presencia viva, real, de ese "en sí" que antes no veía o no sentía, y atribuirle -como no me satisficieron ninguno de los modos de verlo o de sentirlo- ciertos rasgos propios que necesité poner en él, y cierta manera de entablar con él una relación personalizada y operante (se entiende siempre que para mi uso, nada más).

Esto significa que no estará mal poner desde ahora mucho más énfasis en el "en sí" que en Eis.

(En página aparte)

TRES ZONAS PARADISIACAS

Encaminar la vida individual siguiendo esta fabulación que tiene a Eis como centro, nos lleva indefectiblemente a una organización de los actos de tipo paradisiaco. Tres formas de paraíso se delinear claramente.

1.

En primer lugar, el paraíso de ser. Esta condición de ser es en sí misma de índole paradisiaca, dado que ha de ser vista como sacralidad, sumo bien, prodigio, magia, poesía, erotismo, festivalidad. Un paraíso que, por transcurrir en el plano esencial, no puede ser afectado por ninguna perturbación, ni mal, ni daño.

Es éste un paraíso estrictamente presente, ocurre en el hoy. No tiene que ser "fabricado" ni preparado de modo alguno: ya está ahí, en nosotros. Lo único que debemos hacer es concientizarlo, traerlo con fuerza a la luz de nuestra percepción; pues ya sabemos que lo que no se concientiza, no opera.

Cuanto más avancemos en la concientización de nuestra condición fundamental de ser, más se intensificará nuestra sensación de paraíso, nuestro disfrute de tal. Por tanto, una parte fundamental de nuestros actos debe conducir a ese cultivo permanente de nuestra condición actual de paraíso. Y eso ocurrirá exclusivamente en nuestra interioridad, pues pertenece al dominio de eso que he llamado "plano esencial".

2.

Pero hay también una segunda condición paradisiaca que nos es dada; sólo que ya no es presente, sino futura; no está a nuestra disposición inmediata, como la anterior: es a construir. Es la situación que nos espera en la Supravida: paraíso indudable, puesto que en la Supravida el yo se ha mismificado plenamente con Eis, es por entero Eis: imposible concebir un paraíso mayor, porque toda la maravilla de Eis ha pasado a ser en plenitud la maravilla de nuestro yo.

Como se ve, en vida no tenemos este segundo paraíso, puesto que vendrá después, traspuesta la "muerte erótica". Pero la construcción de este paraíso futuro es, sí, obra actual, del hoy, y además estrictamente nuestra. O para ser más exactos: la Supravida -o sea el paraíso de ser Eis- está asegurada siempre, desde el principio, no bien ingresamos en el ser. Pero lo que sí podemos hacer es enriquecer, acrecentar, esa Supravida futura, valiéndonos de los actos que llevemos a cabo en nuestro vivir.

Ya sabemos que esto no significa -como en tantas religiones tradicionales- que tenemos que llevar una vida intachable desde el punto de vista moral. El medio con que contamos para intensificar nuestro paraíso futuro no es ético, es erótico: se trata de buscar más y más fusiones eróticas con Eis, porque con ellas nos vamos identificando cada vez más a fondo con Eis, hasta culminar en la mismificación más perfecta a la que podamos llegar.

Ya sabemos que estas fusiones eróticas con Eis pueden adoptar dos vías: la primera, unirnos directamente con Eis en nuestra interioridad; la segunda, salir al plano incidental para buscar allí un permanente diálogo erótico con las cosas y los seres buscando en ellos a Eis y entonces fabricar con ésta nuevas fusiones enamoradas.

El hecho de que esta segunda forma de fusión se fabrique o prepare en el plano incidental, nos expone a padecer los efectos negativos de muchos sucesos que a veces provocan disfunciones o anomalías en el funcionamiento de la incidentalidad, acarreándonos males o desventuras. Ello dificulta, a no dudarlo, la edificación del segundo paraíso; puede debilitarlo, retrasarlo o dañarlo, pero nunca anularlo del todo.

(Por eso el arte de vivir para Eis incluye también la capacidad de resistir, amortiguar o contrarrestar esos daños posibles que nos pueden llegar desde la incidentalidad. La propia búsqueda enamorada de Eis es la mejor defensa).

3.

Quizás podría hablarse de una tercera forma de paraíso, también actual, ya no futura. En efecto, cada vez que logramos fusionarnos con Eis, ese momento de unión erótica consumada, ¿no es también de condición paradisiaca? Nos hemos fusionado con Eis, y eso es gloria presente, es maravilla lograda: ¿cómo no va a ser paradisiaca?

Sería, agreguemos, un paraíso de doble lenguaje, presente y futuro: al mismo tiempo que es un paraíso a vivir en ese momento, sirve además para agregar un peldaño más en nuestra ascensionalidad hacia la fusión futura con Eis en la Supravida.

Me parece que será imperativo, insoslayable, ejercitarse, antes que nada, en sacar a luz la condición de ser, descubrirla debajo de cada entidad que vemos a nuestro alrededor, "descender" hasta la médula de ser de cada una.

No va a ser fácil dejar de lado lo que las entidades hacen, el lugar que ocupan en el mundo, su función o utilidad, sus cambios y evoluciones. Todo eso debe pasar a un muy alejado segundo plano, y traer entonces al primerísimo la condición de "estar siendo", que alienta, oculta, en cada cosa.

Va a ser un extraño cambio el del mundo visto así. Aparecerá una realidad insólita, nunca encontrada hasta ahora, desde que todo estará en parecida "andanza", la de ser. El contorno se recubrirá de una especie de "uniformización" y de una suerte de "inmovilismo profundo", por cierto que aparente.

Sin duda perderemos algo de la variedad, de la coloración, de esa "gracia" y pintorequismo que tienen las cosas del mundo cuando las miramos en su peculiaridad diferenciadora. Será como si todo se agrisara o emparejara hasta cierto punto, para mostrar únicamente la misma faceta que se da indefectiblemente en todas: la de ser.

Pero a cambio empezará a relumbrar con una fuerza avasalladora el carácter de prodigio, de magia, de suprema gloria que tiene el "estar siendo" cuando sabemos verlo tal como es.

(Además no hay que lamentar esa pérdida relativa de variedad y riqueza en la percepción y manejo del contorno: pronto las recuperaremos, cuando nos apliquemos paralelamente a la construcción de la Supravida, tarea que nos exigirá un contacto erótico muy sabroso con las realidades del mundo incidental, vistas en lo que tienen de más peculiar y distintivo).

Cuando pongo el énfasis en la condición de ser de cada cosa, empieza a resaltar un hermanamiento de fondo entre las entidades todas. Y ello porque todos los objetos y los seres sin excepción "están dedicados" a lo mismo: a ser. De modo que, si se quiere, todas las cosas son "compinches", colegas en ser. Pasan todas su tiempo "haciendo lo mismo".

Y además, ser es, en su ultimísima médula, un acto absoluto y único: hay un plano en que no se puede ser más o ser menos. Se es, simplemente, sin que puedan reconocerse gradaciones o matices diferenciales. De modo que ese libro "hace" lo mismo que aquel árbol, y aquel perro lo mismo que la nebulosa de Orión, y yo lo mismo que la Catedral de Chartres. Imposible establecer jerarquías o escalafones: todo está perfectamente igualado.

Y lo más seductor de estas excavaciones es que todas esas entidades que acabo de nombrar (y todas las demás que quisiera agregar) se presentan ante mis ojos en una delicada convivencia, unidas en un juego delicioso de concordancias y armonizaciones nacidas de una misma raíz: el prodigio de ser, que las anima y alimenta a todas.

Y a mí con ellas. Aquí no debe faltar mi yo. Porque yo también debo verme a mí mismo en postura de ser: atenuar la carga de mis rasgos físicos, de mi biografía, de mis antepasados, de mi peculiarísima idiosincrasia, de mis proyectos y expectativas, y sacar a luz ese elemento capital, mi "estar siendo", verdadero núcleo o foco central de mi ser.

Alrededor de ese "carozo esencial" -si se permite decirlo de esta manera-, se disponen los elementos que hacen a mi especificidad. Quiero decir que la médula de ser me empareja a mí con todas las demás cosas; mientras que las incidentalidades me diferencian de ellas.

Es preciso ver ahora "cómo se hace" para vivir ese paraíso y disfrutar de él con la debida profundidad. O si se quiere, qué actos deben cumplirse para ello.

¿Actos? Creo que esto depende de lo que entendamos por "actos". Porque hay actos que se desarrollan en lo externo y actos que sólo pueden transcurrir en la interioridad del yo.

En cuanto a los primeros, me resulta muy difícil concebir actos externos que permitan vivir el paraíso de ser. Lo externo es el dominio de lo incidental; el territorio de los cambios, las transformaciones, la temporalidad. Pero ya sabemos que el "paraíso de ser" supone un ámbito muy interior, muy medular, y que el "estar siendo" no transcurre a la manera del tiempo incidental, y no hay evoluciones, transformaciones o cambios. El "estar siendo" y el plano incidental no se tocan, no se rozan, no se influyen. No se ve cómo, entonces, podría pensarse en actos externos que sirvieran para vivir el paraíso de ser. Parecen incompatibles.

Me parece más lógico, entonces, pensar que el paraíso de ser ha de vivirse más bien en la interioridad. Los actos a que dé lugar no tendrán traducción externa de ninguna clase: serán de carácter subjetivo, tendrán lugar en la intimidad. ¿Actos mentales? Yo diría más bien actos afectivos, si lo de mental supone más que nada una actividad del intelecto. Poco tiene que hacer el intelecto en esto de "vivir el paraíso": no hay elucubraciones que hacer. Pero en cambio hay mucho que sentir.

Pienso, entonces, que vivir "el paraíso de ser" quiere decir más que nada montar en la interioridad un gran escenario del sentimiento, donde se desenvuelvan emociones y sacudimientos de la afectividad en relación con la condición de "estar siendo". No veo que haya otra posibilidad.

A medida que me interno en la experiencia práctica del "paraíso de ser", voy confirmando lo que pensaba a propósito de la "igualdad" básica de todas las cosas y seres, cuando miramos con la óptica del "estar siendo".

Lo ilustraría diciendo que, en el ámbito del paraíso de ser, un botón no es menos que una galaxia, un gusanito importa lo mismo que una catedral de la Edad Media, o un criminal múltiple "vale" tanto como Einstein o como Buda, etc.

Pero es preciso observar rápidamente que estas comparaciones que suenan tan chocantes varían en función de los parámetros que se usen en cada caso. Si utilizo como pauta la noción de dimensión espacial y de generación de fenómenos físicos, entonces sí es obvio que una galaxia importa mucho más que un botón. Si aplico un parámetro estético-religioso, el gusanito no tiene parangón posible con una catedral. Y si me valgo de un criterio ético o intelectual, por supuesto que Buda o Einstein estarán incomparablemente por encima del asesino múltiple, etc.

Pero resulta que, en el caso del ámbito del "estar siendo", el criterio que decide es el de ser, justamente, y no puedo mezclarlo con ningún otro, ya que ninguno vendría al caso. Y cuando me atengo al criterio del "estar siendo", con lo que me encuentro es que, como ya establecí en otra parte, en un plano de máxima profundidad no hay distingo posible entre el ser de las cosas. ¿Qué cosa puede decirse que "es" más que otra? ¿Tienen cualidades de ser que las diferencie? No, sin duda.

Por eso, desde el punto de vista de ser, estrictamente, nada vale más que nada, ni cuenta más, ni pesa más, ni "sirve" más. En ese estricto plano de ser, lo más bello no "es más" (ni menos) que lo horroroso; ni lo bueno vale más que lo malo; ni lo útil se valora más que lo innecesario, etc.; pautas todas que son ajenas en absoluto a la condición de ser.

Y otra cosa que se descubre cuando empezamos a desplazarnos en el "paraíso de ser": ninguna cosa puede "aspirar" a más de lo que ya es. Ni el botón va a aspirar a ser galaxia; ni el gusanito a catedral, etc. Pero tampoco el botón va a aspirar a ser otro botón mejor que él, ni la galaxia querrá llegar a ser otra galaxia aún mayor, etc. En materia de ser no hay "escaleras", escalafones, jerarquías, grados ascensionales (ni descendenciales).

Por eso en el paraíso de ser no se respira nada parecido a la ambición o a la discordia, ni soplan el desasosiego ni el inconformismo: todo está en lo que tiene que estar, en su logro sumo. Cualquiera sea el estado, formato o condición de la cosa, "ser lo que ya es" debe verse como su culminación. No hay nada que perfeccionar ni que superar ni que sublimar. De ahí que en este ámbito de ser se respire un clima edénico, de placidez y serenidad perfectísimas.

EL PARAISO Y EL MAL

Como es comprensible, resulta muy difícil compaginar una visión de la realidad que se me impone con dimensiones paradisiacas, según recién mostraba, y hacerla compatible con los horrores que nos muestra a diario este mundo francamente anti-Eis. En ese nudo encallé durante mucho tiempo, y al final no creo haberlo desatado con la felicidad que hubiera querido.

Lo primero que me pareció necesario, como indispensable higiene del tema, fue acotar la cuestión: situar al mal en el sitio justo que le corresponde, examinar hasta qué punto los males son de veras inherentes a la condición de Eis. No es cuestión de que la hagamos cargar a ésta con una "culpa" que no le corresponde.

Empecemos por algunos deslindes indispensables.

El "área" de ser.

Según recién vimos, hay toda un "área" fundamentalísima de Eis que queda "libre de toda sospecha": la que tiene que ver con la condición de ser. Allí, en lo que llamaríamos "el ámbito de ser", no aparece el menor vislumbre de mal, ni el más mínimo atisbo. Ser es puro bien, y como tal luce impoluto: imposible concebir en el ser ni siquiera una mácula que lo empañe. Todo en él es bien, nada más que bien.

Corolario: el mal sólo puede ocurrir en la otra área: en la incidental. Únicamente allí. Aunque algo ya se vio al respecto, conviene escarbar un poco más en esta zona.

Incidentalidad humana.

Dentro de la incidentalidad, conviene diferenciar claramente dos campos: la incidentalidad humana y la incidentalidad natural.

En la incidentalidad humana, los males, horrores, etc., se originan en el comportamiento y actitudes de los hombres mismos: robos, homicidios, violaciones, agresiones, estafas, explotación económica, abusos de poder, tiranías, guerras, etc.

Si bien miramos, todos esos males sin excepción pueden ser evitados o corregidos por el hombre mismo, especialmente operando sobre las condiciones sociales y económicas de vida, que son la fuente que los origina. De manera que no cabe hacer "responsable" a Eis de lo que está en manos del hombre solucionar.

Incidentalidad natural.

Comprende males que no provienen directamente de la conducta humana, sino que se originan en hechos extra-humanos, tales como enfermedades, accidentes, catástrofes naturales, etc., de las que los hombres pueden resultar víctimas directas o indirectas.

Aquí parece más difícil eximir a Eis de "culpas": ¿qué puede hacer el hombre frente a las enfermedades que se le echan encima, o frente a catástrofes que él no maneja ni desencadena, o frente a accidentes que son fruto de la combinación azarosa de las circunstancias?

Sin embargo, si bien se mira, es muchísimo lo que el hombre podría hacer para precaverse de estos tipos de males. Bastaría que todas las capacidades, energías y recursos que hoy suele malgastar en fines desdeñables, se aplicaran a operar sobre las causas de la enfermedad, o a prevenir y encauzar las catástrofes, o a descubrir y luego manejar los mecanismos ocultos de los accidentes (como ya está ocurriendo, por otra parte).

El único campo hasta el cual la acción humana parece no poder llegar con eficacia es el de las gigantescas catástrofes que pueden ocurrir en el ámbito extraterrestre, y que de una manera indirecta afectarían fuertemente al hombre. Pero aparte de que no ocurren con frecuencia peligrosa, no parece descartable tampoco que el hombre, en algún futuro

lejano, pueda llegar a incidir sobre esos magnos acontecimientos de un modo que hoy nos resulta impensable.

¿Pero por qué Eis no impidió que el mal existiera?

De todos modos, aunque el hombre pudiera, en efecto, contrarrestar la totalidad de los males y adversidades que hoy lo aquejan, y que pueden aquejarlo en el futuro, queda en pie una pregunta que parece más que procedente: ¿no habría sido natural que Eis hubiera evitado en su seno toda forma de mal? Si el mal existe (¡y cómo!), ¿es que Eis lo permitió? O peor aún: ¿es que quiso que hubiera mal? ¿Acaso no pudo impedirlo, quedando entonces en duda su omnipotencia? ¿O debemos conformarnos con la cómoda explicación tradicional aplicada a Dios (y ahora a Eis) de que "los designios divinos son inescrutables"? Aquí está, sin duda, el corazón del tema.

Preguntas sobre "los designios" de Eis.

Me parece fundamental, antes que nada, acomodar este tema dentro de mis coordenadas, y no seguir por rutina ateniéndome a los planteamientos que, frente al problema del mal, han manejado las religiones y teologías tradicionales.

Lo primero a señalar es que, en mi sentir, y disintiendo con lo que se ha manejado habitualmente, Eis no sería todopoderosa. No la siento omnipotente, qué le voy a hacer; y a la verdad, no me parece imprescindible verla como tal, y hasta me molesta la idea de su presunto todopoderío.

Tampoco siento a Eis como ya consumada, terminada y perfecta. Lejos de eso, la impresión que recojo es que está como haciéndose, y por lo tanto en plena evolución. Esto supone cambios en proceso, idas y venidas, una ebullición dialéctica de haceres. Eis no posee -o yo no le veo- la calma que distingue a lo que está redondeado y concluso.

Pero esa dialéctica de cambios parece estar indicando una marcha perpetua hacia sucesivas superaciones; y éstas demuestran a su vez que había imperfecciones a superar. De tales imperfecciones derivan de modo inevitable errores y males generados por el propio funcionamiento de ese todo inacabado que estaría buscando su plena consumación...

Decir esto equivale a expresar de otro modo lo que antes dejé señalado: que el mal y el error se originan exclusivamente en el funcionamiento incidental de las entidades. PODRIAMOS DEFINIR EL MAL COMO EL CHOQUE DESTRUCTIVO ENTRE DOS INCIDENTALIDADES. Pues son únicamente las incidentalidades las que están en movimiento y en evolución, y es allí donde se producen los choques o desajustes con otras incidentalidades, de los que derivan el mal o el error.

En mi sentir, toda entidad se compone de dos grandes ámbitos: de un lado está Eis completa, "encarnada" en un molde particular; del otro, está la plasmación incidental que la entidad ha adoptado para ser. La primera, la Eis completa que hay en cada entidad, no sufre jamás alteraciones y cambios; pero la segunda, su plasmación incidental, sí puede sufrirlos:

lo incidental está en permanente relación con otras incidentalidades, y en ese intercambio, en esa dinámica relacional continua, pueden muchas veces generarse choques y desajustes. Lo que llamamos el mal, justamente.

Aquí volvemos a lo mismo de antes: si Eis fuera todopoderosa, bien podría evitar esos choques de incidentalidades, logrando así que todo fuera armonioso y perfecto, un verdadero paraíso. Pero lo que sucede es que, como ya lo establecí, Eis no es todopoderosa, no se halla en condiciones de evitar que las incidentalidades choquen. ¿Y qué? Eso no la rebaja en su grandiosidad ni en su maravilla ni en su erotismo. Y esa limitación tampoco invalida el hecho de que Eis pueda estar empeñada en marchar hacia su progresiva plenitud y culminación.

Eso por un lado. Por el otro está el tema de la libertad de las entidades en que Eis plasma. Si Eis dispusiera las cosas de tal modo que la incidentalidad en su conjunto fuera paradisiaca, ello querría decir que ha construido una especie de maquinaria, un artefacto incambiado y perfecto, congelado en su ser, privado de toda iniciativa y de todo poder de superación y cambio. Sería un mundo constituido por robots, del que toda imprevisibilidad y toda libertad habrían quedado abolidas.

Yo diría que Eis "eligió" o "prefirió" otra mecánica distinta: plasmar íntegra en cada entidad adoptando la forma particular que es propia de ésta, y además permitirle desarrollar libremente su incidentalidad. De ese modo le deja un margen de libertad a la entidad para que ella evolucione y avance hacia su plenitud. Si la hiciera perfecta y consumada desde el principio, convertiría a la entidad en mero robot, impidiéndole ser libre; pero ese negarle su libertad no sería una conducta propiamente erótica.

O sea: el mundo está formado por entidades que poseen libertad de acción en su incidentalidad, a fin de poder encaminarse, valiéndose de ésta, hacia su pleno desarrollo. ¿Pero qué ocurre? Que, puestas a funcionar las incidentalidades según sus libres movimientos, más de una vez se interponen sus respectivos designios, interfieren o se oponen sus trayectorias, y entonces terminan "chocando" unas con otras, generándose así males y daños (que los pueden padecer una de las dos, o ambas, o aún terceras entidades que se vieran perjudicadas por reflejo).

Se podrá preguntar: ¿pero por qué Eis eligió esta "mecánica" cuyo puro funcionamiento en libertad es capaz de generar esos males y esos daños? ¿no fue capaz de "idear" algo menos perjudicial para las entidades mismas, aun manteniéndolas libres?

Esta pregunta, perfectamente procedente, no tiene respuesta posible: vaya a saberse por qué Eis "prefirió" que las cosas ocurrieran de este modo. ¿Habría que pensar en desaprensión suya hacia las entidades, o en falta de amor, o en maldad deliberada, o en querer castigarlas por alguna culpa que ignoramos? ¿O más bien será del caso pensar que, al no ser Eis todopoderosa, no tuvo más remedio que conformarse con ese funcionamiento en apariencia tan "defectuoso"? Nunca lo sabremos. Ahí queda una sombra en pie.

RESUMIENDO:

- * En el plano esencial -paraíso de ser- hay únicamente bien.
- * Todo el mal ocurre exclusivamente en el plano incidental.
- * Pero también en la incidentalidad abunda el bien.
- * La inmensa mayoría de los males de la incidentalidad son evitables por el hombre.
- * Pues Eis dotó a los hombres de todos los instrumentos necesarios para prevenir o evitar los males que lo aquejan.
- * El mal se origina en el funcionamiento "mecánico" de la incidentalidad.
- * Se debe a interferencias, oposiciones o choques de incidentalidades.
- * Es posible que Eis no pueda evitarlos: no es omnipotente. Y no serlo no la disminuye.
- * O acaso no impida el mal por respeto a la libertad de las entidades: cada una debe marchar por sí misma hacia su plenitud.

* * *

De todos modos, con el mal tendré que convivir de modo inevitable. Aun si el hombre encarrilara un día como se debe la existencia toda de la especie y pudiera así evitar gran parte de los males que lo amenazan, ese beneficio no llegará a quienes vivimos hoy: falta demasiado tiempo.

Entonces, para nosotros, ¿es posible vivir nuestra cuota de paraíso presente y la preparación del paraíso futuro, cuando vamos insertos en un mundo como el que nos ha tocado? Un paraíso en medio del mal parece una contradicción en sus términos. ¿Cómo compatibilizarlos, al menos hasta cierto punto?

Pienso que el mal, en último grado, no es otra cosa que una escisión entre el yo y Eis, un corte de su necesaria fusión erótica. El yo, cuando está entregado a su unión amorosa con Eis, queda como organizado o articulado en dirección al bien; y ese orientarse hacia Eis le otorga al yo su mejor disposición y pone en juego sus potencias más afirmativas. Por eso, cuando esa fusión erótica funciona, el mal es impensable. De otro modo: si somos capaces de instalarnos en el erotismo de Eis, en el bien esencial, ello equivale por definición a excluirse del mal.

Podría decir que los males que, sin embargo, podamos experimentar, provenientes todos de mecanismos inmanejables del plano incidental, quedarán empero muy condicionados por nuestra postura de fondo ante Eis. Y ello será así porque "estar en Eis" creará un mecanismo psicológico (¿y parapsicológico?) selectivo en nuestra conducta, que nos permitirá acrecentar los bienes del plano incidental, a la vez que evitar hasta lo posible sus males; y si éstos, a pesar de todo, llegan, ese mecanismo de fusión con Eis amortiguará al máximo sus efectos negativos.

Podría desprenderse de aquí una especie de recomendación práctica: no vivir en el temor o la preocupación de los males que nos acechan (como solemos hacer). Al revés: vivir centrados en el amor a Eis, en el paraíso que ello nos depara, disfrutando del que ya tenemos (el de ser), edificando el que nos espera en el futuro (la Supravida).

Si logramos organizarnos de esa forma, nuestros actos se orientarán automáticamente en dirección positiva, y se crearán por sí solos, de modo natural, los mecanismos psicológicos (¿y parapsicológicos?) selectivos

para: 1) el acopio de los mayores bienes en el plano incidental; 2) el rechazo de los males evitables, y 3) la amortiguación de los que no se puedan impedir.

¿PODEMOS ROGARLE A EIS?

Encuadrado en sus términos debidos el tema del mal, conviene examinar ahora un punto que le está conectado, y para el cual habrá que tener presente en todo momento lo expuesto en el capítulo anterior.

Pocas cosas necesita más el hombre, cuando se ve enfrentado a una grave dificultad o a un riesgo extremo, que recurrir a una fuerza superior a él para pedirle protección y amparo. Es lo que ha hecho tradicionalmente el creyente de todas las religiones conocidas cuando se ve en serios apuros: apelar a su dios, pedirle que mire por él y le permita salir con bien de la encrucijada que lo abrumba.

Yo, que me apoyo en Eis, ¿puedo hacer algo semejante? ¿Cabe que yo le pida a Eis que acuda en mi auxilio, o que me otorgue tal o cual gracia? ¿Puedo pensar que Eis sigue de cerca cada paso que doy, y que podría modificar, a mi pedido, el cuadro de circunstancias que me condicionan en ese instante?

Ojalá pudiera pensar así. Pero estoy muy lejos de aceptar ese entendimiento. Yo estoy convencido de que Eis mira por nosotros, ciertamente; pero creo que lo hace en un sentido bien distinto.

Digo que Eis mira por nosotros porque, primero, nos dio el ser, que es la máxima gloria; pero también nos dio las capacidades necesarias para poder persistir en el ser, para modificar lo externo en nuestro beneficio y así desenvolvemos y crecer hacia nuestra plenitud. Difícil concebir demostración mayor del erotismo de Eis.

Pero también mostró su amor cabal por nosotros al no aceptar sustituirnos, justamente. Meterse en nuestros actos, resolver por nosotros nuestras tribulaciones o pesares, equivaldría a no dejarnos ser por nosotros mismos plenamente, a coartar nuestra capacidad de operar de manera autónoma, como debe ser. O sea que Eis, por amor bien entendido, se abstiene de intervenir en lo menudo de aquellos actos que está en nuestras manos resolver.

¿En nuestras manos? No siempre. Si yo empiezo a padecer una enfermedad incurable, no depende de mí sanar. Si mi país se ve envuelto en una guerra devastadora, mi acción personal no puede impedirlo. Si nos cae encima un terremoto, una inundación, o si no encuentro trabajo para mantener a mi familia, ¿acaso las fuerzas de que me dotó Eis me permiten conjurar esos daños?

Estas situaciones extremas tal vez nos estén llamando la atención sobre un hecho en el que no siempre se repara: que la denominada "vida individual", de "individual" tiene muy poco, pues depende en alta medida del vivir de las colectividades.

Quiero decir esto: yo, aisladamente, no puedo curarme un cáncer; pero tal vez la medicina ya podría hacerlo si se le hubieran destinado los recursos que se invierten en superfluidades, cuando no en atrocidades, como hoy acontece. Lo mismo si se siguiera una política de paz, o si se cambiaran las condiciones económico-sociales para evitar la injusticia, la desigualdad, el hambre, la desocupación, etc., que no son jamás temas de corrección individual.

Por eso hay que ajustar la idea y decir, no que Eis me dotó a mí, individualmente, de las capacidades necesarias para resolver mis problemas; hay que decir que además de eso, dotó a los hombres de los poderes debidos para corregir la realidad en beneficio del ser humano, de todos los seres humanos, y por lo tanto también de mí mismo.

Por eso insisto: Eis, después de las maravillas que nos dio y nos sigue dando, no tiene por qué intervenir en nuestros asuntos, porque está en nuestras manos -ya individuales, ya colectivas- salir adelante por nosotros mismos sin su ayuda. O sea que hace muy bien Eis en no intervenir, y nosotros haremos mejor en forjar entre todas condiciones inteligentes que cambien las circunstancias que nosotros mismos nos hemos dado, o que no somos capaces de evitar.

Pero entender bien esto: lo puntual, lo menudo, lo cotidiano, lo manejamos libremente nosotros, recurriendo a todos los elementos necesarios que Eis puso en cada cual para aplicar en cualquier clase de circunstancias, y que con toda seguridad traemos en nuestro "equipamiento de ser".

* * *

Debo reconocer, no obstante, que la posibilidad de "pedirle" auxilios o asistencias de algún tipo a Eis, resulta extraordinariamente confortadora. Hasta sospecho que a lo mejor nuestras fuerzas protectoras o defensivas (psicológicas, parapsicológicas o "mágicas") quizás sólo entran en acción si media un pedido muy visceral a Eis para que haga lo que necesitamos. Como si esas fuerzas mías necesitaran un impulso venido "desde arriba" para ponerse en movimiento...

(Y este pensamiento, que contradice abiertamente mis concepciones, parecería tener un fuerte respaldo en la experiencia: todo el comportamiento humano de todas las culturas de todas las épocas, estaría demostrando que el hombre no puede prescindir del ruego dirigido a algo que está por encima de él...).

* * *

Sin embargo, creo estar encontrando una práctica que vendría a sustituir lo que en otras religiones es la oración, o el rogarle a Dios para que acuda en nuestra ayuda.

Supongamos que en un momento dado me encuentro enfrentado a una tarea que cumplir, o a una dificultad que vencer, o a una amenaza que conjurar. Frente a una de estas situaciones extremas, yo encaro una serie de pasos que me aproximan a Eis:

- primero, procuro concientizar con la mayor claridad que yo soy Eis entera, que todo en mí es Eis;

- logrado esto, concientizo que, puesto que soy Eis, mi yo puede aflorar en todas sus dimensiones, ponerse en todos sus máximos, llevar al tope todas sus capacidades;

- por lo tanto, se halla en condiciones óptimas para desplegar las acciones necesarias que le permitirán resolver la dificultad que se ha interpuesto en mi camino.

Se puede exponer lo mismo en otros términos, haciendo resaltar ahora la importancia de nuestro vínculo erótico con Eis. Diré entonces: lo que sí tiene sentido hacer para enfrentar una tribulación puntual, es acercarnos amatoriamente a Eis en ese momento; redoblar y reforzar nuestro vínculo erótico con ella. Porque con ese paso lograremos dos cosas fundamentales:

* por un lado, al empaparnos de amor por Eis, amortiguaremos los golpes que esa adversidad nos pueda estar trayendo;

* pero además, esa misma intensificación de nuestro vínculo amoroso con Eis, hará que se potencien al máximo las fuerzas y capacidades que Eis, con seguridad, ha puesto en nosotros, para poder enfrentar en mejores condiciones cualquier desdicha que nos toque vivir.

En suma: la única "receta", entonces, frente a cualquier adversidad, es ésta:

intensificar en ese momento, lo más que se pueda, nuestro vínculo erótico con Eis.

De tal modo, soy yo -no Eis- quien actúa; pero soy yo sostenido y alimentado por Eis, cuya presencia siento en mí plena. O sea que no me sustituye en lo más mínimo; lo que yo hago es potenciar, "actualizar" las capacidades que Eis ha puesto en mí; y así yo mismo me pongo en las mejores condiciones para desenvolverme de modo autónomo.

Es que si yo no buscara aproximarme lo más posible a Eis en momentos de adversidad, me vería atenido a las limitadísimas fuerzas que poseo en cuanto humano; poco podría hacer. Pero gracias a esa Eis que traje a luz dentro de mí, he multiplicado hasta el máximo mis capacidades y me encuentro en las mejores condiciones para actuar con éxito frente a una realidad que se me ha hecho conflictiva.

Por supuesto, esta forma de recurrir a Eis y respaldarme en ella, no me garantiza en absoluto el éxito de mi gestión ante una adversidad: ello dependerá en muy alta medida de cómo proceda yo mismo en el caso, así como del juego de circunstancias que se vaya dando (después de todo, tampoco la oración le garantiza al creyente el éxito de lo pedido: cuántas veces el postulante, por fervorosa que sea su súplica y lo cumplidor que él sea de las normas y mandatos de su religión, se encuentra con que su Dios no contempló sus aspiraciones...).

Resumiendo: yo no le pido nada a Eis ni pretendo ponerla a mi servicio; pero sí hago uso de la capacidad que ella ha puesto en mí de potenciarme yo mismo hasta mis máximos mediante mi acercamiento erótico a Eis, y de ese modo paso a actuar con su respaldo y compañía. Es una forma reconfortante de sentirla presente y aliada y hasta protectora, en una ocasión que me resulta especialmente difícil de enfrentar. Más de esto - al parecer- no se puede lograr (o yo no estoy dispuesto a permitirme).

HACIA UNA SALUD BASADA EN EIS

Puesto que mi objetivo central de vida es la construcción de la Supravida, parece lógico examinar de cerca el instrumento con que cuento

para efectuar esa arquitecturación que me propongo como mi tarea religiosa fundamental: el yo entero.

Lo más obvio que debo señalar es que para cumplir fines tan trascendentes para mí, necesito un yo que se encuentre en el punto óptimo de sus capacidades, tanto físicas como psicológicas. Para decirlo en lenguaje corriente: un yo en perfecta salud.

Pero esto que se llama salud es un concepto muy trivializado, manoseado hasta el cansancio por médicos, higienistas, moralistas, divulgadores, deportistas, buenos padres de familia... esa caterva pía y bienintencionada que no suele pasar mucho más allá de los lugares comunes que se les enseña a repetir como dogmas y verdades absolutas.

Creo que es hora de ir viendo el concepto de salud con otros ojos, con un calado nuevo, que no ha tenido hasta hoy. Eso que se llama "tener salud" no puede ser, simplemente, estar exento de enfermedades. Ni tampoco sentirse en la condición más deseable para ver de encarar cualquiera de los fines narcisistas, por lo general vacuos o tontos, que suelen absorber las energías centrales del ser humano actual.

En esto tenemos que mirar con absoluta radicalidad. La salud nos tiene que servir para una sola y única cosa: el logro de nuestros fines trascendentes. Es ridículo suponer que nos han sido dados un cuerpo y un psiquismo de extraordinaria complejidad y delicadeza admirable, tan sólo para aplicarlos a metas miopes, parciales o minúsculas. Se supone que disponemos de ellas para poder elevarnos hasta lo más grande y valioso a que debemos aspirar.

En mi caso concreto, y en función de lo que constituyen mis concepciones rectoras, yo diré: la salud perfecta nos tiene que servir para ir edificando paso a paso nuestra Supravida. O si se quiere: la salud tiene que ser un estado religioso, fruto natural de un empeño religioso central; más que una condición para ese empeño, un resultado del mismo.

Así vista, la salud no se conquista haciendo dietas o ejercicios, ni tomando remedios ni cuidándose maniáticamente, corriendo de precaución en precaución. No se puede vivir con obsesión preventiva ni curativa. Eso es vitalmente malsano, porque es poner antes lo que debe ir después. La salud no puede parecerse ni de cerca a un fin, a un objetivo de vida, como suele serlo hoy para tanta gente. Tiene que ser apenas un medio, y más aún una consecuencia: la consecuencia o el resultado de un querer de fondo que nos movilice en una determinada dirección superior.

En este caso concreto: la salud será el resultado del empeño absorbente que ponga el yo para edificar su Supravida. Si nos aplicamos a construir con todas nuestras fuerzas la Supravida, la salud vendrá sola. Nos cuidemos o no nos cuidemos, hagamos o no prevención.

En suma: no prestarle la menor atención a la salud, y sí en cambio dedicarle todas nuestras preocupaciones y fuerzas a la edificación de la Supravida. Este es el "a b c", la primera premisa.

Segundo, debemos confiar en que el yo es un mecanismo que está perfectamente concebido y adaptado para cumplir con la mayor eficacia el trabajo de arquitecturación de la Supravida. Todos sus mecanismos y resortes, sus órganos y sistemas -tanto psíquicos como fisiológicos- concurren a ese fin. La coordinación entre ellos es en principio ajustadísima. Diría que somos un espléndido artefacto religioso, una estupenda máquina diseñada para el exclusivo fin de construir Supravida. Repasemos, en efecto, sus grandes líneas.

Primero, lo psíquico. Ese mecanismo psíquico de nuestro yo está comandado por la afectividad, instrumento perfecto -y único que poseemos- para ligarnos eróticamente a Eis. La atención, mientras, es la facultad que nos permite delimitar el campo de lo externo que vamos a abordar con nuestro erotismo cada vez. Los sentidos, por su parte, nos sirven como ventanas religiosas para asomarnos a lo externo, y como puentes para comunicarnos con el "fuera del yo". Las funciones intelectuales nos permiten discernir y entender cómo se organizan los materiales que nos llegan de la exterioridad, y cómo conviene establecer nuestros vínculos religiosos con ellos. La voluntad, por último, impone que nuestros contactos con Eis se hagan efectivos cuando los consideramos necesarios. Etcétera.

Pasando ahora a lo somático. Las funciones corporales brindan el apoyo físico eficiente para que nuestro yo se desarrolle en todas sus dimensiones, y enriquezca sus vínculos eróticos con Eis. Hay todo un juego de rodajes y resortes anatómicos y fisiológicos que nuestro cuerpo concierta para el cumplimiento cabal de la edificación religiosa de la Supravida.

Claro que si en lugar de aplicar esa "máquina" a un "trabajo" religioso tan colosal -psíquico y físico-, lo dedicamos a menesteres que no tienen nada que ver con ello y que le exigen otros esfuerzos y funcionamientos, será inevitable que esa "máquina" rinda mal y como consecuencia termine deteriorándose (como le pasa a cualquier maquinaria sacada de sus fines, dicho sea de paso).

Pero si la ponemos a hacer "lo suyo", y no ninguna otra cosa, el resultado será ciertamente óptimo. Porque para eso fue "pensada" y "construida". Hagámosla funcionar, entonces, en lo que debe y en lo que sabe.

Y mientras funciona, formemos conciencia cada vez más ahondada de que el cuerpo no es nuestro enemigo, nuestro taimado atacante, como lo vemos hoy, empeñado en destruirnos de un modo o de otro (especie de compañero-asesino que llevamos agazapado y que tarde o temprano nos va a tirar un zarpazo), sino absolutamente al revés: que es la formidable sustentación que nos ha sido otorgada para que podamos cumplir a cabalidad nuestro objetivo religioso de edificar paso a paso la Supravida.

El cuerpo y el psiquismo no están "puestos" en el yo para traernos problemas y amargarnos la vida (parece mentira, pero así lo sentimos

hoy), sino que componen juntos nuestro glorioso "aparato" para fabricar Supravida. Aprender a amarlos, pues, perderles el miedo y no cejar hasta convertirlos en nuestros aliados y salvadores más valorados.

Todo debe comenzar, pues, por la más apasionada glorificación del yo que somos. Poner por las nubes a nuestro cuerpo y a nuestro psiquismo, día a día, momento a momento, y vivir rindiéndoles la más exaltada pleitesía. Nuestro agradecimiento será siempre poco, poquísimos. La mayor glorificación que les tributemos no alcanzará.

Como es comprensible, no es fácil adoptar hoy mismo, y por una persona aislada, este nuevo entendimiento de la salud. Como en tantos otros aspectos, sólo podrá regir cuando exista un consenso al respecto en la comunidad, y cuando se nos haya formado desde la infancia para aceptar esa nueva concepción.

Mientras estas ideas las sustente yo solo, poco puedo esperar. Por más que yo consiga fusionarme con Eis cada vez más, creo que de todas maneras llegaré tarde: en mí seguirán operando las programaciones actuales, porque es obvio que no tendré tiempo de romperlas y archivarlas como sería menester.

Es decir que, por supuesto, seguiré expuesto a la enfermedad, aunque mis nuevas concepciones sobre la salud puedan quizás amortiguar en parte sus efectos. Entonces, llegada la enfermedad, ¿puedo pensar en alguna forma de contrarrestarla mediante prácticas inspiradas en Eis?

Creo que en teoría sí debe ser posible, y que es ésta una vía que valdrá la pena investigar. Para empezar, podría pensarse en el uso de fórmulas de concientización apropiadas, al estilo de la que presento en el capítulo "¿Podemos rogarle a Eis?"

Se trataría de concientizar con particular fuerza el hecho de que cada cual es Eis misma, y de que tiene un cuerpo y un psiquismo ideales para fusionarse con ella, por lo que deben funcionar a la perfección con vistas a ese fin. De ese modo, podemos suponer que el yo, a favor de esa convicción "provocada" y "amplificada", será capaz de desarrollar hasta el máximo sus impulsos de fusión, los cuales oficiarán de barrera natural ante cualquier disminución que pudiera aquejarnos.

De todos modos, no puedo hacerme muchas ilusiones: mi programación "pasada" seguirá operando, y eso no me librá por lo tanto de enfermedades que puedan llegar. No obstante, creo que vale la pena investigar a fondo este tema, y experimentar con los distintos procedimientos y prácticas que pueda ir "descubriendo" (o inventando...), para confrontarlos luego con sus resultados en los hechos. Quién sabe si no se puede avanzar algo, aún con las limitaciones que me imponen las programaciones adquiridas desde la infancia, y corroboradas cada día por las creencias y concepciones hoy dominantes en materia de salud.

LAS FUNCIONES ORGANICAS Y LO EXCREMENTICIO

Las funciones orgánicas han tomado, para mí, un claro sentido "religioso", en cuanto suponen un intercambio material con Eis. Así, veo el comer y el beber, por ejemplo, como la introducción en mi organismo de elementos materiales de Eis, y luego la fusión de esa materialidad externa con mi propia sustancia corpórea.

Pero también el acto de respirar supone incorporación a nuestro organismo de partículas externas de Eis, que enseguida se integran a nuestra corriente vital. A través de la piel es también constante el intercambio entre lo externo y nuestra interioridad corporal.

El defecar, el orinar, el transpirar, son en cambio maneras de verter en la Eis externa, inmediata, mi propia sustancia. Es como insertar algo del yo material en el vasto juego del contorno-Eis.

Todo esto nos habla de la estrechísima ligazón que impera entre Eis y yo, vista ahora exclusivamente en su manifestación material y orgánica. Pero bien puede considerarse como otra manera de la comunión afectiva,

entrañable, que sella la mismidad de los dos polos, ahora en versión material, corpórea.

Si yo fuera amigo de rituales y liturgias -que no lo soy-, inventaría ceremoniales espléndidos que le asignaran su hondo sentido de intercambio religioso al comer y al defecar, al inspirar aire y a la transpiración, al recibir corrientes de átomos viajeros, al desprenderme continuo de moléculas... Es que todo habla, si bien miramos, de nuestra comunión constante con Eis. Religiosísima.

Se podrían interpretar el hambre y la sed, no como meras respuestas fisiológicas a la carencia de comida y bebida, sino como apetencias religiosas del cuerpo, necesitado de comulgar con Eis a través de la incorporación de sustancias comibles o bebibles.

O sea: el sufrimiento del hambriento o del sediento sería la expresión de una grave déficit "religioso", la torturante carencia de esas indispensables comuniones místicas por medio de la ingestión de sustancias externas que son, en rigor, Eis misma (como lo es cada cosa en mi visión).

Vista e este modo, la salud, el "sentirse bien", ya no serían el mero punto óptimo del funcionamiento corporal, un ajuste adecuado de todos los mecanismos fisiológicos, sino algo mucho más importante y de fondo: un estado de "conformidad religiosa", un sentir lograda y completa la relación del cuerpo con Eis.

La enfermedad, por el contrario, podría entenderse, entonces, como la expresión de una desconexión profunda de la entidad/Yo con la entidad Eis, como la consecuencia de que las relaciones entre ambas entidades están cortadas o interrumpidas, faltas de la indispensable comunicación erótica. (Quién sabe si de aquí no saldría una medicina de nuevos fundamentos).

Es posible ver la orina, las materias fecales, la transpiración, las mucosidades, las segregaciones, no ya como "la porquería" que expele nuestro cuerpo, residuo repugnante de nuestro funcionar, sino como producciones de nuestra materialidad que le entregamos al mundo/Eis.

Y hasta podría entendiérselo como una forma de ofrendarle a Eis "sustancia" nuestra (así como ella nos entrega sustancia propia en el alimento o la bebida), y que esa ofrenda tuviera el sentido de una donación erótica con que retribuimos la de Eis...

¡Valiente ofrenda!, se dirá. ¡Justo lo peor, lo más despreciable que tenemos! Pero esto no es más que la aplicación de una óptica demasiado humana. Para Eis, nuestros desechos no tienen por qué tener nada de desagradable (suponiendo que las categorías "agradable" y "desagradable" existan para Eis).

La cuestión reside, a mi ver, en que seamos capaces de elevar los actos excrementicios a la categoría de altísimas operaciones eróticas, en las que le entreguemos con sentido religioso a Eis las producciones de nuestra materialidad, así como Eis nos entrega las suyas. ¿Seremos capaces de esta emocionante -y por demás ardua- transmutación religiosa?

Y a propósito de esta posible, necesaria, "reivindicación" de lo excrementicio: observo que en la concepción de la muerte hoy vigente, el cadáver es visto -tal vez inconscientemente, porque no se lo llega a formular así- como el supremo y definitivo excremento. Como si el ser, el yo entero, se transformase todo él en una producción excrementicia.

Tal vez lo contrario sea igualmente verdad: el repudio al excremento traduce nuestro radical rechazo a la muerte.

Me pregunto, entonces: en una concepción donde cambiara por completo el sentimiento de la muerte -tal como ocurre en la cosmovisión basada en Eis, donde no cabe el horror a la muerte y sí su exaltación-, ¿se borraría automáticamente el repudio al excremento? ¿quedaría abierto el camino para una aceptación más natural, menos patológica como la que hoy impera?

ANTE LA PERSPECTIVA DEL MORIR "ACTUAL"

Me parece ingenuo pretender que el limitadísimo aparato humano sea capaz de adentrarse en una realidad tan misteriosa e impenetrable como la de la muerte; y no menos ingenuo reducir ese vastísimo campo insospechado a las dos o tres pobrecitas variantes que nuestra servicial oficina lógica es capaz de elaborar.

Habitualmente se hace uso de la "razón razonante", de manejos lógicos bastante simplones: después de la muerte -se piensa- pueden pasar tres cosas (como si dijéramos a, b, c): el infierno, el paraíso o la nada. Y con eso se creen cubiertas todas las posibilidades.

Tenemos que entender que, aparte de esas tres respuestas basadas en la lógica humana -aunque pueden ser reales- es preciso contemplar un sinfín de otras vías más, que nuestra mente sería absolutamente incapaz de sospechar siquiera, y por lo tanto de formular de algún modo.

El campo de posibilidades es inmenso, y más vale aceptar que esas posibilidades pueden estar muy por fuera de nuestra capacidad de entendimiento, y entonces de nada vale perder el tiempo en especulaciones que nos desbordan.

¿La postura justa es, entonces, cerrar todas las puertas y ventanas del sentir, y recibir a la muerte en una actitud de blanco total, de absoluta prescindencia previa? No lo creo así, y menos en mi caso, desde que manejo una cosmovisión que procura contemplar también el horizonte de la muerte.

Conviene repasar esto. Frente a los grandes misterios -ya lo he explicado en algún otro lugar-, yo me niego a dar respuestas que pretendan tener

visos de verdad absoluta, porque estamos imposibilitados de medir la validez de nuestros mecanismos de entendimiento. Pero sí admito recurrir a lo que he llamado "intuiciones viscerales": nociones o convicciones que parecemos llevar con nosotros, no fundadas en pruebas ni argumentos, sino afincadas en nuestro fondo más escondido y visceral.

De tal suerte, mi ubicación primaria ante la muerte no pasa de esa "certidumbre" visceral: la positividad del después. Luego, aceptada esta premisa inicial e inamovible, lo que sí necesito es aventurar algunas nociones más precisas, para insertar el tema de la muerte en la cosmovisión basada en Eis que me sirve de apoyo, y que requiere una cierta visión de lo que la muerte nos depara.

Conviene repasar esas nociones.

1) En mi visión, puede decirse que el yo se compone de "dos partes": por un lado, el yo es Eis entera (como cada cosa lo es); por el otro, es Eis en versión particular, Eis misma plasmada en un haz de peculiarismos que, mágicamente, no desvirtúan para nada su totalidad.

2) Llega un momento en que el yo, valiéndose de esos elementos particulares, alcanza la mismificación completa con Eis, el colmo de la fusión erótica entre ambos. Cuando llega a ese punto de mismificación y completud, se produce espontáneamente la muerte erótica: o sea que desaparecen esos elementos particulares ya innecesarios, y del yo queda únicamente la Eis total que ya era. El yo pasa así a una existencia superior: la Supravida.

3) La única muerte aceptable es ésta: la muerte espontánea que conduce a la Supravida, y que el yo mismo ha fabricado a lo largo de su existencia con crecientes fusiones eróticas con Eis.

4) Pero esa muerte espontánea sólo puede lograrse cuando todo está organizado en el medio social y cultural para que cada hombre lleve una auténtica vida/Eis, esto es, un continuo de fusiones eróticas, que le permita forjar una Supravida perfecta.

5) Por tanto, esa forma suprema y perfecta de Supravida es inalcanzable en las condiciones del vivir actual, puesto que estamos en un mundo anti/Eis. O sea que, con seguridad, yo no tendré en ningún caso muerte espontánea, sino que la mía será muerte por enfermedad o accidente, muerte traumática por lo tanto.

6) Eso supone, a la vez, que tampoco tendré una Supravida completa y perfecta. Tendré Supravida, sí, porque ella es inherente a todo lo que es; pero estará lejos de ser la Supravida máxima a la que todos tenemos derecho a aspirar.

7) No obstante, será una instancia de vida superior, en la que mi yo pasará a ser Eis en una mismificación paradisiaca, aunque no sea la Supravida más completa.

* * *

En suma: que hay que resignarse a que nuestra vida terminará con un trauma y a que no alcanzaremos la Supravida máxima; pero en cambio sí debemos prolongar lo más posible la vida que tenemos para dedicarla empeñosamente a edificar más y más mismificación erótica con Eis, para de ese modo perfeccionar la Supravida a la que podremos llegar, dentro de las limitaciones que el mundo actual nos impone.

* * *

LA DESAPARICION DE LAS COSAS Y NUESTRA DESAPARICION

Para poder profundizar en el tema de la muerte, me veo obligado a entender la dinámica de las entidades que componen la realidad, sus transformaciones y eventual desaparición. Un tema intrincado, que me lleva a transitar previamente por algo parecido a una ontología.

Lo primero que observo -si miro, como siempre, con total inocencia intelectual- es que llega un momento en que las cosas y los seres "dejan de ser". ¿Qué significa esto, exactamente? ¿Cómo debe entenderse ese dejar de ser? ¿Qué le pasa al ser que hasta ese momento era? ¿Se disipa, se transforma, o... qué?

Conviene, tal vez, empezar por el principio. ¿Qué debe entenderse por una "entidad que es"? Caracterizarlo no resulta tan fácil como podría parecer. Cabría decir, algo tautológicamente: entidad es "lo que está dotado de ser y constituye una unidad estructural y/o funcional" (¿dije algo?).

Ejemplo. Un árbol está dotado de ser y constituye una unidad estructural y funcional. Es, obviamente, una entidad. Pero aquí empiezan a aparecer algunas complicaciones: si a ese árbol yo le arranco una hoja, esa hoja también está dotada de ser y constituye una unidad estructural. De modo que es, también, una entidad. Conclusión: hay entidades más simples y más complejas; muchas de ellas están formadas por otras entidades que están integradas a la entidad mayor.

La más elemental observación nos muestra que casi todas las entidades que aparecen en la realidad que percibimos, son, en verdad, complejos de entidades menores que las componen; y que éstas, si se desea, pueden ser consideradas separadamente. Se forman así verdaderas pirámides de armado crecientemente complejo.

Pero volvamos al árbol. Aplicando un criterio esquemático y burdo, puede decirse que en la entidad "árbol" se encuentran, componiéndola, tres formas materiales distintas: la madera (en el tronco y las ramas), los tejidos que compone las hojas, y la savia que corre por dentro de todo el

conjunto. Puede considerarse que estamos ante tres entidades distintas, juntadas en una unidad.

Supongamos ahora que necesito fabricarme una silla y una mesa de madera. Derribo el árbol, le arranco las hojas y las dejo arrumbadas a la intemperie; y con la madera del tronco y las ramas me construyo los dos muebles que necesitaba. ¿Qué ha pasado allí? ¿Qué ha sido de aquella entidad "árbol" que tenía ante mí?

Lo primero a señalar es que la entidad "árbol" ya no existe más. Aunque sí siguen existiendo sus componentes materiales -si bien ahora desguzados-, el árbol como tal no está más. Diríamos: desapareció de la realidad. Perdió su ser. La madera sigue siendo, las hojas siguen siendo, la savia sigue siendo; pero el árbol no. Podría decirse de otra manera: el árbol en cuanto tal, era una realidad aparte de su configuración material. Una cosa eran sus materiales componentes, otra muy distinta su carácter de "entidad siendo".

Esto nos lleva a una conclusión bastante inesperada: el árbol es, en rigor, una entidad inmaterial... aunque se componga de materia.

Ahora bien: con la madera de ese árbol me fabrico una silla. Pregunto: ¿el ser de la silla está radicado en la madera que utilicé? No, en absoluto, puesto que esa madera, que proviene de un árbol, mañana -si rompo a pedazos la silla- me puede servir para construir otros elementos de madera que nada tendrán que ver con una silla. De suerte que la entidad "silla" es también una entidad inmaterial, definida en este caso por su función, más que por su sustrato material.

Pero tampoco puedo quedarme con el concepto "función" para definir lo que es una entidad. Se podría enumerar cantidad de entidades que en rigor no cumplen función alguna, pero que no se puede dudar de que sean entidades. Ejemplo: encuentro en una playa un pedazo de género de origen irreconocible y hecho jirones. Constituye, de modo incuestionable, "una entidad que es": la entidad "pedazo de género". No sé qué fue, no sé si antes sirvió para algo, y sé que de ahora en adelante no va a servir para nada. Pero es una entidad: "está-ahí", constituye una unidad de lo real, tiene ser; pero en cambio no posee función alguna. Y como este ejemplo pueden ponerse muchos otros similares.

De modo que ni la materia componente ni la función son los elementos definitorios de una "entidad que es". Una silla no es la "entidad silla" porque esté fabricada de madera y porque sirva para sentarse. Lo es porque constituye una unidad estructural situada en el seno de lo real. Y aquí entra la tautología: la entidad que es, lo es porque tiene ser... etc.

Anoto la siguiente observación: hemos visto a la entidad "madera" cambiar, pero no desaparecer. Pasó de ser "madera de tronco de árbol" a ser "madera de una silla", y de ésta pasó a ser "madera de tales o cuales otros utensilios", etc. En todos esos casos, la madera sigue estando como entidad autónoma, que sirve además para constituir variadas entidades.

¿Quiere decir que los materiales que sirven para constituir entidades distintas -como la madera- pueden transformarse hasta el infinito, pero no desaparecer? Tampoco: si yo arrojó al fuego la madera del árbol que me sirvió de punto de partida, ella se convertirá en materiales de combustión y al final en ceniza y humo, y entonces ya no habrá más madera: esta entidad, base posible de muchas otras entidades, también se habrá disipado, no sólo transformado.

Otro aspecto aún: el carácter inmaterial de las entidades surge más claro, me parece, cuando consideramos el ser de las instituciones, por ejemplo, a las que es imposible determinarles un sustrato material preciso.

Así, nadie va a negar que el Club Nacional de Fútbol o el Club Peñarol existen en la realidad, son verdaderas entidades. ¿Pero acaso tienen algún sustrato material en que se apoyen? ¿Cuál sería el sustrato material de Nacional? ¿Su sede social? ¿su cancha propia? ¿su Comisión Directiva? ¿sus once jugadores? ¿su entrenador? ¿su caudal social? Etc. No, por cierto: el "ser" de Nacional se compone, además de todo lo expuesto, también de su historial, de sus glorias pasadas, de sus fracasos, de su "idiosincrasia" intransferible, etc. Es, por lo tanto, a todas luces, una entidad que no tiene una base material específica y discernible.

Otro caso que muestra claramente la inmaterialidad de fondo de las entidades es, por ejemplo, una composición musical. Nadie va a negar que una sinfonía de Beethoven es una entidad real, pero ¿dónde reside la tal entidad, exactamente? ¿En la partitura escrita por él? ¿En los músicos que la interpretan cada vez? ¿En el director de la orquesta? ¿En el discurso sonoro de sus cuatro movimientos? ¿en los efectos musicales que el autor fue colocando a lo largo de su desarrollo? Etc.

La conclusión de todo esto es muy clara: tengan o no un sustrato material nítidamente discernible, las entidades todas, en último grado, poseen una naturaleza inmaterial. Y esto nos plantea una perplejidad: ¿cómo entender, entonces, su desaparición?

Podría decirse que hay una "ley" inexorable, que rige para todas las "entidades que son": todas desaparecen en algún momento; unas en poco tiempo, otras a lo largo de prolongados y a veces complejos procesos de transformaciones sucesivas. Insisto: no es que desaparezca su sustrato material: desaparece la entidad como tal.

Entra, entonces, una pregunta capital: ¿qué le pasa al árbol cuando dejó de ser una entidad inmaterial? Vimos lo que le puede pasar a la madera, a las hojas y a la savia, sus componentes materiales; ¿pero al árbol en cuanto entidad inmaterial que "estaba ahí"? ¿Desapareció, lisa y llanamente? ¿Se transformó en algo? ¿Fue a parar a algún "lugar" desconocido? Para poder contestar esta pregunta -que no tiene nada de ociosa o de bizantina, ya que su respuesta puede proyectarse después sobre lo que le vaya a pasar a la entidad "yo"-, no hay más remedio que examinar un poco de cerca lo que sería la estructura de cualquier entidad que es.

La peculiar estructura de las entidades que son.

Podemos imaginar al árbol (o a cualquier entidad), compuesto de dos áreas diferentes: por un lado el "estar siendo"; por el otro el involucramiento incidental. Ya se vio que el "estar siendo" no varía, no se transforma, no es afectado por el tiempo. En cambio, el involucramiento incidental pertenece al ámbito espacio-temporal, incluye la estructura material de la entidad, su funcionamiento, la eventual utilidad que pueda prestar para determinados fines, sus movimientos y cambios, las cosas que le ocurren, su condicionamiento ambiental, etc., etc.

Es muy curioso lo que nos sucede: cuando pensamos en una entidad cualquiera, solemos poner el énfasis casi exclusivo en sus características incidentales. Tanto, que para nosotros éstas terminan identificándose con el ser mismo de esa cosa. En cambio, en su esencialidad, en su "estar siendo", ni siquiera reparamos.

No bien digo "árbol", lo que se me representan son su tronco, sus hojas, su forma, su color, su sombra, sus floraciones y frutaciones, las utilidades diversas que pueden esperarse de un árbol, los pájaros que suele albergar, a lo mejor también su historia y su "biografía", qué cosas le pasaron, cómo llegó allí, etc. Pero en cambio no me viene a la mente para nada el hecho de que, primero, ese árbol "es", "está siendo".

Con los individuos humanos pasa igual: nunca se nos ocurre reparar en su condición misma de ser, y sólo tomamos en cuenta de él su involucramiento incidental (cuerpo y psiquismo, estilo de vivir, condición social, trabajos, amores, comportamiento moral, biografía personal, medio familiar, etc.). Al final, ese involucramiento incidental se vuelve la persona misma, termina convirtiéndose en... Fulano de Tal. Lo cual es cierto, naturalmente; pero lo que pasa es que Fulano de Tal no concluye ni se agota en su involucramiento incidental. "Antes" que éste, sustentándolo, haciéndolo posible, se halla el hecho primordial y sustantivo de que ese individuo ES. Pero como "ser" resulta tan obvio, tan consabido... terminamos no viéndolo.

Yo no digo que esa condición de estar siendo sea más importante que la incidentalidad del individuo. No: insisto en que las dos áreas sumadas conforman a la persona; por lo tanto, las dos resultan indispensables para configurar lo que ese individuo es. Pero sí observo con extrañeza que una de ellas no está, no aparece nunca, no interviene jamás en nuestra apreciación del individuo que tenemos enfrente, o de cualquier objeto o criatura que la realidad nos muestra.

Ahora bien: si yo me concentro exclusivamente en la incidentalidad de la cosa, ¿qué me ocurre cuando esa incidentalidad desaparece (caso del árbol, caso de un individuo que muere, etc.)? Lo que me ocurre es que, de modo natural e inevitable, yo voy a deducir que ese árbol o ese individuo "terminó ahí", desapareció del todo, etc., ya que en efecto no lo percibo más, y nadie sabe más de él. Y a nadie se le ocurriría decirse: "desapareció su involucramiento incidental" y a la vez preguntarse por la "otra parte", por el ser. ¿Por qué? Sencillamente porque ésta no se toma

en cuenta y para todos el involucramiento incidental equivale a la entidad entera.

Pero ahora supongamos por un momento que a mí se me ocurre, sí, tomar en cuenta la estructura entera de la entidad, es decir las dos áreas juntas: "estar siendo" y involucramiento incidental. La pregunta inevitable será entonces: ¿qué pasa con el "estar siendo" cuando vemos que una entidad desaparece del plano de la realidad? En un caso así no nos cuesta mucho entender que su incidentalidad se terminó, puesto que ya no está más ahí, que ha dejado de percibirse; ¿pero lo otro, el área de ser?

Poniendo el énfasis en el "estar siendo".

Para intentar una respuesta a esta pregunta crucial, hagamos al revés de lo que suele hacerse: en lugar de poner el énfasis exclusivo de nuestra percepción en el involucramiento incidental de la entidad, carguemos más el acento en su "estar siendo". ¿Qué cambios trae esto en la percepción de la entidad?

En otra parte señalé que, para mi manera de ver, el ser de cualquier entidad es exactamente el ser de Eis, de la Eis entera, que ha plasmado en una particularidad; y es también el ser de cada una de todas las demás entidades existentes. Con este señalamiento quiero acentuar un hecho capital, que es imperdonable desatender: la profunda identidad o mismidad que impera entre todo lo que es (digo "imperdonable" porque no tomarlo en cuenta altera, con daño irreparable para nosotros mismos, la visión que tenemos de la realidad, y después también de nuestro destino trascendente).

Lo diré de otra manera: en lugar de estar todos nosotros contruidos - aunque no seamos conscientes de ello- en torno a la fórmula "yo soy mi incidentalidad", tendríamos que pasar a estarlo sobre la fórmula: "yo soy el ser de Eis". O aunque parezca demasiado radical: "yo soy Eis". Lo cambia todo.

(En realidad, si queremos ser más precisos y rigurosos habría que decir: "yo soy Eis más mi incidentalidad", porque ya dije que cada entidad se compone de las dos áreas. Pero a los efectos de lo que quiero mostrar ahora, bastará con el "yo soy Eis").

Sí, el árbol de mi ejemplo es, primero que nada, Eis. Verlo así hace que, en vez de venírseme a primer plano la visión naturalista, o estética, o utilitaria, etc., del árbol en cuestión, gane prioridad absoluta su condición fundamental de ser, que me lleva nada menos que a la identidad entre ese árbol ¡y Eis misma! De modo que no estoy contemplando a un árbol: estoy contemplando el ser de Eis, que allí ha adoptado la forma de ese árbol.

Tendríamos que aprender desde muy niños a no ver simplemente a nuestro alrededor objetos y criaturas, sino "plasmaciones variadas de Eis": el árbol es Eis, la casa es Eis, la noche es Eis, el mar es Eis, la gente que me rodea es Eis, y así sucesivamente. La transformación que se

operaría con esto solo en nuestro interior sería incalculable: viviríamos literalmente en otro mundo y viviríamos, también literalmente, de otro modo.

En cuanto al yo, por supuesto que ocurre lo mismo que recién vimos: el yo está formado por Eis y por la incidentalidad que me tocó. Pero yo sólo sé, de mí, mi incidentalidad; y vivo en la creencia de que lo incidental de mí es lo único que me compone. Tan es así que para saber qué debo hacer con mi vida y cómo voy a evaluarla en definitiva, únicamente tomo en cuenta mi incidentalidad. Es que así hacen todos. Y así me enseñaron.

Pero resulta que... procediendo así me he olvidado de algo, de una "pequeñez": me he olvidado de que, antes que cualquier yo incidental, mi yo es exactamente Eis. Este, que debiera ser el punto de partida natural y el basamento de todo mi edificio, sencillamente no aparece en mi horizonte, no está.

(Un buen ejercicio diario, aunque lo hiciera mecánicamente, sería el de repetirme noche y día "yo soy Eis", "yo soy Eis"... A ver si de ese modo puedo borrar la obsesión narcisista, egolátrica, que todos llevamos, y que nos hace repetir a cada paso "yo soy Fulano", "yo soy Fulano", siempre identificados únicamente con el yo incidental y prisioneros de sus avatares).

Cuando una entidad desaparece.

He derribado el árbol, trozado su tronco, esparcidas sus hojas, dispersadas todas las partes de lo que ese árbol había sido. Su incidentalidad ha quedado desguazada. Afirmamos entonces que la entidad "árbol" ya no existe más. Sin embargo, cuidado: ese árbol, además, era Eis. Su ser -dijimos- era el ser de Eis.

No pasemos por arriba de esta afirmación sin detenernos con cuidado en ella. La repito: el ser del árbol era el ser de Eis. Esto quiere decir, exactamente, que ese árbol, si bien tenía incidentalidad de árbol, llevaba también la esencialidad de Eis. De tal modo, cuando cae la incidentalidad del árbol, y ella se anula y desaparece, lo que queda de aquella entidad "árbol" es su esencialidad de Eis. ¿Qué pasa con ella? ¿Desaparece también Eis, se disipa?

Obviamente eso es impensable, porque Eis no puede desaparecer. Entonces lo que pasa es que, muy naturalmente, el árbol ha pasado a ser literalmente Eis. Con mayor precisión: el ser del árbol "está" ahora mismificado con el ser de Eis. En realidad, el árbol, cuando estaba "vivo", ya era Eis; el árbol siempre fue Eis. La diferencia reside en que ahora pasa a serlo directamente, sin la "intermediación" de la incidentalidad que ese árbol tuvo.

La "desaparición" del individuo humano.

Tenemos desbrozado el camino para examinar ahora qué ocurre cuando es un individuo humano, no ya un objeto o criatura, el que desaparece. El paralelismo con lo anterior es muy claro.

Yo soy dos cosas a la vez, sumadas: soy Eis y soy la incidentalidad que me tocó. En un momento dado de mi evolución, mi incidentalidad cesa de funcionar, se destruye y desaparece. Pero Eis, que está desde siempre plasmada en mí y es mi ser mismo, va a quedar siendo, porque Eis no puede desaparecer nunca, ya que eso es impensable. De modo que al destruirse y desaparecer mi área incidental, lo que queda de mi ser es el ser de Eis. Si bien siempre fui Eis, ahora paso a serlo sin intermediación o "disfraz" o plasmación específica alguna.

Podríamos decir, en resumen, que la muerte humana tiene un doble significado o, si se quiere, transcurre en dos "pistas" simultáneamente: en una pista, cesa y se destruye la incidentalidad del yo; en la otra, el yo "sigue viaje", al asumir plenamente, sin más intermediarios, el ser de Eis.

Tal es el entendimiento del morir que debo llevar siempre conmigo, y que viene a redondear la concepción del "paraíso de ser". Ella no debe llevarme a despreciar la incidentalidad que me tocó y que está llamada a desaparecer: gracias a ella puedo vivir (y gozar) mi paraíso de ser, y construir paso a paso mi futura Supravida.

EL TIEMPO VISTO A LA LUZ DE EIS

Desemboco en una curiosa comprobación, en la que nunca había reparado. Si el arco completo de mi peripecia de ser arranca desde la concepción, pasa por el nacimiento, sigue con la vida erótica, para llegar por fin, a través de la muerte erótica, a una Supravida que no conoce término, eso quiere decir que el Yo ha pasado a ser una entidad a-temporal en importantísima medida. Adiós, tiempo. O casi.

Para decirlo con mayor precisión: el tiempo operaría, sí, pero sólo en un tramo de la peripecia completa de ser, el que va desde la concepción a

la muerte erótica; pero es un tramo mínimo si lo comparamos con el de la Supravida, que es prácticamente infinito.

De ese modo, nuestro arco completo de ser se compone de dos tramos: uno cortito, en el que nos es indispensable desplazarnos hacia nuestra plenitud en el Yo/Eis; y otro sin término, donde ni la movilidad ni el desplazamiento juegan papel alguno. Tramo móvil, tramo a-móvil. O sea: el desplazamiento implica Tiempo, transcurso. La a-movilidad lo excluye.

Tiempo y particularismo van juntos, pertenecen a un mismo orden o categoría. Los dos reunidos son el instrumento necesario que nos conducen hasta la globalidad definitiva. Por eso, alcanzada ésta, uno y otro caducan a la vez.

Y así como sin particularidad no podríamos plasmar la totalidad, del mismo modo sin el concurso preliminar del tiempo no podríamos alzarnos hasta la intemporalidad. Podemos decirlo de otro modo, de apariencia paradójica: sin el tiempo que fluye, no habría permanencia.

Lástima que el hombre considere que su aventura es sólo el tramo que va del nacimiento hasta la muerte, y que con ésta termina todo. Así visto, el tiempo se vuelve nuestro enemigo natural y terrible, el gran asesino de lo que somos.

En cambio, en la perspectiva completa en la que se mueve el ser-para-Eis, el tiempo es aliado nuestro y actúa a nuestro servicio, ayudándonos a alcanzar nuestro destino trascendente. ¡Si pudiéramos entender este cambio total!

Pero hay otro aspecto más, que hace que el tiempo cambie su signo en una concepción basada en Eis. Si la vida erótica requiere, para consumarse, la fusión amorosa del Yo con Eis, que debe verse como un fin en sí mismo, eso quiere decir que la vida erótica no depende de la obtención de metas futuras, ni de una sucesión de conquistas que se vayan acumulando hasta culminar en un logro sumo, allá en un futuro distante.

Lo que importa es cada fusión con Eis y ello es estricto presente, que se cumple momento a momento. Y cada momento es independiente del anterior y del posterior. Lo decisivo es experimentar cada vez el máximo de "amor" por Eis: no bien se logre ese fogonazo afectivo, la fusión deseada se consume plenamente.

Pero no para siempre, entendamos: al momento siguiente vuelve a ocurrir lo mismo, porque cada punto de la experiencia temporal es una condición independiente de fusión paradisíaca.

Y cada uno de esos fogonazos tiene, además, valor de absoluto. Es toda la fusión paradisíaca en cada momento; todo el amor, que yo puedo reiterar una y otra vez hasta el infinito todo a lo largo de mi experiencia existencial. Y en ese instante aislado, en ese relámpago de erotismo logrado que salta en un punto particular de mi vivir, la consumación paradisíaca, "religiosa", se logra absoluta y total.

De este modo, la vida erótica consistirá en una marcha incesante de absoluto en absoluto, de paraíso en paraíso, sin necesidad de que se conecten un instante con otro para articularse en un resultado y una trayectoria mayores.

Es, por tanto, un funcionamiento intemporal. ¿Qué importa el tiempo, si la fusión erótica se logra perfecta en cada punto, siempre repetible, del transcurrir?

De ahí que, en rigor, desaparezca la angustia por lo efímero y limitado de la experiencia humana. El sentimiento de lo efímero obedece a una desproporción cruel entre lo que aspiramos a abarcar del mundo y el tiempo de que disponemos para ello. Es, por tanto, una noción cuantitativa. En cambio, la fusión erótica es fundamentalmente cualitativa. No se trata de acopiar cantidades de experiencias, sumas de logros, porque el erotismo religioso está íntegro en cada logro aislado. El tiempo no tiene intervención.

Así, queda abolida aquella desproporción entre cantidad y tiempo disponible. El sentimiento de lo efímero pasa a ser sustituido por el sentimiento de la plenitud cualitativa de cada momento aislado. El tiempo integrado deja de gravitar.

NATURALEZA ELECTRONICA Y NATURALEZA "NATURAL" (!)

Me alarma sobremanera comprobar que en esta civilización urbana y televisiva en que vamos inmersos, un porcentaje cuantioso de seres humanos ha perdido o va perdiendo cada vez más el contacto directo con el mundo natural.

Puede que la misma TV haya aumentado, sí, el interés del hombre por la naturaleza, pero el espectador se encuentra reducido a presenciarla a través de la pantalla electrónica, sin tener casi diálogo directo con la vieja y querida naturaleza; o si lo tenemos, nos interesa de modo muy endeble, muy débil, como si la naturaleza "verdadera" nos resultara aburrida en comparación con la muy fascinante que podemos encontrar en la pantalla electrónica.

Y es comprensible que esto ocurra: en la pantalla los elementos naturales son mostrados muchas veces bajo muy vistosas apariencias y vemos ocurrir hechos sorprendentes que es raro presenciar en el contacto natural, etc. Y ello porque la naturaleza que vemos en la pantalla viene "preparada" por una vasta elaboración de especialistas, que tiene por objetivo

resaltar sus aspectos más seductores o interesantes, y así termina pareciéndonos infinitamente más rica y atractiva que la naturaleza "directa" o "natural".

(Es cierto que esta observación rige sobre todo para el hombre urbano, que casi no se contacta con la "naturaleza natural"... pero ese hombre es cada vez más numeroso. Y en cuanto al que sí se contacta -el hombre de campo, por ejemplo, o el de mar, o el que vive en zonas agrestes pero adonde ya llega la TV- habría que saber con precisión qué cambios se producirán en él a medida que reciba dosis más y más altas de "naturaleza electrónica").

Cabe, entonces, preguntarse: en las condiciones del vivir actual, y visto el desarrollo creciente de los medios electrónicos, ¿hay alguna manera de revertir esta pérdida de contacto directo con el medio natural? Y aún: ¿por qué se lo haría? ¿Tiene algún sentido intentarlo? ¿Para qué le serviría al hombre actual? ¿No será un avance ese vivir desconectado de una naturaleza que fue tan fundamental para todas las civilizaciones del pasado, pero que hoy ya podría estar sonando a antigualla?

Tal vez un modo conducente de introducirnos en este tema sea indagar si hay modos de relacionamiento con la "naturaleza natural" que no puedan ser imitados o mejorados o superados por la "naturaleza electrónica". O mejor: determinar si hay algún modo específico de dialogar directamente con la "naturaleza natural", que sea intraducible, intrasladable, a medios electrónicos.

Por lo pronto, hay que excluir todo el área de conocimiento: ahí va a ganar siempre la "naturaleza electrónica". ¿Por qué? Porque el contacto cognoscitivo con ésta, como decíamos, es el resultado del trabajo de equipos de especialistas dotados de medios técnicos que les permiten penetrar en zonas del conocimiento que al hombre común y aislado le están vedadas, etc.

En cuanto a la relación estética con la naturaleza, allí la percepción directa se defiende un poco mejor, por cuanto todavía puede recibir, si así lo quiere, amplios aspectos de la "naturaleza natural" capaces de seducirlo desde el punto de vista estético.

Pero tampoco puede negarse que la "naturaleza electrónica" también en este campo le hace seria competencia a la percepción directa: en efecto, puede captar verdaderas maravillas merced a los prodigios de la fotografía en manos de verdaderos artistas en "mostrar" la realidad, sin contar con que se amplía enormemente el territorio estético abarcable, ya que abundan los lugares adonde el hombre común no puede trasladarse o que es incapaz de registrar si no recurre a apoyos tecnológicos.

En fin, habría que agregar otro factor más, nada desdeñable: el ritmo perceptivo del hombre de hoy, del "hombre electrónico", se ha acelerado tanto, que ha llegado a hacerse vertiginoso, acostumbrándolo a una sucesión y superposición incesante de imágenes, al bombardeo continuo de elementos que impresionan sin tregua a nuestro aparato psíquico.

Frente a ello, la "naturaleza natural" nos ofrece un clamoroso contraste: es muy poco, comparativamente, lo que ella cambia en una misma unidad de tiempo, de manera que nos impresiona como casi inmóvil, como un ámbito fijo y estático. Nuestra atención funciona ante ella con desesperante lentitud, falta de los estímulos en cascada a los que la "visión electrónica" nos va acostumbrando, y entonces se nos vuelve fatalmente un territorio perceptivo de muy escaso interés, o resueltamente aburrido para nuestros hábitos actuales.

¿Dónde encontrar, entonces, un campo en el cual el contacto directo con la naturaleza sea insustituible, excluyendo cualquier posibilidad de competencia por parte de la "naturaleza electrónica"?

Pienso que hay una sola dirección de la experiencia que resulta intrasladable a medios electrónicos: la relación que entablamos con Eis al hacer contacto religioso con una entidad determinada; en nuestro caso, con una entidad del medio natural.

Es indudable que sólo en la relación directa podemos alcanzar ese contacto religioso con Eis-en-la-entidad-particular. Ninguna imagen o representación de un objeto, por perfecta que sea, nos la va a otorgar. De manera que aquí la "naturaleza electrónica" no tiene chance ni papel alguno que jugar. Aquí se trata de un contacto directo y obligado entre el hombre y la naturaleza para llegar a Eis; y si no se logra hacer contacto directo, la relación no cuaja, se frustra, y no hay nada que la sustituya.

Sumemos otro hecho: a los efectos de estos contactos, la velocidad de la percepción y su variedad vertiginosa no sirven para nada. Al contrario: se trata de procesos forzosamente lentos, que requieren tiempo y se cumplen con un ritmo pausado y cansino. O sea: eso mismo nos permite recuperar el paso lerdo que es propio de la naturaleza, sin que tenga nada que hacer aquí el vértigo característico de la "naturaleza electrónica".

Dos confirmaciones fundamentales, pues, obtengo ya: 1) que ese contacto con lo particular y específico puede estar pleno de contenido trascendente (si se lo sé dar); y 2) que he encontrado justo lo que buscaba: el campo donde no puede penetrar la "naturaleza electrónica" y donde vuelve a hacerse indispensable el contacto con la "naturaleza natural".

Se trata de todo un orden de existencia nueva que se me viene a primer plano, que jamás había conocido, y a la que debo darle cabida principal en mi organización diaria de vida. Porque no es cuestión, tampoco, de crear estas vivencias de vez en cuando, en forma salteada, periódica u ocasional; creo más bien que va a parecerse a una respiración indispensable, a una forma de "placer religioso" al que necesitaré recurrir con muy alta frecuencia para no sentirme vacío o asfixiado.

Mi vida incorporará así una "rodaja de ser" que hasta ahora no había conocido ni por asomo, una mecánica religiosa que revestirá a mi vida diaria de un aura de trascendencia fácilmente alcanzable, desde que se nutrirá de los elementos más cercanos de mi entorno habitual.

Vivimos en el siglo de la imagen, se dice; y ahora esta frase tan manida, que me parecía una comprobación sin mayores consecuencias, se me presenta como de una gravedad extraordinaria.

Llego a pensar que ese reinado de la imagen ha terminado desplazando a la realidad y sustituyéndola; de tal modo que nos ha hecho vivir a los hombres de hoy en un mundo ficticio; privándonos de la experiencia insustituible de hacer contacto con la "realidad cruda".

Es como una vida en falso la que hemos llevado; mancos de realidad, amputados de lo principal. Al fin y al cabo vivir significa vivir muy entrañados con Eis, muy prendidos a ella, y en intercambio directo con su "carne verdadera".

Pero nosotros fuimos construyendo una pantalla intermediaria o intercesora y acabamos conformándonos con manejar los signos o las representaciones de la realidad, pero no la realidad misma. (Se me ocurre: ¿esto no explicará las barbaridades que los hombres cometimos en este siglo XX que se acaba de marchar? Como si dijéramos: matar no es matar hombres, es matar meras representaciones de hombres. Entonces ¿qué importa?).

¿Qué distinto se vuelve todo cuando nos encontramos de pronto enfrentados a una "realidad real", no imaginada, no representada! Ver ahí, al lado mío, ese simple sillón. Y comprender que no estoy viendo la representación sensorial del sillón, ni la foto ni la pintura ni el recuerdo ni la mención mental del sillón, sino el sillón "en crudo". Es bastante sacudidora la impresión que se recoge.

Pero no es sólo el sillón ése: es todo lo demás. Es como un universo nuevo que acaba de romper la costra de representaciones tras la cual se me escondía y que me resultaba muy cómoda, muy tranquilizadora y sobre todo muy "usable". Ahora todo se me removió y cuestionó: si eso está puesto en crudo ahí, ¿dónde estoy yo? Y mucho más que eso: ¿qué soy, cómo verme, cómo entenderme?

¿Qué lejos, qué débiles (y qué triviales) quedaron las representaciones de las cosas! Que ridículas las fotos, los dibujos, las pinturas, las imágenes moviéndose en la pantalla; qué pantomimas grotescas e inútiles me parecen ahora. Y pienso también que quien vive respirando entre pantallas, sustituyendo realidad trascendente por pantallas (por seductoras que éstas sean), termina pantalla él mismo.

En conclusión: me parece muy claro que sólo en el mano a mano -o carne a carne- con Eis misma, la naturaleza "directa" volverá a tener sentido para nosotros; y en ese mano a mano trascendente no cabe intromisión alguna: ninguna pantalla perceptiva, de ninguna clase, podrá ocupar el lugar que sólo a nosotros nos cabe, puestos a buscar a Eis en cada cosa, tal como lo manda nuestro sino.

LAS "CARPAS" EN LAS QUE VAMOS METIDOS

El vivir humano en su transcurrir de todos los días, se desenvuelve exclusivamente en esa franja o segmento de la realidad que cabe denominar "mesocosmos", por estar a mitad de camino entre el macrocosmos y el microcosmos. La vida familiar, los hechos políticos, el acontecer económico, la inserción en el medio social, la vocación y las inclinaciones, la carrera de prestigio, los asuntos amorosos, los sistemas de entretenimientos, etc., etc., tienen su escenario exclusivo en el ámbito mesocósmico; y de éste tomamos nuestra percepción inmediata del mundo.

El resto del cosmos no aparece ni por asomo en el cuadro de nuestros intereses vitales inmediatos. Para una mirada superficial, ni el micro ni el macrocosmos tienen la menor intervención en los temas que deciden día a día lo que nos pasa en el mundo. Por lo tanto resulta natural, o al menos explicable, que ambos planos extremos queden reducidos a la categoría de datos o informaciones que podemos registrar pero que no llegan nunca a rozar nuestras vísceras.

Estamos, pues, ante una flagrante distorsión de mirada, que implica una jerarquización gravemente incorrecta del "qué me pasa". Nos guste o no nos guste, es obvio que nos encontramos insertos en un cosmos descomunal y no en un ámbito casero y manejable. De otro modo: nuestro escenario total, el verdadero, no se halla a nuestra escala: nos desborda abrumadoramente "por arriba" y "por abajo".

Sin embargo, nuestra organización mental y afectiva está estructurada tomando como referencia exclusiva esa dimensión intermedia hecha a nuestra escala. Lo demás no existe, lisa y llanamente: nuestras "tripas" no lo registran.

Pero observemos que el espectáculo descomunal del cosmos que hoy conocemos, ya no nos permite seguir con el engaño y el facilismo tranquilizador. Así que ahora no tenemos más remedio que ir a una

"revolución de las tripas" (que es la más difícil de todas las revoluciones): que nuestras vísceras sientan de una vez en qué universo estamos metidos.

Necesitamos pegar el salto hacia lo muy arriba y hacia lo muy abajo, integrar todos los planos en una visión única, y así quedar instalados en ese universo total que tanto nos sobrepasa.

Vivir allí, en esa nueva casa global, nos va a costar gigantescos esfuerzos de adaptación. Por lo pronto, tenemos que renunciar a los viejos mitos que hicieron de nosotros "reyes de la creación", centro u ombligo del universo; mitos que, aunque invalidados por el saber científico desde el Renacimiento para acá, siguieron imperando, porfiados, en el inconsciente humano hasta hoy.

¿Que el hombre queda así empequeñecido, transformado en un ínfimo liliput? ¿Que eso va a cambiar trágicamente la apreciación que tenemos de nosotros mismos, de nuestro puesto y nuestra función en el cosmos? Sí, va a cambiar, qué duda cabe. Pero no creo que vaya a ser tan trágico como podría suponerse; no, sin duda, para quien mire con óptica Eis, ya que, para él, ese cosmos desmesurado es Eis misma, amante, protectora, cálida, próxima.

Para hacer gráfico lo que venía diciendo: vivimos como metidos adentro de una carpa, cuyo radio llega hasta donde alcanzan nuestros sentidos; es un espacio estrecho, delimitado por nuestra percepción directa.

Y por más que hoy la tecnología nos haya proporcionado instrumentos que nos hace posible romper esos límites (telescopios y satélites para el macrocosmos, microscopios para lo infinitamente pequeño), seguimos dependiendo vivencialmente de nuestra "carpa mesocósmica", y todo lo que quede fuera de ella nos suena a dato frío, a información distante que registramos pero no sentimos.

Y aquí aparece nuestro drama de habitantes del cosmos. Resulta que sólo nos llega una cascarita de ese cosmos, un anillo pequeñísimo que llevamos a nuestro alrededor acompañándonos a todas partes.

Pero más allá de ese anillo reducido se extienden las vastísimas praderas del cosmos, que quedan por completo al margen de nuestra experiencia directa. ¿Cómo creer, entonces, en su existencia? ¿Cómo pretender que influyan sobre nuestras vísceras? Se nos quedan allá lejos, como una realidad remota, sin carne y sin vibración interior, casi una abstracción, parecida a una entelequia privada de vida real...

¿Pero cómo creerle a ese saber privado de tripas? ¿Cómo hacerle caso, si a diario, a cada minuto, nuestra experiencia visceral la está desmintiendo? A las tripas no las convence el intelecto. No funciona con datos; funciona con percepciones directas.

O sea que desde hace unos cuantos siglos, el hombre vive en gravísima disyunción: mientras el saber le delinea su situación real, el sentir lo mantiene amarrado a una visión ilusoria, falsificada.

En cuanto a mí, debo decir que todo esto viene a complicarme más las cosas, pues yo aspiro con vehemencia a dos metas que me parecen incompatibles: quiero que mis vísceras operen en función del cosmos total y completo; pero a la vez me niego a renunciar a las delicias que me asegura la "carpa perceptiva", ese mundo inmediato, sensorial, que tanto me deslumbra y me maravilla...

Sin embargo, no se nos enseña a hacer de esa "carpa perceptiva" un centro sentido de nuestra experiencia religiosa. Al contrario: se nos enseña a ignorar el contorno, a pasarlo por alto y a no dialogar con él. Sólo cobra realidad para nosotros cuando tenemos que manipularlo con el fin de alcanzar alguna de nuestras metas funcionales o narcisistas.

A causa de ese analfabetismo hacia lo externo que padecemos, carecemos de técnicas, de prácticas, de habilidades para dialogar con el contorno. Y sin embargo, si pensamos en un vivir/Eis, ese diálogo es fundamental.

Pero me apresuro a rectificarme: lo importante no son las técnicas ni las habilidades. Lo decisivo será cómo sentimos al contorno y qué función le asignemos para nuestro diálogo erótico con Eis. Una vez que sentimos que cada cosa del contorno es Eis misma, las técnicas se iluminan solas y llegarán en el momento oportuno.

Agregaría: interesarme en cada entidad del contorno como si fuera un ser querido. Sí: convertirlo en un ser vivo que nos pertenece, un organismo palpitante y comunicador. Es pensar que el contorno tiene un mensaje para nosotros y una voluntad de concordar desde lo más profundo con el yo. Verlo, en suma, como una organización afín, amiga nuestra, y con una marcada dirección erótica señalando hacia nosotros como una flecha que nos busca y que necesita alcanzarnos en lo más vivo.

Para ello necesitamos "ponernos en placenta" con respecto al contorno. Eso antes que nada. Como si fuera nuestro envoltorio enamorado, pompa unitaria que nos delimita y nos embebe. Ahora sí puede empezar el diálogo.

Y aquí aparece otra "carpa", dentro de la cual también estamos metidos: la carpa humana. Quiero decir con esto que nuestra vida transcurre en medio de un "envoltorio" de temas, asuntos, intereses, preocupaciones, valores, elaboraciones, obras, que son el fruto del pensar y del hacer de los hombres. En ese ambiente nos desenvolvemos, es nuestro domicilio, especie de estuche tranquilizador y manejable.

Sin embargo, debiéramos reparar en que más allá de esa "carpa" que nos contiene, se tienden las extensiones inacabables de un cosmos que de humano no tiene nada; y que, además, ese cosmos no humano es nuestro sustento fundamental, que condiciona de arriba a abajo nuestra existencia entera.

No obstante ello, a esa realidad extrahumana (que es casi toda) ;no la vemos! Quiero decir, no la sentimos con las vísceras, no cuenta en la economía de nuestro vivenciar. Lo único que cuenta para nosotros es el ámbito humano, y de él no sentimos necesidad de salir. Lo demás lo borramos muy olímpicamente.

Pero acaso no sea cortedad de horizontes lo que retiene al hombre en sus dos "carpas", perceptiva y humana. A lo mejor el hombre no puede realmente salir de ellas, porque si lo sacamos de esa doble atmósfera sucumbe por asfixia. Sería muy triste esa limitación de su ser: ;que el hombre no dé más que eso, que no pueda zafarse de su ámbito casero, vecinal!

COMO SERIA UNA CIVILIZACION CENTRADA EN EIS

No se trata, propiamente, de trazar una utopía. Lo que quiero es, más bien, imaginar cómo sería una humanidad que "adoptara" unánimemente las nociones y valores basados en Eis, y sus prácticas consiguientes, que recién vimos.

Ni se me ocurre pensar que en algún futuro ideal esto va a ocurrir tal cual aquí aparezca (y ni siquiera estoy demasiado seguro de que ése fuera un futuro deseable...). Pero creo que este ejercicio de imaginación me va a servir de mucho para mejor establecerme yo mismo en mi cosmovisión: ver cómo sería ésta funcionando, no sólo para mí, sino para los hombres todos (!).

* * *

Partiré de la idea de que la aplicación de la cosmovisión/Eis, supone que la humanidad se encuentra ya unificada, globalizada.

Aclaro: esa globalización no tendrá nada que ver con la que se predica actualmente, que consagra la imposición de un determinado modelo económico en beneficio de los sectores más poderosos y minoritarios, o sea en detrimento de los más desasistidos, que son abrumadora mayoría.

Globalización, sí, pero donde no existan desigualdades y opresiones de unos sectores por otros; y donde impere el sentimiento de que la humanidad constituye una entidad única, unida en torno a objetivos trascendentes.

También conviene aclarar que al decir "humanidad unificada", este término no tiene nada que ver con "uniformizada"; y mucho menos con una uniformización impuesta por la civilización más poderosa en el plano material, como hoy ocurre. La unificación en la que pienso no debe excluir la variedad y la especificidad de las culturas existentes.

En todo caso, si en un largo futuro esa variedad tiende a atenuarse y hasta a desaparecer -como es posible-, ello no significará la imposición de un modelo hegemónico, sino la adopción gradual y natural de pautas y estilos de vivir comunes, que vayan surgiendo de la marcha misma de la humanidad al funcionar como entidad única.

Hay que pensar, concomitantemente, en la desaparición de toda manifestación separatoria, diferenciadora, basada en sentimientos nacionalistas, regionalistas, étnicos, religiosos o afines. En particular, todo hace pensar que las naciones se irán borrando paulatinamente como realidades positivas, dejando lugar a visiones más amplias y abarcadoras, como ya está ocurriendo.

Acaso sea también indispensable pensar en una humanidad que se haya salido ya de su planeta original, y se encuentre expandiéndose por distintos lugares del cosmos, a través de colonias estables. No creo, ni mucho menos, que sea ésta una perspectiva ilusa o descabellada, brotada de la ingenua fantasía de algún autor de ciencia-ficción, sino que hay

que verla como una realidad a la que vamos inexorablemente, y que no tardará demasiado en manifestarse.

Ahora sí puedo preguntarme: ¿qué pasaría si una humanidad en estas condiciones adoptara la cosmovisión que tiene a Eis como centro, y forjara una civilización basada en ella? ¿Qué visiones y qué valores tendrían los hombres que vivieran en una civilización así? ¿Qué harían con sus vidas? ¿Cómo se relacionarían entre ellos?

A. LA HUMANIDAD CENTRADA EN UN OBJETIVO RELIGIOSO.

Si llegara a haber alguna vez una civilización basada en Eis, la humanidad aparecería por primera vez en su historia movida por un único interés común y un único modo de entenderse a sí misma. Tendría un objetivo y una razón de ser, y ambos serían de naturaleza religiosa: el desarrollo cada vez más rico y profundo de su vínculo erótico y trascendente con Eis.

Así, la especie humana no estaría "viviendo por vivir", ni marcharía a ciegas en direcciones imprecisas cuando no erráticas o absurdas (predominios, expansionismos, hegemonías, etc.) y con frecuencia encontradas. La humanidad tendría ahora un único fin, y éste sería de naturaleza religiosa. Es decir que la historia adquiriría un sentido, y éste sería un sentido trascendente.

Esto significa que la "raza" humana así unificada y globalizada, tendría que organizarse de determinada manera para alcanzar esa finalidad de máximo desarrollo. Tal vez esto lleve a pensar en una planificación inteligente de sus acciones, con el fin de coordinar los aportes de las distintas actividades y profesiones humanas. O sea que la humanidad/una tendría que crear las funciones, los caminos, los órganos, los mecanismos, las coordinaciones necesarios para encarar conjunta y unificadamente ese vivir religioso.

Esa humanidad/una, ¿siempre se verá enfrentada forzosamente a problemas? Parece imposible pensar otra cosa. Pero aún cuando nos situáramos en la hipótesis más optimista de que acaso llegue un día en que la humanidad no tenga escollos que superar, lo mismo eso no la paralizaría, porque seguiría en pie su meta fundamental: enriquecer cada vez más su vínculo erótico-religioso con Eis. Y eso quiere decir que la especie humana seguiría actuando y desarrollando actividades, pero ahora para hacer siempre más hondos sus vínculos religiosos con Eis.

B - EL VIVIR INDIVIDUAL EN UNA CIVILIZACION/EIS.

Pasando ahora de la perspectiva global de lo humano al horizonte individual, debo señalar que los hombres que participaran de una civilización centrada en Eis, como la que estoy imaginando, tendrían su práctica del vivir fuertemente impregnada por el objetivo religioso de vivir en Eis y para Eis. Las vidas cotidianas de esos hombres y mujeres

estarían dedicadas íntegras a Eis, no a ninguna otra meta que pudiera sustituirla o subordinarla.

Los individuos que vivieran en esa civilización tendrían a su favor toda una organización colectiva pensada para que cada ser humano pudiera desarrollarse desde la cuna apuntando hacia su vínculo con Eis. La educación lo impulsaría fuertemente en esa dirección; los valores vigentes en el medio lo corroborarían en ese propósito a cualquier altura de su vida; y a la vez el medio le facilitaría todos los mecanismos y soportes materiales que necesitara para sus modos de relación con Eis, así como la ambientación psicológica más adecuada.

Recién vimos cuáles serían, a mi juicio, los rumbos a seguir para llevar adelante una vida dedicada en plenitud a Eis. Conviene examinar qué tipos de apoyo recibiría cada uno de esos rumbos, de parte de una sociedad organizada para Eis.

1. Actos de fusión directa con Eis.

En un capítulo anterior quedaron descriptos básicamente estos distintos tipos de actos. Podemos imaginar ahora que algunos de ellos, o todos, podrían llevarse a cabo, o bien en forma individual, aisladamente, o bien compartiéndolos con otros participantes. Y también que se buscaría realizarlos en lugares apropiados, como pueden ser templos (o equivalentes), centros de meditación, o de fusionalidad, etc.

Lo que debe quedar muy claro es que en una sociedad así, se darían las condiciones externas apropiadas -hoy inexistentes- para que cada ser humano pudiera colmar enteramente su necesidad de fusionarse a cada paso con Eis, a través de un contacto directo con ella, o bien encontrándola en la particularidad de las entidades del entorno.

2. Apuntando a la máxima realización del yo

Decía que todo individuo necesita realizarse hasta el máximo de sus potencialidades, ya que ésa será la más alta donación a hacerle a Eis. Y ello se logra únicamente en el juego espontáneo de sus potencialidades, que sólo en la libertad más plena del ser se consiguen.

Estas condiciones de máxima libertad individual tendrán que ser aseguradas por cualquier civilización basada en Eis. La sociedad toda debe estar organizada y preparada para que cada hombre, sin excluir ni a uno solo, alcance su mayor desarrollo personal; pero no sólo por razones de ética abstracta del tipo "es bueno que cada hombre procure ser al máximo el que es", sino que a esa fórmula debe agregarse la expresión "para Eis" o "en función de Eis", porque esto es, en definitiva, lo único que le da sentido profundo y trascendente al desarrollo personal.

No podemos olvidar que la más completa realización personal no la puede lograr el hombre aislado, por más voluntad que ponga en ello; necesita bastante más: requiere el apoyo concertado y planificado del medio humano

en el que vive, para que éste le facilite su plenaria realización en todos sus aspectos; siempre que ello apunte -insisto- a perfeccionar su vínculo erótico-religioso con Eis.

3. El individuo trabajando para lo humano

Hemos visto que una dimensión fundamental de la fusión del individuo con Eis, es dedicarse con todas sus energías a cooperar con lo humano, para que nuestra especie pueda también desarrollarse hasta sus máximos todos, como forma de donarse a Eis.

No es fácil predecir qué formas tendrán que adoptar en el futuro esa cooperación indispensable del individuo con lo humano. Las necesidades de la humanidad a lo largo del tiempo irán variando grandemente; pero sean cuales fueren, el individuo, en cualquier caso, deberá tener siempre una dimensión de su yo aplicada a cooperar con lo humano. ¿En qué terreno? Eso dependerá de sus capacidades e inclinaciones, ya sea que el propio individuo elija de por sí la forma de su aporte, o que ésta le sea indicada por una planificación a la que se le pedirá que se ajuste.

Se trata, si se quiere, de impulsar una doble ascensionalidad: al cooperar el yo con lo humano, asciende en su religiosidad la especie humana, pero también asciende en su religiosidad el propio yo que ayuda a promoverla.

4. El disfrute de los dones de Eis.

El hombre que viva en una civilización basada en Eis, dedicará buena parte de sus horas al libre disfrute de los infinitos dones que Eis pone a disposición del hombre; pues ya veíamos que disfrutar de ellos sin restricciones es una de las vías para un acercamiento en profundidad entre Eis y el yo.

En nuestras civilizaciones actuales, padecemos incontables frenos que nos distancian de esos placeres o los congelan. Pero en una civilización basada en Eis será todo lo contrario: ese "hedonismo religioso" del que hablaba, se verá apoyado, aprobado y corroborado por la sociedad toda, que sabrá construir los canales y resortes necesarios para que cada individuo pueda entregarse al disfrute de los dones de Eis sin ninguna clase de inhibiciones o temores. Lejos de frenar al individuo, el entorno lo impulsará a sumergirse a pleno en el disfrute de esos placeres religiosos que Eis, dispendiosamente, nos regala.

En una civilización inspirada por Eis, el erotismo y la sexualidad serán sin duda libérrimos y adquirirán una dimensión religiosa que hoy no poseen. (El tema de la sexualidad humana en función de Eis aparece tratado más adelante). Hombres y mujeres, hombres y hombres, mujeres y mujeres, si son llevados por impulsos eróticos genuinos, se unirán sin restricciones ni preconceptos limitadores, como forma de fusionarse con Eis.

Es que el amor humano, como veremos, admite una lectura religiosa que hoy raramente se acepta. Pero en una civilización basada en Eis, el erotismo

entre seres humanos será una de las formas más ricas y eficaces de gestar fusionalidad religiosa.

5. El conocimiento y la contemplación del entorno

En una civilización centrada en la figura de Eis, el hacer contacto con las entidades donde Eis está proyectada, tendría que ser una de las "ocupaciones" más extendidas y principales para quienes llevaran una vida religiosa plena. Hay que pensar que la vida diaria de esa civilización tendría que estar organizada de tal manera, que cada persona pudiera encontrar el tiempo y el lugar adecuados para entregarse dichosamente a la contemplación y el conocimiento enamorados de las cosas del contorno donde Eis se halla siempre radicada.

Así, hay que pensar que todos, desde niños, recibirían la enseñanza debida sobre cómo acercarse con amor a las cosas externas y cómo "hablar" religiosamente con Eis a través de ellas. Después, a medida que corriera el tiempo, los "habitantes" de esa civilización se seguirían adiestrando y perfeccionando siempre en ese intercambio erótico, para hacerlo cada vez más rico en proyecciones trascendentes.

Es que para llevar una vida religiosa impregnada de Eis, cada vivir individual deberá ser una convivencia asidua con las entidades, un intercambiar emociones religiosas con esa Eis puesta en las cosas y ardiendo en ellas. Nadie deberá sentir a esas entidades inertes o inexpresivas como hoy las vemos, sino que quedarán cargadas de un intenso contenido erótico-religioso gracias a esa presencia de Eis que todos aprenderán a descubrir y a cultivar desde temprano.

Ese enseñar y entrenar para el amor religioso con lo externo tendría que ser encarado y resuelto por organismos adecuados que la misma civilización debería crear con ese fin. Porque el individuo aislado, librado a sí mismo, muy difícilmente podrá hacerlo como es debido; pero en cambio le resultará muy fácil si se le inculca y modela desde la infancia, y si luego el medio mismo lo sigue estimulando para que esa contemplación y conocimiento eróticos se sigan ejerciendo a lo largo de toda la vida como práctica religiosa fundamental.

* * *

No tiene objeto extenderse en detalles concretos de cómo se organizarían todas estas actividades religiosas en una civilización basada en Eis: qué prácticas, qué entidades, qué funciones, qué medios se requerirían. Me parecería un ejercicio vano de fantasía, pues las condiciones y desarrollos futuros son impredecibles en sus detalles.

Lo que sí me importa y me sirve es trazar las líneas generales de lo que sería un vivir en Eis en esa civilización hipotética donde todo estuviera impregnado por la cosmovisión que tiene a Eis como centro. Creo que, muy aproximativamente, el diseño de esa civilización no andaría muy lejos de lo que aquí he trazado.

Creo que no sería, ciertamente, una mala civilización. Me parece fundamental que la humanidad se sienta unificada en torno a un objetivo

trascendente, y que se organice en consecuencia. Que persiga su propia plenitud y su más acabado desarrollo como especie, para ponerlos al servicio de su vínculo erótico con Eis.

Pero me parece no menos importante que esa humanidad esté conformada de tal manera que todos los seres humanos vean asegurada su plena realización religiosa, y que todos puedan dedicarse al luminoso disfrute de su paraíso de ser y a la construcción de su paraíso futuro, la Supravida, contando para ello con el pleno apoyo y el estímulo planificado de toda una humanidad puesta al servicio de la meta religiosa individual.

Una civilización, en suma, donde debe reinar la libertad individual más irrestricta para obtener la mayor fusionalidad con Eis; una civilización que fertilice el mejor desarrollo de todos los hombres y haga de ese desarrollo una condición sine qua non; una civilización donde imperen la gloria y el júbilo de ser y de alcanzar el contacto religioso más completo con Eis.

LA AVENTURA HUMANA VISTA DESDE EIS

Una vez más, necesito partir de cero y plantearme las obviedades del tema que elijo. En este caso, se trata de lo que llamaríamos la "aventura de lo Humano", esto es, una peripecia que está siendo protagonizada por nuestra especie en el seno de la realidad que vemos (y también de la que no vemos...).

Esa "grey" que es la nuestra -y que tantos dolores de cabeza nos trae de continuo-, se encuentra desde su origen en una situación por cierto desconcertante, cuyo desenlace ignoramos.

Haciendo un esquema más que infantil, pero de inocencia necesaria, diría:

- el hombre apareció en un momento dado, no sabemos bien cómo ni cuándo, en este punto ínfimo del universo;
- debió sobrevivir en medio de un ambiente natural cargado de acechanzas y de hostilidades que pusieron en riesgo su supervivencia misma;
- aprendió trabajosamente a protegerse de esas amenazas externas y a manejarse con ese medio ambiente tan peligroso para él en tantos órdenes;
- poco a poco lo fue dominando y transformando en su provecho;
- la humanidad logró así afirmarse y expandirse a través de una sorprendente diversificación de pueblos y culturas;
- debió afrontar luchas permanentes entre facciones o divisiones de esa misma grey, que nunca se vio a sí misma como unitaria;
- fueron posibles terribles desigualdades y clamorosas injusticias, que ambientaron la explotación de unos hombres por otros;

- en medio de ese clima tantas veces belicoso y destructivo, la humanidad fue empero capaz de realizar obras magnas, de impulsar avances tecnológicos y creaciones espirituales admirables;
- últimamente ha alcanzado un dominio casi total del medio planetario, e incluso ha comenzado a salirse de él y a asomarse hacia mundos vecinos;
- recién ahora empieza a dibujarse con fuerza una visión unitaria, mundializada, de lo que la especie es.

Lo cierto es que todavía no sabemos ni por asomo por qué surgió el hombre, a qué tiende toda esa ajetreada y azarosa marcha de milenios, hacia dónde va la especie, cómo terminará esa magna y misteriosa aventura suya, qué corresponde hacer.

En todo caso, parece inevitable afirmar que, sea cual sea la razón profunda de su marcha, el hombre debe proseguir su expansión e impulsar aún más la exploración, en extensión y profundidad, de ese universo enigmático en el que va inmerso. Si puede abarcar nuevos mundos, debe abarcarlos. Si es capaz de investigar modos inéditos de relacionarse con la realidad y de profundizarla, tiene que intentarlo. Ignoramos, ciertamente, cuál puede ser el desenlace de tan extraña e incomprensible aventura. Ese desenlace puede significar la extinción definitiva de la especie, o a lo mejor un destino que hoy ni somos capaces de vislumbrar.

Ahora de lo que se trata, a mis efectos, es de ver esa aventura humana a la luz del entendimiento que yo manejo, basado en la figura de Eis. ¿Qué nos dice ese entendimiento? ¿Hacia dónde nos lleva?

* * *

Ya he señalado en "Religaciones" algo más que obvio, como siempre: que en el cosmos no encontramos jamás "unidades aisladas" porque no es así cómo plasma Eis: Eis se vierte en lo que llamé "moldes genéricos", dentro de los cuales aparecen, ahora sí, las entidades individuales repitiendo los rasgos de género, junto a peculiaridades que las diferencian a unas de otras. Así es como "prefirió" funcionar o darse Eis.

En este sentido, lo humano debe aparecérse nos como uno de los tantos "moldes genéricos" que estructuran al cosmos. Pero ello significa, al mismo tiempo, que lo humano es una de las tantísimas entidades que configuran a Eis.

Y ya sabemos que en cada una de esas entidades -tanto genéricas como individuales- Eis "está puesta" entera, sin perjuicio de la particularidad que en esa entidad ella "adoptó". De modo que, para mi entendimiento, lo humano es una versión peculiar de Eis, a la vez que Eis misma, Eis en su totalidad (como toda otra cosa, por lo demás).

Pero eso quiere decir, entonces, que la "razón de ser" de esta entidad-Hombre es la misma que la de cualquier otra entidad: ligarse eróticamente a Eis, fusionarse amatoriamente con ella cada vez más, hasta consumir una mismificación plenaria que tendría, sin duda, una Supravida de carácter paradisiaco.

De ser así, es posible concebir un sentido para esa "marcha" de la especie humana en el seno de Eis: su aventura consistiría en tender a fusionarse eróticamente cada vez más con Eis. Eso supone donarle a Eis lo mejor de lo humano, y para ello es preciso que la especie desarrolle al máximo todas sus capacidades, llegue a lo más alto de su positividad, de su magia y de su "poesía" posible.

Hoy estamos dramáticamente lejos de esos máximos necesarios. La nuestra es una especie apenas desarrollada a medias, que vive en la frustración, el destrozo de muchas de sus potencias mejores y la mutilación de tantas formidables capacidades que a todas luces posee. Eis recibe de nosotros muy poco, y es muy poco lo que el hombre recibe del caudaloso y formidable patrimonio erótico que Eis ha puesto a su disposición. O sea: el hombre no ha entendido hasta ahora el signo de su situación en Eis, y desaprovecha lastimosamente todo cuanto esa situación encierra y le promete.

La especie humana ya se encuentra en el paraíso de ser, y no lo sabe; necesita cada vez más fusión con Eis para alcanzar su máxima Supravida, y tampoco lo sabe. El destino último de lo humano -como de cada individuo, como de cada entidad- es fabricar con su erotismo el paraíso definitivo de ser íntegramente Eis. Pero el hombre lo ignora, y la aventura humana se parece hoy a una embarcación lanzada a la deriva, sin brújulas ni puntos nítidos de referencia.

Corregir esta situación no es nada fácil. Supondría, por lo pronto, una aceptación del entendimiento basado en Eis, lo que es a todas luces impensable. De todos modos, conviene imaginar qué transformaciones harían falta para encarrilar a la especie humana en una marcha ascensional hacia Eis.

Eso supone operar sobre realidades muy concretas y específicas: cómo la especie está organizada hoy y cómo debería estarlo. Pero eso entraña cambios de fondo en la organización de la vida humana y en su relación con el mundo en el que se encuentra situado. No hay más remedio que pensar en una acción política, porque sólo mediante acciones políticas (entendida la política, claro está, en su acepción más elevada y noble) puede el hombre modificar su estar en el mundo.

Esto nos lleva hacia otro tema capital: cómo concebir las líneas maestras de una política basada en el entendimiento del mundo que tiene a Eis como centro.

UNA POLITICA EN FUNCION DE EIS.

Delineada la que sería una dirección trascendente de la aventura humana - mismificarse cada vez más con Eis-, corresponde examinar a qué pasos concretos daría lugar esa marcha ascencional hacia la fusión con Eis. Pues se hacen necesarias determinadas condiciones en el vivir humano para que esa fusión se vaya haciendo efectiva cada vez con mayor intensidad; y esto supone medidas, disposiciones, actos, jerarquizaciones, que configuran en conjunto una verdadera política a seguir.

Tal vez la primera meta obligada de esa política necesaria, sea la de concebirse la especie a sí misma, y organizarse en los hechos, como constituyendo una unidad efectiva, un "uno" planetario. Imposible imaginar una empresa trascendente, "religiosa", de la especie, sin antes haber alcanzado los hombres plena conciencia de que son un uno y de haberse dado una forma de vivir y de actuar que traduzca y exprese ese sentimiento de unidad.

Habrá que encontrar, entonces, las maneras concretas de ir pasando de las divisiones y diferenciaciones actuales, a un modelo unitario de organización que regule el vivir de la especie entera. Empresa nada fácil, ciertamente, remota con toda seguridad, pero inevitable, obligatoria. En este caso, la política a trazarse por la especie consistirá en ir atenuando esas diferencias que hoy pesan tanto - culturales, étnicas, económicas, espirituales, etc.- no para borrarlas del todo (la uniformidad en estos planos no es nada deseable), pero sí para que tales diferencias se supediten a un único gran módulo abarcador.

Otra meta que funciona como un corolario obligado de la anterior: imposible concebir una humanidad que se vea a sí misma como un uno y en marcha hacia Eis, si al mismo tiempo no ha borrado todo rastro de desigualdad entre los hombres, y de explotación de unos por otros. Porque una humanidad fusionándose con Eis ha de ser forzosamente una humanidad con todas sus potencias en libre expansión y donde se les brinde a todos los hombres por igual la misma posibilidad de acercarse individualmente a Eis y de contribuir a que la humanidad como conjunto unitario lo haga a su vez.

Implantar ese sistema igualitario y exento de explotación supone un cambio radical en la organización económica y política que hoy impera en el medio humano. Hoy estamos cerca de hallarnos en las antípodas exactas de lo que la humanidad necesita para ir en espléndida unidad expansiva en dirección a Eis. Por lo tanto, se hace indispensable librar una lucha en los planos económico y político para cambiar a fondo lo que hoy tenemos y empezar a encauzar a la especie humana por el camino requerido.

Ello supone, claro está, una organización social, económica, cultural, etc., impregnada de sentimiento "uno" y de inspiración igualitaria y solidaria, de la que ningún ser humano quede excluido. Y eso ha de traducirse forzosamente en acciones políticas (entendiendo por tales las que buscan transformar la realidad).

Pero esas políticas, como se comprende, tendrán que ser muy diferentes según las condiciones imperantes en cada cultura, región o país; pero en todos los casos el objetivo será el mismo: terminar con las desigualdades, injusticias y explotaciones del hombre por el hombre, para poner a la especie en condiciones de lanzarse tras su más pleno y culminante desarrollo, como lo pide su vínculo erótico con Eis.

En suma: concebir una especie humana dirigida hacia la mismificación erótico-religiosa con Eis, da paso forzosamente a una política del más alto porte, en la que todo lo humano rebaje barreras separatorias y apunte a una organización unitaria que les permita a todos los hombres vivir expandiendo al máximo sus potencialidades individuales, como forma de que la especie misma alcance consiguientemente su plenitud religiosa.

Ya sabemos, por otro lado, que cada individuo humano debe procurar alcanzar el máximo de Supravida posible para sí mismo; pero ello no es tan sólo un logro individual, aislado: depende en grado fundamental de las condiciones en que ese individuo desarrolle su existencia. Necesitará un óptimo de libertad y disponibilidad interior, un máximo de estimulación externa, un medio ambiente que le proporcione todos los incentivos y recursos indispensables para que su Yo se desenvuelva hacia su máximo en las mejores condiciones.

Así, esa empresa individual de mismificación con Eis, no es únicamente individual: depende estrechamente de cómo esté organizada y funcionando la especie humana. Por este lado también el tema se politiza inevitablemente, y vivir cada hombre se vuelve asimismo empresa política: la que le permita contribuir a crear las condiciones colectivas óptimas para que todos los hombres puedan alcanzar el más alto grado de mismificación con Eis.

Y otra observación adicional: esta mismificación individual presupone antes la mismificación de la especie misma, lo que quiere decir la mismificación de los demás, la de todos. Es que cada mismificación individual repercute en la de los demás, la amplifica y facilita, la nutre, la enriquece. Hay como una intercomunicación entre mismificaciones, una impregnación de fondo que las baña a todas, reforzándolas y nutriéndolas entre sí.

De tal modo, para lograr MI mejor mismificación necesito que los demás también posean la suya. La mismificación de los otros, la de todos los hombres, se vuelve así un asunto vital para mí, condiciona mi propio logro, hace que me mismifique en más o en menos. Y por aquí también llegamos a la política: si yo quiero más mismificación para mí, debo bregar para que todos tengan mejores mismificaciones; ni siquiera por motivos humanitarios, solidarios, fraternales, éticos; al contrario: quizás sean razones de sano egoísmo las que me lleven a bregar por las mismificaciones de todos.

Porque sólo situando a los hombres en las condiciones externas apropiadas (y esto se logra únicamente por la vía política) será posible que cada cual, y que yo mismo, y que todos, logremos la más completa fusión erótico-religiosa con Eis, objetivo individual y colectivo a la vez.

Por cierto, cada individuo buscará entender qué modelo de política debe aplicarse en el momento en que vive; tanto en lo más inmediato (país, región), como en lo global del hombre todo. Y en función de ese entendimiento al que llegue, adecuará sus acciones personales para ayudar a que la humanidad vaya tomando los rumbos debidos. Elegirá su modo de participación, así como el lugar desde el cual actuar para ser más eficaz. Pienso que quien sienta genuinamente su vínculo fundamental con Eis, no puede cruzarse de brazos o rehuir sus responsabilidades en el plano político así entendido.

El accionar político no puede ser abstracto: en cada momento y en cada lugar tiene sus exigencias específicas. A ellas deberá plegarse cada individuo, pero sin perder ni por un momento la conciencia de que esa política tiene en la mira acrecentar el vínculo "religioso" con Eis (del individuo y de la especie a la vez). Sí, eso tiene que ser, exactamente: una política concreta, específica, pero de contenido y perspectiva religiosos.

(Una digresión final: siempre pensé que todo lo que ha vivido el hombre hasta ahora, ha sido si se quiere preparatorio, germinal, larvario. Ha sido como la niñez de la especie, si no una pre-especie. Porque la humanidad recién se erigirá como tal el día que haya aprendido a concebirse y a funcionar como un uno, y a movilizarse tras un objetivo trascendente, religioso, que la haga actuar en una dirección ascensional como tal uno. Ese será el comienzo de la Historia verdadera de la especie. Hasta ahora sólo hemos tenido, más bien, una ante-Historia de la humanidad).

Basarse en la cosmovisión/Eis que aquí voy exponiendo, exige un replanteo profundo de la noción de sexualidad, porque ésta aparecerá ahora bajo una luz completamente distinta a la que estamos acostumbrados a ver.

Pero hay un primer paso indispensable, antes de explicar este cambio de fondo: tenemos que empezar por "sanear" el tema, limpiándolo de toda idea preconcebida y de manejos intelectuales anteriores, tal como si lo descubriéramos en este momento, como si nunca antes hubiera intentado nadie asomarse a una concepción de lo que el sexo es.

Y esta medida de "higiene" mental me parece indispensable porque nosotros recibimos "ya hecha" la noción de sexualidad humana, elaborada por el medio social y cultural al que pertenecemos. Nos adscribimos a tal o cual creencia, dogma o concepción sobre sexualidad, pero no somos nosotros quienes la elaboramos, sino que ella se nos da servida, sin dejarnos mucho margen -o ninguno- para considerarla por nuestra cuenta con ojos desprejuiciados; y es mirando así cuando suelen aparecer unas cuantas sorpresas.

No es nada fácil, ciertamente. Se trata de volvernos una vez más niños o tontos, como otras veces hicimos, y entonces empezar a mirar "con ojos de primera vez" cómo se nos presenta la sexualidad y qué "rostro" valorativo podemos verle a partir de esa inocencia.

* * *

Empezamos comprobando, muy tautológicamente, que el ser humano posee una fuerza descomunal, incoercible, que lo empuja a un comportamiento bastante extraño y nada fácil de explicar: necesita buscar a otro cuerpo con el cual juntarse en actitud amorosa, y entonces, mediante caricias recíprocas de intensidad creciente, alcanzar un estado compartido en el que parecen desaparecer las fronteras individuales, hasta culminar en una deslumbrante explosión de vitalidad de ambos protagonistas.

De esta caracterización por demás sumaria, surgen distintos aspectos que requieren desarrollo separado. Los iremos viendo a través de los términos "buscar", "otro cuerpo", "juntarse", "actitud amorosa", "estado compartido", "desaparición de las fronteras individuales" y "explosión de vitalidad".

* * *

"Otro cuerpo". Sin seguir el orden, conviene empezar por este término, de por sí harto discutible. En efecto, es dudoso que se pueda hablar estrictamente de "cuerpo", como aquí haré ex profeso, porque es bien sabido que el cuerpo, como realidad aislada, no existe, y que en todos los casos la atracción por otro ser humano para esta clase de experiencias, va acompañada de un sinnúmero de componentes de orden psíquico y con frecuencia hasta espiritual, que a veces incluso son los predominantes o decisivos en la elección del "otro".

Sin embargo, en último grado son los cuerpos los que se juntan de hecho en la sexualidad, ellos los que operan aunadamente, y en el territorio del cuerpo -a través de los acariciamientos, la junción genital, etc.- es

donde la unión de dos personas se hará o no efectiva. No sé si esto justifica el uso dominante del término "cuerpo", pero al menos me resulta más gráfico y expresivo para ahondar en el entendimiento de este fenómeno al que trato de asomarme con la mayor "inocencia intelectual" posible.

¿La unión será siempre de un cuerpo con otro cuerpo? Es lo habitual, lo normal (¿qué es lo normal?); a pesar de que se va volviendo cada vez más frecuente la unión de tres o más cuerpos, hasta llegar a la experiencia grupal. ¿Se trata de tendencias espontáneas, "naturales", u obedecen más bien al impulso transgresor que suele manifestarse en condiciones excesivamente represoras o limitativas?

"Buscar". No cualquier cuerpo le sirve a cada ser humano para la unión indicada. Se trata sin duda de un acto altamente selectivo. Habría que decir que cada persona tiene un abanico de "cuerpos posibles" ante los cuales son, o pueden eventualmente ser, sensibles. Algunas personas pueden ser sensibles a más, otras a menos. Y no es fácil establecer que cada cual tenga "tipos" o categorías fijas de objetos elegibles para la unión corporal. Por el contrario, los modelos capaces de movilizar a una misma persona suelen ser enormemente diferentes entre sí.

Por eso cada persona tiende espontáneamente a buscar los cuerpos que puedan permitirle vivir provechosamente la experiencia de la junción; aunque debe indicarse que, en la práctica, esa "búsqueda" tiene muy poco de espontánea, pues suele estar mediatizada por toda una trama de origen cultural, a veces complejísima y tremendamente poderosa, compuesta por costumbres, valores, usos, convenciones, prejuicios, frenos, etc.

Y esta pantalla mediatizadora puede llegar a ahogar la atracción original, o a frustrarla parcialmente, o a hacerla irreconocible hasta para la misma persona que la experimenta. Así, para que determinada unión pueda hacerse efectiva, no alcanza con el solo impulso espontáneo, sino que además éste deberá ceñirse a toda una serie de requisitos y acatamientos impuestos por las creencias morales o religiosas, los convencionalismos y prejuicios vigentes, etc.

En un plano ideal, la búsqueda debería ser absolutamente libre, sin mediatizaciones ni ataduras de otra índole que el puro impulso en sí. Pero debe observarse, en todo caso, que aunque rigiese esta libertad absoluta, la búsqueda no dejaría de operar por eso, ya que no siempre las personas van a coincidir en la atracción recíproca; de modo que siempre se trata de buscar una contraparte que se avenga a establecer con igual espontaneidad el vínculo entre ambos.

El tema de la búsqueda y el de la coincidencia nos plantea uno de los mayores enigmas de la experiencia sexual: ¿por qué un ser selecciona, entre los "cuerpos" que tiene cerca o que se le cruzan ocasionalmente, a unos sí y a otros no? ¿qué fuerzas o factores operan exactamente? ¿Son de naturaleza física o psíquica, o ambas (pero en qué proporción presiona cada una)? Imposible contestarlo.

El abanico selectivo que moviliza a cada cual puede ser más amplio o menos amplio. En un extremo mínimo, puede quedar reducido a muy escasas

sensibilizaciones, aun a lo largo de una vida entera; en el extremo opuesto, puede ser copioso (en este tipo de evaluación, siempre se cuenta con la dificultad de no poder establecer con precisión en qué medida presionan los factores y condicionamientos culturales en la sensibilización del compañero posible, tanto a favor como en contra).

Todo indica que si fuéramos capaces de quedarnos con la espontaneidad actuando en estado puro, los impulsos de unión no reconocerían límites de ninguna naturaleza: ni de sexo, ni de parentesco, ni de edad, y mucho menos de raza, condición social, económica, ideológica, etc.

Cabe preguntarse qué ocurriría en una sociedad donde no rigiesen ninguno de estos frenos y la libertad de búsqueda y elección fuese efectivamente absoluta. De hecho, aunque nunca se haya dado hasta ahora, no parece nada imposible. ¿Pero sería preferible? ¿supondría implantar el reino de una libertad casi paradisíaca? ¿o equivaldría a instaurar el caos y la barbarie en una sociedad? No lo sabemos, y ni siquiera tenemos elementos para juzgarlo de antemano.

"Juntarse". Este término alude al hecho, no menos misterioso, de que los cuerpos que se han "seleccionado" uno al otro (o unos a otros), experimentan la necesidad compulsiva de aproximarse efectivamente y producir todo un proceso de contactos, de uniones físicas, de estrechamientos, que parecen ser la finalidad suprema de tal encuentro. Es característico de este impulso de junción la necesidad de alcanzar, primero, un estado lo más natural posible, que supone el despojamiento de todo aditamento artificial (vestimenta, adornos, etc.), hasta llegar a la desnudez total o casi total. El proceso que sigue entonces es de tocamientos progresivos con manos y labios, roces de partes especiales del cuerpo dotadas de mayor sensibilidad, proceso que en la mayoría de los casos culmina con la intervención de los órganos genitales y su interpenetración.

Se diría que el impulso que guía a los protagonistas del acto es, por encima de variabilidades infinitas de su mecánica concreta, el de estrechar y fundir los dos cuerpos en una muy deseada y necesitada conjunción total.

"Actitud amorosa". La junción completa de los cuerpos no es, ciertamente, un frío proceso mecánico de rozamientos neutros. Por el contrario, está animado por una muy marcada "intencionalidad erótica". Quiero decir: por mínima que sea la atracción corporal entre las partes, aparece siempre - cuando es espontánea y genuina- un motor afectivo que comanda la totalidad del proceso. No hay mecanicidad ni prescindencia.

Este motor afectivo puede ser de calidades muy variadas, e ir desde el amor más completo hasta una epidérmica atracción de momento; pero aún en este caso, el componente erótico se halla presente y se vuelve la razón de ser de la junción corporal.

¿Cómo explicar esa motivación afectiva que obra como el desencadenante de todo el proceso de junción? ¿Por qué se necesitan en determinado momento

los dos cuerpos y se buscan compulsivamente, a veces teniendo que saltar con enorme riesgo por encima de barreras poderosísimas? ¿Qué género de necesidad profunda reclama ser atendida? Sigue la imposibilidad de explicar.

"Estado compartido". Esta expresión se refiere al hecho de que el impulso de junción de los dos cuerpos debe ser sentido y procesado conjuntamente por ambos para que la acción quede cumplida y satisfecha en su totalidad. Si no se comparte, al menos en una buena medida, la unión de los cuerpos fracasa y se frustra.

Puede ocurrir que aun consumada la unión mecánica, falte el estado compartido que es indispensable. Dos ejemplos corrientes. Uno es el de la violación, en que una parte le impone el acto de unión a la otra, haciendo caso omiso de su parecer y contrariándolo.

El otro caso es la simulación, que por razones obvias será de la parte femenina: ésta consiente en acompañar el acto, hace creer a su compañero que está compartiendo lo que él siente, pero en realidad permanece fuera del proceso y su culminación.

Estos dos ejemplos sirven para demostrar claramente la necesidad u obligatoriedad de la doble participación espontánea en la junción de los cuerpos para que ella se cumpla cabalmente. Es condición sine qua non, no un hecho fortuito o prescindible.

Rasgos y enigmas del estado final. Otro profundo misterio es la verdadera naturaleza del estallido descontrolado con que los cuerpos alcanzan la culminación de su unión. La realidad exterior parece borrarse, las reacciones físicas y psíquicas escapan al comando consciente, las fronteras individuales quedan como diluidas, se pierde la noción de tiempo y espacialidad, etc. Es un estallido tremendamente dinámico y exasperado, entre angustioso y dolorosamente placentero, que dura unos minutos y es seguido por un sentimiento paradisiaco de calma y plenitud completas.

* * *

A decir verdad, no es habitual que tomemos conciencia clara de todos los misterios que encierra la sexualidad, sus rasgos y manifestaciones. Y es que las nociones que tienen que ver con el sexo ya se nos dan formadas y hechas, y tomamos el sexo como algo consabido y obvio, nos lanzamos a practicarlo cuando nos llega el momento, pero nada nos induce a interrogarnos sobre cómo debe ser entendido.

Sin embargo, pasemos revista a los misterios que he dejado anotados, porque nos sera útil verlos todos juntos:

- * la unión sexual ¿será de un solo cuerpo con otro cuerpo, o puede ser de varios? ¿es ésta una opción natural o cultural?
- * ¿tenemos un solo modelo de cuerpo que busquemos, o pueden ser varios? ¿parecidos o muy distintos entre sí?

- * ¿por qué se seleccionan unos cuerpos sí y otros no? ¿qué fuerzas o factores deciden, y en qué grado cada uno?
- * ¿cómo explicar que los cuerpos seleccionados necesiten juntarse, tocarse, estrecharse, interpenetrarse?
- * ¿por qué este proceso exige desnudez o tiende a la desnudez? ¿qué significa esa necesidad de despojamiento?
- * ¿por qué tiene que haber un motor afectivo subyaciendo la tendencia a juntarse los dos cuerpos? ¿qué necesidad profunda reclama ser atendida de ese modo?
- * ¿por qué se requiere un estado compartido? ¿qué significado profundo encierra esa coincidencia necesaria?
- * ¿cuál es la naturaleza exacta del estallido final, corporal y psíquico, que se produce entre ambos protagonistas cuando la fusión se hace exitosa?

Como se ve, el sexo se aparece ahora como un territorio sembrado de enigmas. Nunca lo había visto así, con todas preguntas sin respuesta segura, que acaso no puedan contestarse jamás. (Y falta agregar todavía el que es, quizás, el misterio más intrigante de todos: ¿cómo podemos entender que los órganos de la sexualidad se hallen tan avvicinados con los órganos excretorios, o coincidan incluso? ¿Nos indica ello que tenemos trágicamente subvalorado lo excrementicio (como se sugiere en un capítulo anterior), el cual merecería un estatus apreciativo mucho más alto, quién sabe si no equivalente al del erotismo? ¿o al revés: nos señala una descomunal sobrevaloración del erotismo, mostrándonos que es capaz de sublimar y rescatar lo más bajo que tenemos?... Otra pregunta que no conoce -ni conocerá nunca, quizás- esclarecimiento.

Volvamos a la descripción más que inocente que expuse en el comienzo de este capítulo. Tal vez lo que más importe sea preguntarse qué sentido podría tener tan extraño comportamiento; cómo explicar que dos seres se busquen y emprendan juntos una acción de características tan singulares: ¿qué es eso de que se desnuden, se toquen, se acaricien, se junten genitalmente hasta desembocar en una culminación explosiva y trastornante, pero que se siente (y en esto no hay excepciones) como la máxima experiencia placentera que nos es dado conocer?

De otro modo: ¿qué es exactamente lo que se busca con esa convergencia y ligazón carnal? ¿"para qué sirve"? ¿qué papel desempeña el sexo en el funcionamiento del vivir personal? Por cierto que ninguna de las respuestas más usuales puede resultar satisfactoria.

Por un lado, se ha querido vincular al sexo exclusivamente con la reproducción: el sentido de la sexualidad sería el de servir de mecanismo para la procreación y la conservación de la especie. Una respuesta acertada, como es obvio, pero que está muy lejos de agotar todas las dimensiones de la experiencia sexual y no da cuenta de su aspecto más intenso y poderoso, el placer compartido, vivido con total independencia de cualquier finalidad biológica.

Sin embargo, tampoco la búsqueda de placer me parece explicación suficiente: eso de que dos seres junten sus cuerpos buscando el disfrute compartido, y todo se reduzca a aprovechar los dos juntos ese "don" gratuito que les regaló graciosamente la naturaleza...

Si bien no hay forma de descalificar esta posibilidad con pruebas y argumentos definitivos, esa presunta explicación tampoco me convence. Me cuesta admitir que el placer, por intenso que sea, pueda constituirse en el móvil y la razón de ser del acto de unión humana. Más me parece una consecuencia -sin duda dichosísima- de la fusión carnal, o un subproducto si se quiere, pero no su móvil central y exclusivo.

Podría agregarse un tercer intento de explicar "la utilidad" de lo sexual: serviría para mantener en un necesario equilibrio el funcionamiento psíquico y biológico del ser humano... ¿Quién va a negar que este equilibrio requiere un adecuado funcionamiento de la sexualidad? Pero de ahí a que sea ésta su función primordial y última... Me parece muy pobre y parva explicación.

¿Cuál sería, entonces, el móvil real de la junción de los cuerpos? ¿Qué estaría buscando el ser humano al consumirla? ¿Por qué se le vuelve tan apremiante, tan compulsiva? ¿"Gana algo" la especie con estos juegos eróticos? Y el individuo ¿qué "gana"?

* * *

Como ya lo establecí en "Eis, un experimento, etc.", sólo obtuve una interpretación aceptable cuando hice ingresar al amor humano en el entendimiento/Eis de la existencia. Me pareció transparente que el erotismo, en toda la amplitud de su espectro (que va desde el amor más rico y completo hasta la más epidérmica atracción física de momento), sólo puede entenderse cuando lo vemos al servicio de nuestra búsqueda y construcción de la Supravida, y de la indispensable edificación de una fusión creciente con Eis.

Y señalé también cuáles son las dos "utilidades" que presta el amor humano a nuestra situación religiosa: oficia como una metáfora perfecta de nuestra relación amorosa con Eis, y, sobre todo, nos permite acopiar fusionalidad religiosa con ésta.

Y agregaba: "El amor humano nos transporta hacia un entañamiento en profundidad con Eis cada vez que lo practicamos, nos hace conquistar nuevos territorios de unión, sumar mismificaciones con ella. De tal modo, el erotismo y el sexo deben ser vistos como una formidable herramienta fusional de que estamos dotados, un poderosísimo instrumento religioso que nos ayuda a elevarnos hacia nuestro destino trascendente".

En verdad, el amor humano no sería más que un caso particular de esa sintaxis amorosa en que ha de consistir nuestro comercio vivencial con la realidad para entañarnos con Eis; pero ese caso particular será el más alto de todos: jamás el vínculo con las cosas del mundo podría compararse en riqueza, intensidad, radicalidad, con el que nos permite entablar otro ser humano que nos erotiza.

De otro modo aún: en ninguna otra realidad del mundo sentiremos a Eis tan presente, tan "patente", como en ese ser al que nos unimos. Pues si todos los objetos de este mundo son, si sabemos amarlos, portales eficaces hacia Eis, la "puerta grande" nos la abre de par en par el erotismo humano.

En suma: pienso que sólo si sacralizamos el erotismo humano podemos atrapar su verdadera funcionalidad. El requisito es extraerlo de la profanidad en que hoy lo tenemos y emplazarlo en el plano de la "utilidad" religiosa.

Cabe agregar ahora que de estas junciones religiosas, surgen lo que podrían llamarse tres "subproductos" fundamentales para el hombre, ya enumerados: 1) la reproducción, la perpetuación de la especie, que a veces surge de estos actos; 2) la obtención de un placer extremado, el más intenso imaginable; 3) el equilibrio psíquico y biológico del ser. "Subproductos" muy necesarios y bienvenidos, por cierto, pero que no pueden ser vistos como la razón última de la unión, que debe ser únicamente religiosa.

* * *

No bien una persona nos erotiza genuinamente (sea cual sea el grado de intensidad de esa erotización) ella se transforma en una Eis-para-la-fusión-religiosa. ¿Nos puede erotizar más de una persona al mismo tiempo? Por cierto que sí (salvo que una sola se vuelva absorbente o exclusiva: y en esto debe reinar la espontaneidad y la libertad más absolutas).

Esta posible coexistencia de varias erotizaciones a la vez, tendrá que ser tomada algún día con absoluta naturalidad, sin que provoque en la contraparte trauma o molestia alguna. El sentido de posesión exclusivista tiene que caducar, pues el erotismo -y esto conviene repetirlo- es por naturaleza diversificador y diversificable.

Lo que sí exige cada erotización -y no importa cuántas sean- es la inmediata transformación de la persona erotizadora en una Eis-particular-para-la-fusión-religiosa. Si nos situamos en este plano trascendente, es perfectamente aceptable y comprensible que busquemos multiplicar nuestros vínculos con diferentes objetos (salvo en el caso, ya indicado, de que un único objeto excluyente se constituya en nuestra preferencia libre y espontáneamente deseada).

¿Es indispensable que la erotización culmine siempre en unión sexual para que la fusión con Eis prospere? No, de ningún modo. Lo que importa es el impulso de erotización religiosa, plasme o no en unión sexual. Lo que hace el sexo, en todo caso, es agregar un "idioma" más para el diálogo fusional.

Hasta puede ocurrir que una relación con sexo sea mucho menos fusional con Eis que una relación sin sexo; y eso prueba que no es el sexo el factor definitorio de la eficacia fusional, sino la erotización religiosa, si logra hacerse muy honda.

* * *

En suma, el hombre que tenga como finalidad de vida crear uniones con Eis para alcanzar cada vez más fusión religiosa, encontrará en el amor humano el recurso quizás más idóneo para representar y generar las fusiones necesarias con Eis.

Por eso, mientras no aparezcan impedimentos que escapen a su voluntad o sus capacidades, todo ser humano debe ser un ardiente "buscador de junciones eróticas"; porque cuantas más efectúe y más espontáneas y mayores sean sus calidades, más avanzará en su altísima meta religiosa que lo manda mismificarse lo más posible con Eis.

* * *

Yo no creo que sea conveniente seguir hablando tan descarnadamente de "sexo", como hoy se hace, y en cambio se debe pensar mucho más en términos de "erotismo". Lo que pasa es que vivimos en una civilización que tiene desmesurada la noción de sexo, porque es allí donde se viene produciendo una remoción espectacular de las bases que imperaron en el sexo durante siglos. Hoy estamos en pleno "temporal de sexo" porque lo estamos redescubriendo o reinstalando en otra situación valorativa, y entonces, como es natural, esta súbita revisión y liberación ha desmesurado a ojos vistas la importancia que al sexo debe dársele.

Pero cuando pase ese "temporal", el sexo volverá a su cauce natural y será visto como debe ser: como un componente más -sin duda importante- del erotismo, pero entendiendo que es éste -el erotismo- el que debe contar en una visión "religiosa" del ser humano.

Y ello porque es el erotismo -no meramente el sexo- el que genera en nosotros fusiones con Eis, a través de las dos modalidades antes señaladas: por un lado reproduce como ninguna otra vivencia el modelo de nuestra fusión con Eis; y por el otro nos proporciona caudales efectivos de fusión con ella.

* * *

Podemos pensar entonces que en un futuro mucho más inteligente que el estrecho presente actual, cada persona procurará construir, sin trabas ni complejos, el mayor número y variedad de uniones eróticas como forma de multiplicar y enriquecer al máximo su vida religiosa. Nada sobrevivirá de la actual noción de permanencia obligatoria, así como toda idea de exclusivismo (con sus bárbaros derivados de afán de posesión, ideas de traición, de celos, etc.), lo cual contradice tan a fondo la índole del erotismo, que es por esencia libertad, variación, multiplicación, cambio, aventura.

La condición es, claro está, no hacerse trampas al solitario: no hablo del mero donjuanismo (o doñajuanismo) que se agota en sí mismo sin ninguna proyección trascendente. Hablo de sentir genuinamente al erotismo como una experiencia religiosa insustituible, como un instrumento muy puro y auténtico de fusión trascendente con Eis. Si no se logra la proyección trascendente, religiosa, del erotismo, impera la trivialidad y todo se reduce a una experiencia placentera que, por

intensa que pueda llegar a ser, no pasa más allá de esa limitada frontera.

* * *

De la concepción de una sexualidad inspirada y centrada en Eis, surge una visión nueva de la sexualidad individual, tanto masculina como femenina. Para empezar, y aunque no me siento en condiciones de demostrarlo, tiendo a pensar que la sexualidad actual, femenina y masculina, responde de alguna manera a una matriz edipiana.

Quiero decir esto: en las culturas actuales, el hombre ve en la mujer, de un modo sin duda inconsciente, a la madre que amó y que le fue arrebatada por la figura paterna. De aquí se derivan varias cosas que hoy rigen por lo común la relación erótica hombre-mujer: el sentido masculino de la posesión de la amada; la pretendida exclusividad de sus derechos; el sentimiento del riesgo de una presencia "usurpadora" que aspira a adueñarse de su posesión; el oscuro temor a que la amada se sienta perteneciendo a un poder más fuerte, y dispuesta a someterse gustosamente a él; la secreta certidumbre de que al final será derrotado por el Rival más poderoso, a la vez que traicionado por la amada inconstante e infiel, etc.

Algo equivalente -con las trasposiciones que corresponda- le ocurre a la mujer con respecto al amante-padre, igualmente inseguro y en definitiva ajeno, puesto que "pertenece" a la esposa, quien impone su voluntad y dominio sobre los "derechos" de la amante-hija, etc.

De este esquema imperante hoy, impregnado de edipismo (por cierto inconsciente), se desprenden varios rasgos fundamentales del modo de sentir el sexo el hombre y la mujer: espíritu de posesión exclusivista, predominio de la idea de competencia, trabajo destructor de los celos, sentimiento de batalla perdida, etc.

* * *

Pero si venimos ahora a la concepción basada en Eis, esta matriz edípica debería ser sustituida por una nueva visión del sentido de la sexualidad y de la consiguiente relación hombre-mujer en el plano erótico.

Por lo pronto, y como vimos, ahora se trata de entender a la sexualidad como una operativa fundamentalmente religiosa, como el modo quizás más poderoso de establecer contacto trascendente con Eis. Esto, por cierto, lo cambia todo, tanto para el varón como para la mujer, cuyos papeles, comportamientos y valoraciones van a modificarse por entero hasta hacerse irreconocibles con respecto a lo que hoy acontece.

Por lo pronto, y dado que está en juego ahora nada menos que el destino trascendente de cada individuo -masculino o femenino-, la realización erótica de cada individuo pasa a convertirse en una meta de la más eminente importancia en el plano de las realizaciones personales. Diría: cada ser humano tiene la "obligación religiosa" de atender de manera fundamental a su máximo desarrollo erótico. O también: el mayor "pecado" concebible, la amputación personal que menos puede admitirse en un vivir

rectamente entendido, es la de no desarrollar a pleno todas sus posibilidades eróticas.

De aquí sale un corolario inexcusable: nadie tiene derecho a coartar el desarrollo erótico de un prójimo y, al contrario, debe ayudarlo a desplegarse eróticamente todo lo que pueda; y la sociedad toda debe admitir esta exigencia individual y cooperar para que ella se cumpla a cabalidad.

* * *

Pero como en el sistema actual la fórmula consagrada y admitida es la de componer una pareja concebida con carácter de permanencia, nos sale al cruce una pregunta delicada: ¿puede un solo ser humano colmar en totalidad las necesidades y reclamos eróticos de otra persona?

La observación más desapasionada parece indicar que eso no es posible (es cierto que hoy se encuentran casos así, pero habría que ver en qué medida no hay allí, operando, restricciones a la espontaneidad del que se siente colmado, impuestas por pautas culturales aceptadas a conciencia, o incorporadas a los mecanismos inconscientes de la persona en cuestión).

Lo que hay que pensar, más bien, es que toda persona, si actúa con genuina espontaneidad, liberada por completo de imposiciones culturales, lo que necesita es sumar experiencias eróticas, acumular lo más posible contactos religiosos con Eis a través del instrumento erótico, o aún sexual. ¿Con una misma persona siempre, por los años de los años? Repito: parece más que difícil.

En efecto, sexo supone variedad, lo queramos o no. Los seres humanos son natural y espontáneamente múltiples en materia sexual, y necesitan imperativamente la variedad y el cambio. El único freno real a esta tendencia es de origen cultural: prohibiciones morales, tabúes, represiones, convencionalismos.

* * *

Pero ahora debemos examinar este tema con los ojos de la religiosidad basada en Eis. En este caso, dicha tendencia natural a la variedad y el cambio de objeto sexual, coincide perfectamente con la exigencia "religiosa": necesitamos ampliar y enriquecer nuestras fusiones con Eis a través del instrumento mismificador acaso más fuerte de todos los que poseemos, que es el del erotismo humano. ¿Cómo? ¿Aplicándolo siempre a un único y mismo sujeto erótico? No se diría posible: ningún ser humano está dotado para colmar eróticamente a otro. Nadie posee la riqueza erótica suficiente como para colmar íntegra y exhaustivamente el patrimonio erótico de otro ser.

Y esto nos tiene que quedar muy claro, y por eso lo repito y lo subrayo: ningún ser humano parece estar dotado para colmar eróticamente a otro en todos sus matices y reclamos. Y esto es así aunque se rebele el clásico y presuntuoso orgullo egolátrico que nos guía, sobre todo a los varones.

Y cabe insistir en algo que a la mentalidad actual le cuesta aceptar: toda relación sexual (o erótica) es distinta a todas las demás y cada una aporta matices propios y específicos a la experiencia de la persona que la vive. Quiero decir: cada amador nuevo le agrega al ser con el que se une, vivencias que éste no tenía; o para decirlo en términos religiosos: le permite maneras inéditas de fusionarse con Eis, enriquece con un nuevo matiz su experiencia de mismificación con ésta.

Por lo tanto, cuando la variedad y el cambio obedecen a un genuino y sincero impulso religioso, ellos son fundamentales para el ascenso del sujeto hacia Eis. Nadie tiene derecho a coartarle a nadie su necesidad de fusionalidad religiosa, y, por el contrario, debe ayudar a que pueda llevarla a término de la manera más rica y completa.

Por eso, en una concepción de este tipo cambian varias cosas fundamentales con respecto a las leyes y prácticas hoy imperantes: 1) caduca el modelo de relación basado en la permanencia y la exclusividad, rasgos que dejan de tener razón de ser a la luz de Eis; 2) por lo tanto, caduca también el sentido de posesión de una persona por otra; 3) consiguientemente, desaparecen el espíritu de rivalidad, competencia, lucha celosa, etc.; 4) debe eliminarse por último la sanción social - expresa o solapada- a quienes practican la variedad y el cambio, especialmente si son mujeres.

¿Podrá haber parejas estables en estas condiciones? Ya lo decía en otra parte: sí, cuando se basen en intereses comunes, proyectos de vida coincidentes, etc.; pero entonces sin ninguna exigencia de exclusividad sexual o erótica, y admitiendo con perfecta naturalidad la libertad de cada uno en ese campo, lo cual de ningún modo irá en menoscabo del otro.

* * *

Quedaría por delinear el perfil del nuevo ser humano (en particular de la nueva mujer) que surgiría de este entendimiento del erotismo plural de base religiosa. Al desaparecer el mito de resonancia edípica de la amada-madre (así como el del amado-padre), que subyace hoy en las profundidades de toda relación hombre-mujer, ninguna persona estará obligada a guardar ni fidelidad ni exclusivismo en el plano erótico, porque nadie "pertenece" a nadie como si fuera una mercancía.

Por el contrario, cada ser humano elegirá con absoluta libertad a quien (o quienes) puedan ayudarlo a mismificarse cada vez más con Eis a través del erotismo libremente ejercido. Cada ser humano (mujer o varón) será visto y considerado como lo que es: una plasmación particular de Eis, lanzado en busca de la Eis absoluta y definitiva que se alcanza en la Supravida a través de sucesivas mismificaciones, en especial las logradas mediante el instrumento del erotismo humano.

Cada ser humano se verá a sí mismo y será visto y valorado por los demás, como un individuo en la libre búsqueda de su superior destino religioso, y respetado como tal en los caminos que elija de manera espontánea y sincera, sin que nadie tenga el menor derecho a restringir o retacear su

libertad de acción en este campo. La única condición es que ese buscar a Eis mediante el erotismo humano obedezca a un impulso religioso genuino.

Por último, las instituciones y legislaciones que los hombres pudieran darse a la luz de estas consideraciones religiosas, deberían reflejar en un todo estos requerimientos de libertad, variedad y espontaneidad eróticas, indispensables para completar el más rico desarrollo personal del erotismo humano, siempre que -insisto- se esté apuntando de veras (sin trampas, ni siquiera interiores) en dirección a Eis.

* * *

Se advierte con claridad que el erotismo humano del que aquí se ha venido hablando, muy poco o nada tiene que ver con el que hoy se conoce y se practica. Es un erotismo a inventarse entero, y me parece bastante dudoso que esa invención pueda ser obra del hombre de hoy, que padece, como bien sabemos, una patética malformación en sus concepciones del erotismo, fruto de las monstruosas maneras de entender y "reglamentar" las relaciones hombre/mujer que nos fueron legadas e impuestas por la tradición moral de Occidente.

Hoy está ocurriendo, sin duda, una verdadera "revolución sexual", de cuya necesidad nadie duda, pero que en los hechos suele reducirse a un torneo de transgresiones a los cánones vigentes; como si una revolución genuina pudiera consistir tan sólo en violentar el orden conocido.

Pero quien no es capaz de ir más allá de la transgresión de ciertas normas -por más que aguce el ingenio para idear las más rebuscadas fantasías transgresoras-, lo que hace en definitiva es tributarle un homenaje involuntario a ese mismo orden que dice desconocer.

Una revolución no puede reducirse a demostrarle al prójimo (pero sobre todo a nosotros mismos) cuán "liberados" estamos de las prohibiciones o censuras vigentes. La revolución consiste en sustituir un orden entero de coordenadas, normas y prácticas, por otro orden de signo diferente. La clave reside, pues, en el contenido, no en el juego transgresor de las formas. Saber qué queremos con el erotismo, qué papel desempeña en el funcionamiento de nuestro vivir, a qué lo vamos a destinar en nuestro interior.

Como ya lo dije, ese nuevo erotismo no podrá consistir en otra cosa que en un sentido religioso de la relación erótica, vista como una forma capital de consustanciarse con Eis.

Así visto, el acto erótico supone dos transmutaciones previas a su consumación. En la primera, "transformaremos" al compañero erótico en la encarnación de Eis: se volverá Eis misma, radicada en la figura del amante. En la segunda, la unión misma deberá transformarse en un acto de efectiva consustanciación Yo/Eis. (Hasta cabría imaginar un doble momento "ceremonial", previo a la efectivización de la unión erótica: el primero, sería de reconocimiento: "tú eres Eis"; el segundo, de consagración: "al unirnos nosotros, Eis y el Yo se harán uno").

En cualquier caso, el erotismo humano tendrá que ser instrumento privilegiado de nuestra construcción religiosa, vía libérrima y festival para elevarnos hacia la mismificación con Eís en su más plena significación trascendente.

TEMAS Y CUESTIONES PRENATALES

- 1 - DESDE LA EIS PRENATAL A LA CONSTRUCCION DE LA SUPRAVIDA.
- 2 - COMO HABRA SIDO LA VIVENCIA ORIGINAL.
- 3 - ¿EL NACIMIENTO ES UNA PERDIDA?
- 4 - UNA PLACENTA MENOR, UNA PLACENTA MAYOR.
- 5 - EL MITO DE NARCISO Y LOS "ERRORES" EDIPIANOS.
- 6 - LA VISION DE EIS Y EL MITO DE PAN.

DESDE LA EIS PRENATAL A LA CONSTRUCCION DE LA SUPRAVIDA

Toda biografía humana debiera comenzar en el periodo prenatal, y arrancar, en rigor, de una vivencia de globalidad y unicidad, que parece ser nuestra experiencia primera. Esa vivencia inaugural se extendería durante todo el período prenatal y abarcaría también un tramo breve luego del nacimiento, para luego transformarse a poco de nacer, a medida que el nuevo yo se va insertando en el mundo y es captado por el medio humano.

Por eso me importa sobremanera elaborar una hipótesis plausible de lo que pudo haber sido aquella globalidad-una primitiva, porque a mi entender el sentido del vivir humano bien puede ser reconstruirla según nuevos términos y a escala mucho mayor.

1.

Lo primero que quiero señalar es que ese "globo" inicial tiene una característica paradójica, ambivalente: es al mismo tiempo doble y uno, las dos cosas juntas, aunque esto no pueda entenderse bien. Es doble porque ya tiene delineado en su seno la presencia diferenciada del yo, o sea que la componen cuando menos dos realidades; pero es una entidad absolutamente "una", porque esa diferenciación no es obstáculo para que el "globo" originario constituya una unidad acabada y perfecta.

Por ahora habría que decir que hay, de un lado, un yo que empieza a delinearse, y del otro un "fuera del yo" que lo contiene y alimenta. Si podemos imaginar que un yo tan incipiente está en condiciones de percibir algo, lo que el yo prenatal percibirá, en todo caso, es un Todo/Uno, una unicidad globalizada. Podría decirse que para él, la globalidad uterina es sentida propiamente como Eis, una Eis a escala de esas primerísimas etapas. Y ello porque Eis es eso, en definitiva: un Todo/Uno, o lo que subjetivamente se siente como tal.

En efecto, el concepto de Eis es siempre subjetivo: depende de qué consideremos que es el "todo lo que hay". Y esta noción no es la misma en el periodo prenatal que en la posnatalidad. Para el yo prenatal - suponiendo que un yo tan elemental pueda formarse nociones, aunque más no fuera de manera difusa-, el "todo lo que hay" no podría ser otra cosa que el ámbito del que recibe noticia perceptiva directa.

Es imaginable que en ese momento no se sienten distancias ni pantallas entre un polo y otro. Ninguna mediatización. En la globalidad inicial, en el primerísimo momento, la mismificación de los dos es perfecta: hay un yo, hay una Eis, es cierto, pero el yo es Eis y Eis es el yo, sin distingo alguno entre ellos.

Podemos imaginar que el yo, a medida que transcurren los meses de su existencia placentaria, va adquiriendo una difusa conciencia diferencial: quizás empiece a sentirse a sí mismo como un núcleo levemente configurado y apenas separado; pero también se percibirá en interrelación constante con el involucramiento prenatal, visto éste como un "otro" que lo rodea. Ni noción, ciertamente, de que más allá de ese ámbito existe un universo exterior; y ni un vislumbre de la idea de lo materno, que todavía está lejísimo de aparecer.

Si lo queremos mostrar en crudos términos anatómicos, habría que decir que el "todo lo que hay" en la prenatalidad se reduce al ámbito uterino en el cual el yo va inmerso. Y en verdad el yo no puede tener percepción de otra cosa: se hace inimaginable que llegue a formarse idea de un cuerpo materno que lo contiene, y muchísimo menos del universo que rodea a ese cuerpo.

Para el yo en gestación, ese ámbito prenatal es, pues, el todo, y también el uno, es decir la Eis de ese momento. Poco importa que las dimensiones "reales" de esa Eis sean minúsculas: en rigor, alcanza sólo algunos centímetros. Y el yo igualmente: comienza siendo milimétrico, pasa luego a ser centimétrico, y así hasta al final del proceso prenatal.

Pero esta pequeñez "física" de la prenatalidad no es lo que importa a los efectos de discernir si hay Eis o no hay Eis. Lo que define a Eis es el sentimiento de totalidad/una con que el yo la vive, la siente, desde su subjetividad. Y es evidente que para el yo milimétrico/centimétrico de la prenatalidad, el "todo lo que hay" no es otro que el también centimétrico ámbito uterino.

Ahora bien; ¿qué rasgos definen a esa globalidad primera? ¿qué pasa en su interior? ¿en qué clima transcurre? ¿cómo se desarrolla la relación entre el yo y la externidad placentaria? Fundamental saberlo si es que, como pienso, el sentido del vivir humano será edificar un modelo equivalente para aplicar al vivir del hombre en su creación de la futura Supravida. Conviene ver varios aspectos.

1) El sentimiento de la globalidad y unicidad.

Por más que -como dije- en la existencia prenatal ya puedan discernirse dos polos (de un lado el yo, del otro un ámbito placentario rodeándolo), pienso que el rasgo más sobresaliente de esa globalidad primera, es su unicidad. Ambos polos se encuentran imbricados tan a fondo, tan conectados entre sí, tan dependientes uno del otro, que constituyen de hecho una sola realidad. Resultaría totalmente artificial considerarlos por separado, pues se hallan fundidos desde la raíz.

Es cierto que a medida que el nuevo ser se vaya desarrollando, la diferenciación aumentará. El cuerpo y el psiquismo del feto cobrarán autonomía en grado creciente; pero en ningún momento dejarán de funcionar en estrechísimo contacto con la totalidad de la matriz, de la cual seguirán dependiendo en todos los sentidos. Jamás, ni por un minuto, los

dos polos prenatales dejan de constituir una misma cosa, una unidad visceral.

¿En qué elementos concretos se funda esa unidad globalizada? En varios y de muy distinto orden; pero todos contribuyen a la completísima mismificación de ambos.

Se podría empezar por lo material. Los elementos constitutivos son, naturalmente, los mismos en los dos polos. En nada se diferencian. Hay una continuidad entre ellos, una trabazón ininterrumpida de los mismos "hilos" materiales que los componen por igual.

A ello se suma una potentísima globalización de carácter funcional: los dos polos no son sólo "la misma materia", sino que además actúan en profunda conexión, intercambiando acciones y reacciones, al punto de conformar entre ambos un "circuito" unificado, según un "diálogo operativo" que los liga en un solo haz.

En tercer término, tiene lugar entre el yo y el ámbito uterino una alimentación mutua que les permite avanzar y crecer. Uno y otro polos se necesitan recíprocamente, y la falla de uno de ellos acarrearía la destrucción completa del sistema. Están condicionados uno por el otro, se apuntalan, se nutren sin cesar.

2) La globalidad/una como sistema erótico completo.

Tal vez el rasgo más impresionante de ese "globo/uno" en que consiste la prenatalidad, resida en que constituye un sistema erótico perfecto. Lo que liga a los dos polos prenatales (el yo y la matriz que lo contiene y alimenta) es una potentísima corriente erótica que los baña a ambos momento a momento.

Es, por lo demás, lo propio y característico de Eis, lo que mejor la define: su inextinguible dinámica erótica. Y justamente, de lo que estamos hablando es de Eis (aunque sea -si así pudiera hablarse- de una Eis prenatal), que como tal repite dicha dinámica que le es característica.

Y este erotismo prenatal, como cualquier otro erotismo, plasma en una doble corriente circulando entre los dos polos: la corriente donadora, la corriente receptora. ¿Qué se donan el yo incipiente y el ámbito placentario y qué reciben uno del otro?

Como es muy obvio, la matriz constituye el medio nutricio y protector indispensable para el yo prenatal. Gracias a él, el nuevo ser se alimenta y respira; por lo tanto crece y se desarrolla. O sea: gana ser, supremo beneficio. Y donarle a algo el mayor bien, es la forma más elevada del erotismo. No es nada exagerado decir, entonces, que el ámbito uterino "ama" al yo.

Pero el yo, por su parte, ¿qué le dona a ese ámbito a cambio del "amor" que recibe de él? Justamente, le "regala" lo que éste más necesita y "desea" (pues para eso "fue hecho"): el desarrollo y crecimiento del nuevo yo que la matriz lleva inserto y que de algún modo es la obra de

ésta, su razón de ser. Siendo así, ¿qué mayor bien podría recibir que ese cumplirse a pleno en aquello para lo cual "se la destinó"? Así, puede decirse que el yo le dona el desarrollo que va alcanzando, su crecimiento, y que tal es el modo que tiene de retribuirle el erotismo que de ella está recibiendo.

Vale decir, en suma, que la Eis prenatal constituye un sistema completo de "amor" cumpliéndose a plenitud, mediante el inacabable intercambio erótico entre sus dos polos. Es imposible entender a cabalidad la existencia prenatal, si no la vemos antes que nada como eso: como una poderosísima marejada erótica derramándose y anegando al yo y al ámbito uterino a la vez, juntados ambos en un abrazo fusionador.

Gracias a ese doble impulso erótico, los dos polos se iluminan y crecen, avanzan gozosamente hacia su más ser. Y así queda configurada la globalidad prenatal, el "circuito cerrado" de un "amor" mutuo que no cesa de acrecentarse. Sin ese juego de erotismo interno, jamás se podrá captar el signo clave de la existencia placentaria.

Acotación útil: no creo que este signo último sea -como podría fácilmente pensarse- un crecer prenatal apuntando hacia el nacimiento. A mi ver, el "amor" prenatal no tiene "planes de futuro" ni mira hacia adelante. Me parece mucho más un fin en sí mismo, un acto si se quiere "autocomplaciente": el yo y la matriz que lo contiene quieren vivir a fondo ese amor mutuo, sin "planificar" de antemano ningún resultado. Como si lo único que "les importara" fuera consumir ese erotismo que los liga, y disfrutarlo a plenitud. El crecer y el nacimiento serían más bien consecuencias del erotismo prenatal, no sus metas expresamente buscadas.

2.

Ahora se trata de ver qué transformaciones se producen una vez que tiene lugar el nacimiento del yo.

Lo primero a indicar es que, como parece obvio, cuando se pasa a la posnatalidad, los dos polos prenatales se han modificado grandemente. El ámbito placentario se convierte en el cosmos exterior, mientras que el yo prenatal se ha vuelto una entidad inserta en ese mundo externo.

Una vez que el yo nace, la escala de las dimensiones en que él va a desenvolverse cambiará fundamentalmente. El yo centimétrico del inicio se hará poco a poco métrico (aunque sin llegar demasiado lejos en esta "metralidad": ningún ser humano crece más de dos metros, y sólo en mínimos casos).

En cambio, la dimensión que se extenderá extraordinariamente es la del ámbito externo al yo: de los pocos centímetros que tenía en la prenatalidad, pasa a ampliar su escala en un proceso paulatino que irá de metros a kilómetros, y -como ocurre a partir de este siglo- puede saltar hasta los años-luz que hoy la ciencia humana maneja.

Así, la Eis de la posnatalidad alcanza dimensiones cuantiosas, que la aleja dramáticamente de la módica escala humana. (Conviene subrayar que

esto dependerá de los conocimientos que cada civilización alcance: hoy subsisten culturas en el planeta que se sienten viviendo en un mundo externo medido a lo sumo por kilómetros, y no muchos).

En suma, podríamos decir un poco cómicamente que, para el hombre actual que esté al día con los conocimientos que la ciencia nos aporta, la experiencia que empieza a vivir cuando nace, lo hace saltar de una Eis ínfima a una Eis de dimensiones cuantiosas... (Con la aclaración indispensable de que me estoy refiriendo exclusivamente a la externidad material, que para mí es Eis misma; pero dejo deliberadamente fuera lo que pueda haber en Eis de no material, la que esté más allá de las capacidades perceptivas "naturales" del ser humano).

De todos modos, varias semejanzas saltan a la vista entre la pre y la posnatalidad. La mismidad material que se veía entre los dos polos prenatales, se continúa hasta cierto punto en los primeros tiempos de la posnatalidad. También la estrecha correlación funcional: los dos siguen ligados en una intervinculación imprescindible para la subsistencia y acrecentamiento de ambos.

Sin embargo, aparece una diferencia clave entre la pre y la primera posnatalidad: en esta última, el yo y el no-yo aparecen por primera vez diferenciados en importante medida, hay un cierto grado de escisión entre ellos.

Podría decir -para no cargar indebidamente las tintas- que entre el yo y Eis ha nacido una "inflexión separatoria", que en la prenatalidad no existía, o apenas había empezado a insinuarse.

También veíamos que en la globalidad erótica prenatal, los dos polos de entonces se hallaban entregados a un juego muy rico de donaciones y recepciones recíprocas. ¿Ocurre del mismo modo en la posnatalidad?

Sin duda. Eis le dona al yo, también en la posnatalidad, la capacidad de ser y de perdurar en el ser; vale decir, le está "regalando" el sumo bien, y ya sabemos que en eso consiste "amar". Por su lado, el acrecentamiento del yo en la posnatalidad, su avance hacia la plenificación, opera como una verdadera donación de "más ser", que Eis también, por su parte, "necesita".

En la posnatalidad, el juego erótico entre Eis y el yo puede variar, hacerse más intenso o menos intenso. Y aquí hay que anotar algo fundamental: ello dependerá únicamente del yo. ¿Por qué? Porque Eis no puede aumentar su participación en el sistema erótico, dado que siempre, por naturaleza, "se pone" al máximo. En cambio el yo, a medida que se va desarrollando, puede estar puesto en el juego erótico a lo largo de una gama que va desde el mínimo hasta grados crecientes de intensidad.

¿Cómo hacer para que el yo aumente la intensidad y riqueza de su participación en el sistema erótico? El primer requisito es que se haga

perfectamente consciente de que su erotismo hacia Eis es el único mecanismo que existe para ir construyendo la futura globalidad perfecta de la Supravida.

Y a la vez entender que ese erotismo suyo hacia Eis supone la plenificación más alta que pueda alcanzar como ser humano. O al revés: que ser el yo lo más pleno posible depende de cuánto erotismo sea capaz de volcar en su interrelación con Eis.

Fundamental tener todo esto absolutamente concientizado, no dejarlo librado al "erotismo de oficio", porque concientizarlo es la única forma que poseemos de llevar a su máximo nuestra capacidad de "erotismo religioso".

En esto se diferencian sustancialmente el yo prenatal y el posnatal. El primero operaba a ciegas, sin ninguna intervención de la conciencia y de la voluntad; y ese erotismo elemental crecía o se enriquecía también "de oficio".

En cambio, el yo posnatal dispone de instrumentos que le permiten intensificar a sabiendas, en más o en menos, su vínculo erótico con Eis: concientizarlo; aprender y hasta adiestrar las técnicas y recursos de intensificación erótica; aplicar su voluntad a hacer cada vez más intenso y rico su vínculo erótico con Eis.

Todo esto se podría formular de otro modo, diciendo que tanto en la prenatalidad como en la posnatalidad, el sentido del vivir es siempre el mismo: incorporar el yo al sistema erótico yo-Eis.

En ese destino erótico fundamental reside, a mi modo de ver, la esencia del hombre. Decir "ser hombre" es exactamente lo mismo que decir "ser erótico" con respecto a Eis. Quien no avanza en su ligazón erótica con Eis, frustra su condición esencial, traiciona su destino, lo desvirtúa sin remedio. Se convierte, lo sepa o no, en no-hombre. Cree ser un hombre, pero se equivoca: ha faltado a su designio esencial, a su razón de ser última.

3.

Es importante observar ahora cómo este modo de ver la evolución interior del yo, acarrea transformaciones de la mayor gravitación.

Tal vez lo primero sea acostumbrarme a una idea completamente nueva para mí: la de que provengo de una globalidad/una inicial, cosa que jamás había manejado en esos términos. Una globalidad que en el origen debiera parecerse bastante a un "amasijo" indistinto de yo y no-yo, muy mezclados en un revuelto primordial que los entremezcla y confunde.

O si se quiere: sería un todo anárquico, sin deslindes ni separaciones ni precisiones demarcatorias que permitan hablar de territorios diferenciados. Una especie de ovillo algo caótico, donde bullen entreveradas las vivencias del yo y del no-yo.

Esto significa que en mi "historia existencial" lo primero que aparece es una Eis caóticamente fusionada con el yo en una mismidad absoluta y radical. De allí partí. Así me largué a ser.

Jamás se me había ocurrido esto, ¡y cuánto me cambia! Antes pensaba en la vida prenatal como en un fenómeno puramente fisiológico que me aconteció, a mí como a todos.

Pero ahora se ha vuelto otra cosa: mucho más que un proceso fisiológico natural, lo veo como un episodio de significación existencial y religiosa: nada menos que la fusionalidad completa con Eis en el comienzo mismo de la trayectoria individual.

Resulta que, contrariamente a lo que yo sentía, empecé mi vivir dando un paso cargado de contenido trascendente. Arranqué desde la fusionalidad más perfecta con Eis, siendo plenamente un uno con ella. O si se prefiere: experimentando de un modo muy visceral el sentimiento de mismidad con el "todo lo que hay".

De este modo, la prenatalidad pierde, para mí, su carácter de fase exclusivamente preparatoria o gestatoria del ser en lo fisiológico y psicológico. Primero y por sobre todo -sin dejar de ser eso, obviamente- lo prenatal pasa a ser una experiencia de indudable carácter religioso, de fusión completa y acabada, con la cual inauguro mi individualidad.

Poco me importa que esa vivencia inaugural que sin duda tuvo el yo en aquellas instancias iniciales, haya sido más que nada intuitiva, intelectualmente difusa o imprecisa. Creo que ese anti-intelectualismo no le quita ninguna validez, y tal vez al contrario: al basarse por sobre todo en lo que llamaría una "afectividad primordial", ese origen gana en visceralidad, en hondura sanguínea (si así pudiera decirse), en radicalidad elemental, que acaso la emparente más con lo puro del ser.

Por cierto: ese saberme proviniendo de una experiencia religiosa -aunque sea con esas características-, me cambia por completo la tonalidad y la atmósfera interior con que me miro. Ya ahí empieza a quedarme claro que no soy meramente un "producto natural" -para decirlo con lenguaje mercantil-, sino un ser de condición trascendente, a partir de una fusionalidad con el Todo, que está en mi persona desde los orígenes mismos.

Ahora bien; ¿dejó huellas en mi ser esa experiencia religiosa primordial que tuve en la prenatalidad? ¿Qué clase de huellas? Y si algunas quedaron impresas, ¿cómo operan sobre mi yo "actual"?

Si me atengo a lo que me transmite la memoria, tendría que decir que en mí no se ha conservado el menor rastro. Por más esfuerzo memorístico que haga, nada recupero ni reaparece de la globalidad erótica que tuve: desierto perfecto.

Sin embargo, no puedo aceptar esta falta absoluta de todo recuerdo. Me resulta increíble: ¿cómo semejante experiencia no va a quedar inscripta de alguna manera en el trasfondo de mi ser? Fue demasiado intensa, marcante, como para no haber dejado alguna señal cuando menos.

Claro: la explicación de esta falta puede residir en que se trata de vivencias demasiado arcaicas, operando además sobre un aparato psíquico todavía endeble o rudimentario. Hasta parece natural pensar que la memoria humana todavía no estaría configurada o estructurada en aquellas etapas tan primerizas. Podemos imaginar incluso mecanismos supletorios de registro de datos o informaciones ambientales, que no llegaran a constituir todavía una memoria hecha y derecha, pero que fueran más que suficientes para las necesidades del momento.

A ello hay que agregar un factor posterior para explicar el que no tengamos noticia alguna de aquellas etapas: que a las huellas iniciales que pudieron haber quedado, les cayó encima una lluvia apabullante de experiencias del vivir posnatal, que se fueron acumulando de manera aluvial en los depósitos de la memoria. Sepultados bajo esa abrumadora montaña de acontecimientos recordados, es comprensible que los más antiguos registros que pudiera haber, hayan quedado sin acceso alguno al plano de la actualidad; y ninguna evocación, por empecinada que fuera, sería capaz de reflotarlos.

Sin embargo, pienso que dentro de cada yo tienen que haberse conservado rastros en alguna medida; tal vez en lo más recóndito y resguardado del inconsciente. Descuento que, casi de seguro, nunca más podré tocarlos, palparlos, con los manejos de la memoria. Pero esa imposibilidad no quiere decir que no me hayan modelado desde las profundidades del ser.

Cierto que hoy no vemos nada, que la oscuridad en que se debate nuestra memoria es completa; pero al menos es posible que podamos "deducir" cuáles tienen que haber sido los efectos de aquellas primeras vivencias "religiosas" sobre el yo presente.

4.

Para empezar, ellas me indican que yo aprendí -¡y qué temprano!- que estoy dotado para ser perfectamente un todo; y además vivencié cómo es eso de ser un todo. Es cierto que aquel yo era estructural y vivencialmente muy distinto al actual; pero en ambos casos se trata del yo, de este yo que me ha sido dado, de modo que aquél y éste no difieren tanto en su naturaleza.

Por eso no me parece demasiado forzado decir que en materia de totalidad, ya soy un veterano. Pues mi yo fue una vez, sí, la totalidad, y lo fue con una intensidad descomunal. Y si bien era diferente al de hoy, de todos modos era mi yo; de suerte que su experiencia tiene que haber quedado en mí.

Y no sólo llevo el sello de lo total: también el de la fusionalidad erótica. Yo ya "sé" lo que es andar fusionado eróticamente con la totalidad. En lo más hondo de mis vísceras llevo radicada esa vivencia de

religiosidad enamorada. Y la llevo -que esto quede bien claro- no como cadáver conmemorativo de algo que fue y ya no es; al contrario, esa vivencia tiene que seguir latiendo en lo más secreto y guardado de mí ser, conservándose muy viva, participando de algún modo en mi actualidad, aunque yo no lo sepa, o no lo perciba.

Por eso puedo decir que estoy más que fogueado en la descomunal experiencia de ser Eis plena y acabadamente. Sé bien de lo que hablo: lo tuve, lo viví, aunque en otro contexto tan distinto al actual. Y más que eso, lo gusté. Para mí no es nuevo el goce amoroso de sentirme uno con Eis. O mejor: de sentir que soy cabalmente Eis. Porque de eso se trató: yo, enamorado de Eis, fui Eis; Eis, enamorada de mí, fue el yo.

Repito que poco hace que el yo y el no-yo fueran diferentes en sus manifestaciones: en su esencia eran lo mismo que el yo y el no-yo de ahora. Y por eso me atrevo a afirmar que soy "experto" en enamoramiento religioso: porque me gradué hace años en esta disciplina. Fue mi primer oficio, así debuté en los trajines de ser: entreverado con Eis en un romance fragoroso, desbocado, en el que ni ella ni yo nos retaceamos nada.

Podría exponer lo mismo en estos otros términos: la primera actividad que encaré en mi existencia fue la de ser feliz. No dediqué mis comienzos a otra cosa. Y creo que lo hice más que bien. Me siento algo así como maestro de la dicha religiosa, o catedrático de la plenitud. Creo que nada volví a hacer tan diestramente en la vida como ese ser uno con Eis, que me tuvo venturosamente ocupado a lo largo de los meses prenatales.

Imposible que nada de esto, tan intenso, tan conmovedor, se me haya borrado. Por eso hablo de esas experiencias como si las estuviera percibiendo de nuevo. Basta pensarlas, reconstruirlas como acabo de hacer, para que resplandezcan delante de mis ojos actuales con una nitidez impresionante.

Por eso yo me miro a mí mismo, me miro hacia dentro, y creo descubrirme algo fundamental que antes no sospechaba ni por asomo: entreveo en lo hondo de mí (o adivino, o invento, lo mismo da) una configuración básica, un entretejido primordial, compuesto por el conjunto de vivencias que tuve en el origen; por más que fueran puramente intuitivas, sin ninguna formulación intelectual. Totalidad, fusionalidad con Eis, erotismo mismificador, plenitud de ser, felicidad religiosa sin límites: experiencias sobre las que hoy mismo va asentado el edificio completo del yo, aunque no las perciba.

Es muy triste que no nos llegue ese basamento intuitivo formado en el origen. Por eso tenemos que superar esa ceguera actual, penetrar a través de la memoria, traspasarla hasta llegar mucho más allá del territorio donde ésta opera, y allí procurar hacer alguna forma de contacto con las resonancias, al menos, de esta plena felicidad religiosa desde la cual partimos un día, tan distintos pero tan los mismos que hoy.

Me digo entonces que si una vez fui capaz de estar fusionado con Eis, en estrechísima mismidad erótica con ella, ello es señal de que mi yo está capacitado para hacerlo de nuevo; de que tiene las facultades y habilidades necesarias para enfrentar por segunda vez aquella experiencia indeleble.

Claro que ahora los medios para fusionarme con Eis serán muy otros. Imposible recuperar los instrumentos de que me valí en la prenatalidad. Imposible y, además, no deseable. Yo ahora soy muy diferente, mi entendimiento de lo que es ser también ha cambiado, mis herramientas para fusionarme tienen muy poco que ver con aquéllas del origen.

Pero el hecho de haber estado una vez en fusión con Eis hasta tal punto, alimenta mi convicción de que ello está impreso en mi naturaleza, de que es parte constitutiva del yo.

Ciertamente, puedo equivocarme, pero no lo creo. Todo en mí corrobora el sentimiento de que aquella experiencia religiosa fundamental del origen, lejos de ser ocasional o accidental, es parte constitutiva de la esencia humana, llamada a ser la espina dorsal de nuestro vivir y el elemento que le confiere validez definitiva.

Pero si bien los modos de la experiencia religiosa fundamental van a ser distintos -aunque no su esencia-, mi vivir consistirá en ir preparando e "instalando" los mismos elementos de relación entre el Yo y Eis que se dieron en la prenatalidad, pero ahora en vistas a la futura Supravida.

O sea: en cierto modo se trata de "inventar" un yo que, en lugar de crearse una entidad aparte del Todo, como ocurre hoy, empiece a "sentirse Eis" y a modelarse a sí mismo para poder constituir otra vez, al final de su camino, la globalidad/una a la que está destinado en la Supravida.

¿Pero qué implica para el yo ese "sentirse Eis"? ¿En qué lo cambia? ¿Por qué digo "inventar un yo"? ¿Será para tanto?

Creo que sí lo es. Siento indispensable llegar a una configuración nueva del yo, y también a una mecánica inédita de su relacionarse con el mundo. ¿Pero en qué consisten concretamente estas "novedades necesarias"? Veo algunas cosas que se aparecen bastante insólitas, lindando a veces con el dislate.

Para empezar, siento que el yo debe asentarse en un sentimiento de ruptura de límites. Mi yo actual vive "convencido" de que está férreamente fronterizado, de que acaba en su envoltura corporal y de que está contenido por un "envase" psicológico del que no puede salirse. Es un sentimiento muy fuerte que lo encajona, o lo empareda. Uno no se da cuenta, pero vivimos con conciencia de "estuche cerrado".

Y ahora, justamente, tenemos que pasar a sentirnos todo lo contrario: un yo de puertas abiertas, proyectado hacia todo lo externo, talmente como

si nos prolongásemos en todas direcciones. Se trata de construirse un yo lábil, de bordes frescos, circulatorio en su intercambio con la externidad.

Un yo -además y primordialmente- que sienta que él es literalmente cada cosa que ve ser. Eso mismo: ahora nada puede serle ajeno, porque él va como instalado, como residiendo, en cada realidad que lo rodea. Mire lo que mire, lo mirado es un espejo. Porque el yo ha pegado un volido y anda posado en cada punto del universo. Y cada punto del universo ha venido a posarse en él. El yo se ha vuelto un espejo donde todas las cosas se asoman a mirarse.

Como corolario de este modo de conectarse con el mundo, se nos hace imperioso conquistar un sentimiento de ósmosis perpetua, vernos en permanente ida y vuelta, en permeabilidad de fondo. Como si nuestros bordes fueran porosos y a través de esos poros circulara cómodamente todo lo que hay, ya entrando, ya saliendo, según se nos ocurra.

Y este "se nos ocurra" pasa a ser fundamental. Porque también este "nuevo yo" debe asentarse sobre un sentimiento de libertad un poco delirante: llegar hasta creerse capaz de quebrantar -si se lo propusiera- las leyes naturales. Sentir también que se le han roto los límites interiores, hasta el punto de terminar pareciéndole normal que le circule por dentro el universo entero. Imaginarse incluso un buen disparate, y creer en él a pies juntillas: que todo lo que el universo pueda, lo puede él.

O sea: un yo desimpregnado de cordura, de sensatez, de sentido común, de enrejados racionales. Ha roto todos sus moldecitos de normalidad y pasa a instalarse cómodamente en el dislate, en el convencimiento perfectamente absurdo de que para él cualquier posibilidad forma parte de su circuito de ser.

Asigno la mayor importancia a este sentirme locamente libre, a este subjetivo crearme capaz de sobrepasar todo límite de cordura o normalidad y de andar por encima de los rigores de la ley natural. Puede que nada de esto se refleje en la acción concreta y cotidiana del yo, por cierto; pero creo que lo reviste de un sentimiento de holgura, de soltura de ser, que me parece lo más saludable y necesario cuando se trata de vivir en dichosa consonancia con Eis. Pero nada puede estar más alejado de lo que hoy nos ocurre, en que nos sentimos vivir metidos adentro de una caja (o de varias cajas).

¿Cómo será eso de "sentirse Eis" en la Supravida? ¿El yo se seguirá sintiendo, además, yo? ¿O habrá pasado a sentirse exclusivamente Eis? ¿O se sentirá ambos a la vez? (¿con predominio de uno o de otro; en qué grado?). ¿O será que pasa alternativamente de uno a otro? (Etcétera: vaya a saberse cómo podrá ser esto).

Y otra cosa que me intriga: ¿se parecerán ese "sentirse Eis" en el comienzo y en el final de mi trayectoria, en la prenatalidad y en la Supravida? ¿Serán semejantes las vivencias de fusión, aunque sea aproximadamente; o no tendrán nada que ver entre sí?

En cuanto a cómo se siente esta fusión, pienso que el yo inicial no debe tener noción alguna de sus límites ni de su diferenciación con lo que es no-yo. La suya debe ser en todo caso una intuición -muy primitiva por cierto- de indiferenciación total: el yo no debe tener manera de saber donde termina él y donde empieza "lo otro", pues todo debe llegarle como una unidad. Hay para él -pienso- un solo ámbito, un único "corpus" de ser sin dentro y sin fuera, una extensión unificada donde no cabe ni un asomo de sentimiento de ajenidad, ya que todo se siente "propio", todo esencialmente afín y uno.

Es una hermosura pensar que esto ha sido así en el pasado prenatal; pero qué difícil reconstruirlo ahora en vistas a la futura Supravida: vamos tan arraigados en nuestra "yoidad" diferenciada, en ese sentirnos de un lado mientras enfrente (y aparte) está lo "otro", lo de fuera, que se nos torna casi imposible concebir esa continuidad-una, esa mismidad efectiva y real, esa circulación unificada que se ha entablado entre fuera y dentro, entre yo y no-yo, vueltos de hecho y sin metáfora "una cosa" única e indiferenciada.

Sin embargo, tenemos que trabajar para que eso vuelva a ocurrir: que el yo vuelva a ser cabalmente el "todo lo que hay", pues no otra cosa será la Supravida, especie de paraíso religioso hacia el que vamos.

O sea que partimos de un auténtico paraíso religioso, y tenemos desde ahora que encaminarnos hacia otro paraíso religioso. En efecto, ése será nuestro final humano: volver a estar el yo en la misma situación del comienzo, otra vez siendo perfectamente Eis; sólo que ampliados Eis y el yo de modo incalculable en comparación con aquellos orígenes prenatales. Por segunda vez en nuestra trayectoria total, volveremos a sentir que ninguna frontera diferenciadora rige entre Eis y yo.

Me parece importante establecer que esa globalidad-una, ese yo convertido en "todo lo que hay", hay que verlo y entenderlo como una fiesta sagrada. Entendamos: cuando empleo esta palabra, "fiesta", no estoy queriendo insinuar que a lo mejor el yo siente desde su subjetividad que el "todo lo que hay" parecería estar en fiesta. No, no: quiero indicar algo bastante distinto.

Lo que pretendo es afirmar que esa unidad "yo-todo lo que hay" -vale decir esa Eis- es de por sí y literalmente una fiesta sagrada. No se trata de una mera percepción por parte del yo: se trata, en rigor, de que el yo consiste ahora -sin ninguna metáfora- en una fiesta objetiva y literal, dada su condición de "todo lo que hay".

Y decir "fiesta sagrada" no me parece ninguna demasía. Ya he señalado más de una vez que la propia condición de ser tiene un intrínseco y sustantivo carácter festival. Y entonces no podemos olvidar que en la globalidad-una, en el yo/Eis, nos hallamos en el apogeo de ser, en la plenitud de ser; esto es, en el colmo posible de la festivalidad esencial.

Así debe verse la que fue globalidad prenatal: fiesta sagrada en su esencia. El "globo", el uno, el "todo lo que hay", la Eis de los orígenes, tiene que ser entendida (sentida más que nada) como una formidable instancia festiva que se cumplió en la plenitud perfecta de ser.

Pero ahora tengo que pensar, mirando hacia adelante, que la Supravida que debo construir también será una fiesta sagrada de naturaleza semejante a la de la prenatalidad. Nuevamente el yo estará siendo lo mismo que el "todo lo que hay", que Eis, sin distingo posible entre uno y otra. Habrá "una sola cosa", aunque de naturaleza doble, y esa cosa-una será por esencia fiesta pura, delirio jubiloso que no cesa.

Si bien el yo de la Supravida será muy distinto al yo prenatal, y distinto también el "todo lo que hay" en uno y otro caso, en ambas situaciones estamos en pleno apogeo de ser, aunque las escalas puedan haber variado; y por tanto la condición festival se mantiene intacta.

Puedo decir, entonces, que provengo de una fiesta pasada y voy hacia una fiesta futura, las dos de naturaleza sagrada. ¿Y qué pasa "en el medio"? Esto es: ¿cómo concebir el lapso "entre fiesta y fiesta" (lapso que no es otra cosa que el vivir humano)? ¿Cómo debe transcurrir éste? ¿Debe ser (puede ser) también una fiesta esencial?

Pienso que sí, que puede serlo, siempre y cuando se cumpla un par de condiciones indispensables. La primera, concientizar a fondo que la condición de ser, en la que ya estamos, es de por sí festival. Debemos entender que si no se concientiza fuertemente esta festividad, ella no opera en modo alguno (por aquello de que si Adán nunca llegó a darse cuenta de que estaba en el paraíso, de hecho no estuvo realmente en el paraíso...).

Pero falta todavía una segunda condición, que no me parece menos indispensable. Es obvio que durante el vivir humano, el yo no podrá estar nunca mismificado con Eis en forma completa y perfecta. En el mejor de los casos, estará trabajando para preparar la perfección y completud de la Supravida, pero aún no habrá llegado a esa perfección. O sea que el yo seguirá conservando su diferenciación con respecto al "todo lo que hay". No es como en la globalidad, tanto inicial como final, en que ambos constituyen un todo perfecto, sin fronteras separatorias de clase alguna.

Por eso no puede compararse la fiesta de ser cuando se da en la globalidad unitaria (sea la prenatal, sea en la Supravida), que cuando se la vive en el tramo intermedio o preparatorio que es el vivir humano. En este periodo, es imposible que la fiesta de ser sea completa o perfecta. Lo fue al principio, lo volverá a ser al final, pero "en el medio" trabaja en contra el hecho de que el yo esté separado de la totalidad, aun cuando pueda ser una separación mínima, una grieta delgadísima.

Sin embargo -decía-, el clima de festividad sagrada puede no estar ausente del vivir humano. En efecto, el yo -si se ha situado como es debido- estará trabajando todo el tiempo en la "fabricación" de la fiesta futura, la de la Supravida, que es su finalidad primordial. Y el solo

hecho de estar, con todas sus capacidades, apuntando en esa dirección, ya basta para impregnar su accionar de una atmósfera festiva. ¿Por qué? Por una razón muy simple y obvia, que formularía así: no es lo mismo vivir organizando todo el tiempo una fiesta que anticipando una tragedia. Quien fabrica una fiesta no puede evitar verse en alguna medida contagiado de su clima: es como si la respirara anticipadamente al sentirla cada vez más cercana.

- II -

COMO PUDO HABER SIDO LA VIVENCIA ORIGINAL

Yo no tengo dudas de que la primerísima experiencia del ser fue de orden afectivo; y agregaría aún: de signo paradisiaco. Puedo imaginarla como un sentimiento de plenitud cálida, dulcísima, un sentirse logrado, colmado de paz, protegido, invulnerable, en delicioso estado de perfección. O algo aproximado.

El yo -seguimos imaginando- debió estar embebido de un sentimiento de "globalidad con un Otro" (para decirlo de la manera más difusa posible), sintiendo a ese Otro como la fuente y el origen de dicho estado paradisiaco.

Pero no descarto, sin embargo, que ese sentimiento pudiera estar acompañado de determinados contenidos asimilables a mecanismos de tipo intelectual, por rudimentarios, por larvarios que fueran en una etapa tan primitiva del ser; pero que aun así le permitieran a ese ser tan incipiente alcanzar ciertas referencias, por vagas que fuesen, de lo que le está aconteciendo.

Y por último me atrevería a agregar que el yo, a partir de ese sentimiento que lo lleva a reconocer un signo paradisiaco en el Otro, quizás experimentó también un impulso activo: lanzarse hacia ese Otro para acrecentar el estado de deleite que él le provocaba.

Cabe pensar, entonces, que esa vivencia primera podría descomponerse en tres "ingredientes" principales:

- 1 - un puro sentimiento: plenitud, calidez, protección, bienestar;
- 2 - el germen de un contenido intelectual: la intuición difusa de una globalidad bi-polar, donde se distinguen, aunque sean muy larvariamente, un yo y un Otro;
- 3 - un impulso o voluntad de acción: el deseo de ir hacia ese Otro para acrecentar y perfeccionar el sentir paradisiaco.

"Desmontada" de este modo en sus tres componentes la vivencia original, interesa estudiar su actualización, esto es, trasponer a términos actuales cada uno de esos tres ingredientes. Tendríamos entonces:

1 - el componente afectivo no supone variación mayor. La vivencia actual, que debe presidir nuestra actuación existencial, debe ser, como en aquel origen, un sentimiento de doble paraíso: el paraíso de ser y el paraíso de estar fusionándose a cada momento con Eis.

2 - En cuanto al contenido intelectual, en el yo actual deberán presentarse con mucho mayor desarrollo y nitidez aquellas nociones primarias de yo y de Eis, y siempre constituyendo una globalidad, una unidad bi-polarizada, que debe llevarse en el centro mismo de la experiencia adulta.

3 - Con respecto al contenido volitivo, subsistirá en la experiencia actual el impulso de salir a buscar en Eis el acrecentamiento y la alimentación paradisiacas a través de una unión afectiva creciente.

Esta necesaria actualización nos muestra cómo ya estaba en el origen el impulso de ir a buscar en el Mundo la corroboración paradisiaca, la tendencia a fundirnos eróticamente más y más con lo externo como condición para lograr la plenitud definitiva. O sea: ya desde el origen mismo habríamos tenido la vehemente certidumbre de que está en el Otro, en el No-Yo, la fuente paradisiaca fundamental, y que por tanto en ese Otro tenemos que ir a abreviar también hoy si queremos ampliar y perfeccionar nuestro paraíso posible.

De otro modo: este análisis de la vivencia original viene a demostrar o corroborar lo que intuitivamente sabía: que sin globalidad afectiva no hay paraíso; que sin Otro entrañado con el Yo no hay vida; que sin Todo en estado de erotismo dirigido a mí, la existencia es inviable, reina la muerte. Y también que de nada sirve agarrarse de tal o cual aspecto parcial del mundo. Eso no salva, no colma. La condición es ligar el Yo con Eis entera, sumergirlo en la globalidad de Eis por medio del erotismo, supremo elemento soldador.

En suma, que la vivencia original puede servirme de referencia y de guía. Ella constituye el modelo que procuraré reconstruir con materiales actuales. Llevar siempre en la mira ese modelo original que procuraré reconstruir con elementos del yo adulto.

Ese paraíso inicial que tuve con Eis, define así el sentido profundo de la existencia. Mi meta consiste en reeditar ese modelo ligándome afectivamente con el Todo, hasta formar con Eis una viva mismidad erótica. Así, no le demos más vueltas: hacerse uno con Eis es el camino que llevamos marcado desde lo más recóndito de nuestra experiencia: otra vía no hay.

¿EL NACIMIENTO ES UNA PÉRDIDA?

Si la vivencia primerísima es, como queda dicho, una completa globalidad paradisiaca, donde hay una mínima diferenciación, casi inexistente, entre el yo que empieza a venir y el no-yo en el que se halla inmerso, la marcha de la vida prenatal consistirá entonces en un diferenciarse cada vez más los dos polos, a medida que el yo fetal se desarrolla y acentúa sus rasgos propios. Podría decirse que la globalidad inicial va de un más a un menos.

Luego, cuando llega el momento de nacer, se produce el desprendimiento del yo y aquella interdependencia inicial parece romperse. Nacer no es otra cosa, en definitiva, que la interrupción de una mismidad preexistente y el comienzo para el yo de una vida autónoma que tiene como escenario el ámbito exterior.

En este sentido, nacer supone una acentuación marcadísima del Yo, en desmedro de aquella existencia simbiótica o fusional que fue característica de la vida placentaria. El hombre, para poder subsistir en el ámbito externo al que ha arribado, necesita afirmar con extraordinaria fuerza a su yo y aprender pronto a reaccionar con mayor autonomía frente a lo externo que ha venido a encontrar.

De aquel vivir en flotación armónica con el medio placentario, se ha pasado a un ámbito más problematizado, que exigirá del nuevo ser recursos inéditos de supervivencia, posturas y cautelas complejas para adecuarse a su relación con el universo, cosa que en la vida placentaria se hallaba resuelta de hecho y sin intervención del yo: éste no tenía que hacerse cargo de su propia existencia, porque ésta se le daba hecha sin necesidad de opciones ni encaminamientos.

Al nacer, se ha roto aquella especie de limbo (lo que no quiere decir pasividad); el yo ya no está en flotación dependiente: a partir de ahora, y cada vez más a medida que crezca, el yo deberá vivir haciéndose cargo de sí mismo, sus actos deben ser decididos o aceptados por él, cada momento será una opción. Ahora el medio externo no le resuelve su existencia, como ocurría en la vida prenatal.

Así mirado, tendríamos que decir que el nacimiento implica haber perdido lo que se tenía, aquella globalidad paradisiaca desde la cual partimos (origen, sin duda, del mito del paraíso original, perdido luego). Y que nacer acarrea también una situación de grave riesgo para el ser humano, en cuanto se encuentra de golpe inmerso en un medio desconocido que le plantea problemas inéditos y le exige una nueva postura trabajosa -antes no era así- para encarar su relación con lo externo.

Obviamente, el ser humano no podría sortear por sí solo esta nueva encrucijada: tiene que ser protegido por el mundo adulto, el cual, al mismo tiempo, deberá enseñarle gradualmente cómo manejarse con ese universo al cual ha llegado, y que no resulta nada fácil manejar.

Es casi inevitable deducir, por lo tanto, que para el naciente su advenimiento al mundo tiene características traumáticas, e implica una

doble dimensión dolorosa: por un lado, la pérdida de una globalidad deleitable que se tuvo en el origen; por el otro, la dificultosa adaptación a un ámbito externo riesgoso, adverso en más de un sentido, que requiere complejísimos aprendizajes y adiestramientos.

Frente a este cuadro, es ineludible extraer la conclusión de que nacer es a todas luces una pérdida comparativa, a la vez que un acontecimiento de signo negativo si lo referimos a lo que se dejó atrás: a todas luces, "salimos perdiendo" con este cambio. La vida era mucho más placentera, plenaria y completa en la prenatalidad; nacer "vino a estropearnos" lo mucho que teníamos.

Y en rigor es inapelablemente así... siempre y cuando sigamos viendo los acontecimientos con la óptica que les han aplicado siempre las culturas conocidas. Sin embargo, el panorama puede cambiar por completo si miramos las cosas a la luz de un entendimiento basado en Eis. Pero esto supone introducir unos cuantos correctivos en la apreciación que habitualmente hacemos de los tres momentos: la prenatalidad, el nacer mismo y la posnatalidad. Conviene verlo.

- IV -

UNA PLACENTA MENOR, UNA PLACENTA MAYOR

El primer correctivo a aplicar consistirá en la interpretación que hagamos del nacimiento mismo. Según recién observábamos, el nacer es visto como el pasaje del ámbito placentario a un universo desconocido, que se siente extraño y hostil. ¿Pero esto es así per se? Quiero decir: ¿es el universo extraño y hostil en sí mismo, o es así como lo vivenciamos nosotros? Esta extrañeza, esta hostilidad, ¿está en el universo mismo o es una lente cultural que nosotros le aplicamos, y que por lo tanto podría ser cambiada por otra?

Bien puede pensarse que ese sentimiento tan negativo que el universo nos produce en un primer momento, es el fruto "instintivo", reflejo, de un terror ciego que el naciente experimenta cuando vivencia su ruptura violenta con el medio placentario y su llegada a un ámbito por completo desconocido. Pero una cosa es que ese terror esté justificado, dadas las circunstancias en que adviene al mundo el nuevo ser; otra cosa es que ese terror sea fatal e inevitable.

Es posible imaginar manejos y preparaciones que hagan del acto del nacimiento, no un desgajamiento a veces brutal como hoy ocurre, ni una transición brusca de un medio a otro, sino un pasaje delicado y dichoso del medio placentario al medio externo. Eso solo le quitaría al acto de nacer buena parte de su contenido traumático, quizás aterrador, que hoy debe tener para la sensibilidad del que nace.

Pero no sólo eso. Esa idea del universo extraño y adverso no es únicamente el fruto de los terrores naturales del naciente: si bien miramos, es también la concepción dominante en todas las culturas conocidas. Desde las prehistóricas hasta hoy, el universo siempre fue vivenciado con desconfianza y temor, como algo ajeno y opuesto a la condición humana, fuente de todos los peligros y todos los misterios con los que tenemos que lidiar sin descanso para poder sobrevivir.

Y ese sentimiento de rechazo al universo, que consciente o inconscientemente flota en el "aire" de nuestras culturas, le es transmitida de mil maneras al niño desde sus primeros tiempos, corroborada luego durante toda su etapa formativa, hasta quedar instalada en los pensamientos adultos con visos de cosa "objetiva" y "natural".

Pero sucede que ese universo puede ser visto con otros ojos completamente distintos. En mi visión, por ejemplo, el universo es Eis misma (aunque pueda no ser "toda" Eis), y por lo tanto no tiene nada de extraño ni de hostil. Todo lo contrario: es un ámbito fundamentalmente erótico y afín, con el que me siento profundamente mismificado.

Por lo tanto, "llegar" a este universo en el nacimiento, mal puede tener nada de traumático, temible o negativo. Al contrario, debe verse como el ingreso a una instancia sagrada y prodigiosa, cálida y "amiga", donde todo debe ser sentido como exaltación festival.

De todas maneras -se me podrá decir- aquella globalidad erótica y paradisiaca del origen esa sí se perdió sin remedio al producirse el nacimiento. El yo ahora está autonomizado y obligado a manejarse por sí mismo con un mundo externo, cosa que no ocurría en la prenatalidad. Sin embargo, creo que también en este punto cabe una rectificación al modo de mirada habitual.

En efecto, si miramos la posnatalidad bajo la luz de Eis, puede que nos llevemos una sorpresa: ¿por qué no ver las posiciones relativas del yo y del universo como equivalentes a las del yo inmerso en el medio placentario prenatal? De otro modo: ese portentoso universo, bien puede ser asimilado a una nueva placenta envolviendo al yo, del mismo modo que, en el origen, la placenta materna envolvía al nuevo ser que se estaba gestando.

El paralelismo, a la luz de Eis, no parece nada forzado. Ese universo (que es Eis) está protegiendo, alimentando y promoviendo al yo, dándole sustento; y vive en permanente intercambio fundamental con él, en una actitud que debe considerarse erótica. Y así ocurría, exactamente, con la placenta prenatal.

De tal modo, una vez nacido el nuevo ser, lo que hace es, en rigor, un "cambio de placenta", o una ampliación de placenta: deja atrás la prenatal, pero pasa a un universo capaz de comportarse como nuevo ámbito placentario con el que es posible reproducir las condiciones fundamentales del origen. Todo dependerá de que se quiera hacer de ese modo, de que se aplique la óptica de Eis.

Pero también depende de que seamos capaces de estar alertas para corregir un "error" de apreciación en que el medio humano hace incurrir al recién llegado, como enseguida veremos.

- V -

EL MITO DE NARCISO Y LOS "ERRORES" EDIPIANOS

Parece por demás obvio que la noción de "madre" o de "lo materno" no juega papel alguno en las posibles vivencias del ser que comienza a advenir. Es impensable que el feto (suponiendo que tuviera alguna forma de actividad intelectual) pudiera "pensar" en términos de madre-hijo, dadas las condiciones en que se desenvuelve la vida prenatal.

Lo mismo ha de ocurrir en los primeros tiempos de la posnatalidad: el recién nacido irá descubriendo paulatinamente la presencia materna, o elaborando paso a paso, experiencia tras experiencia, la noción de un "polo materno" que está junto a él y que se le hace indispensable. Pero es una vivencia compleja, que no puede saltar instantáneamente, sino que requiere larga, y seguramente ardua, elaboración.

Pero mientras tanto, podemos imaginar las vivencias iniciales del recién llegado al mundo. Al enfrentarse a él las primeras veces, su "apreciación", apenas intuitiva, no podría ser nunca imparcial, o impasible: estará marcada más bien por un poderoso repudio contra ese "lugar" desconocido en medio del cual se encuentra. No repudio por "verlo" (o sentirlo) de tal o cual manera, sino simplemente por ser "el otro" con respecto a la globalidad que antes se tenía y que ya no está más. El mundo externo, en ese momento, no es lo que es: es... lo que ya no se tiene, y eso basta. Supone pérdida, mutilación, nostalgia.

No resulta extraño, por eso, que el nuevo ser, a poco de echarse a andar en el mundo, comience a elaborar visiones que traducen ese su rechazo casi instintivo, y que poblarán las fantasías infantiles a lo largo de toda la niñez: terrores nocturnos, fobias irracionales, miedo a la muerte y a los difuntos, espanto ante el mundo animal, apego morboso a las historias terroríficas, etc.: verdaderas "racionalizaciones" de aquel rechazo primario frente a un mundo que se ha presentado desde un principio hostil, o como helado, o como indiferente, o quizás espantable.

En estas primeras instancias de relación con el universo, el recién venido se siente antes que nada solo. Esto quiere decir, específicamente, separado de la globalidad inicial, librado a sí mismo. Pero además de

sentirse solo, ha aparecido otro contenido que se liga estrechamente al de la soledad: una incoercible nostalgia. Porque no se ha borrado para nada su vivencia de la globalidad prenatal, el sentimiento paradisiaco que tuvo hasta tan poco antes.

Podríamos decir que la postura intuitiva, oscura, del recién nacido ante el universo, comienza por ser doble: por un lado la postura de un ego expulsado, arrancado de un paraíso que tenía, obligado a moverse en un mundo que se repudia y al que se teme; pero también es la postura de alguien que tiene aún demasiado vivo el sentimiento de lo que acaba de perder y que -seguramente- no se resigna a tamaña amputación.

En suma: el recién nacido es un ser doblemente centrado en sí mismo, en su dramático presente y en su recién perdido pasado deleitable, capaz por lo tanto de ocuparse sólo de su propio yo, que pasa a ser lo fundamental para él.

Pero ese centrarse absorbente en el yo es lo que caracteriza la figura mítica de Narciso. Narciso: el que sólo tiene ojos para sí, el que vive de espaldas al mundo en tanto no lo refleje a él.

Quizás deba considerarse beneficioso que sea Narciso el que "comande" los primeros pasos del nuevo ser en el mundo; pues de ese modo el ego, merced a ese impulso narcisista, irá encontrando la forma de defenderse y subsistir. Pero fuera de ese beneficio, Narciso significa la más contundente negación del destino "religioso" del hombre, que implica siempre fusión o mismificación con el Otro. Narciso no se puede mismificar con nadie que no sea él mismo. Lo Otro no entra dentro de su campo afectivo.

De otro modo: una trayectoria que comenzó siendo básicamente "religiosa" en la etapa prenatal, a partir del nacimiento se vuelve narcisista, o sea exactamente lo contrario. El ego que comenzó a existir en fusión "religiosa", pasa a convertirse pronto en un ego solitario, desvalido, frente a un mundo que se le presenta hostil y repudiable.

Pero esa dramática soledad de Narciso no alcanza a ser total: Narciso encuentra un apoyo en lo externo -sin ningún apoyo sucumbiría-, cuando a poco andar percibe que desde esa externidad le está llegando una cierta corriente de positividad, de calidez, de protección, aunque en un principio no sea capaz de discernir de dónde exactamente proviene y cuál es su carácter.

En rigor, es todo el medio externo el que está envolviendo al yo en esas "ondas" de positividad que lo ayudan a sobrellevar la nueva y temida situación posnatal, aunque Narciso no esté todavía en condiciones de advertirlo. Pero a poco andar, y dada la presencia permanente de la madre como foco de sustento, calidez y protección, el yo termina atribuyéndole a ésta esa corriente sustentadora que le estaba llegando de fuera. Narciso comete así un primer y explicable "error" de apreciación: adjudicarle a la madre lo que en rigor es la obra del medio externo todo; ya que es éste, el medio, el que genera las condiciones necesarias para que el nuevo ser se afirme y desarrolle.

De ese modo, el Yo instauro frente a sí al polo materno -o lo construye él, que a los efectos es lo mismo-. Su nostalgia de la vivencia paradisiaca lo lleva a aferrarse a ese centro de calidez que es la madre (o quien haga sus veces, claro está), sin darse cuenta de que -repito este concepto- ese centro sustentador era desde el principio el medio externo todo, aunque focalizado ahora en la proximidad de la figura materna.

De tal suerte Narciso, en el nuevo universo donde ha empezado a residir, termina viendo a la madre como "lo más parecido" a la vivencia prenatal que perdió. Por eso no demora en erigirla en heredera de la maravilla que tuvo y que quisiera recuperar, y cree advertir que la madre es la única que puede amortiguar su soledad y su desamparo, al tiempo que la única capaz de alimentarle la esperanza de recuperar "el paraíso perdido".

Comienza así un genuino "idilio" entre Narciso y el polo materno. Pero apresurémonos a insistir en que ese idilio no es, en rigor, el primero en la experiencia posnatal: primero estuvo el estado idílico entre Narciso y las ondas de positividad que le llegaban desde una externidad todavía no personalizada. O sea que en el historial afectivo de cada persona, lo inicial no es propiamente el amor hacia la madre, sino el amor hacia el influjo benéfico que le viene de fuera y que le permite, al desvalido Narciso del origen, apoyarse en una fuerza positiva que lo sustenta y lo impulsa.

De otro modo: la primera vivencia erótica del yo posnatal está dirigida hacia el medio sustentador -aunque Narciso no lo pueda formular en estos términos, por supuesto-; y recién cuando se delinea frente a él la figura materna, Narciso volcará y concentrará en ésta esa poderosa y salvadora carga erótica que lo había animado hasta el momento.

Cuando por fin queda instaurado ese "romance" entre Narciso y el polo materno, ese vínculo nada tiene que ver -todavía- con el modelo de amor hombre-mujer. En efecto, a esta altura tan primitiva Narciso no está en condiciones de entender ni de manejar las categorías y vivencias del amor humano. Lo que está ocurriendo, en vez, es un dichoso intercambio de vivencias de calidez entre Narciso y el polo materno, pero sin ninguna referencia al sentimiento masculino o femenino del erotismo.

Hará falta todavía una larga evolución y maduración de Narciso para que llegue a las nociones de feminidad y masculinidad, y para que comience a entender el significado del amor humano; y será en ese momento cuando Narciso inserte su sentimiento hacia lo materno en el molde de una sexualización primaria: él mismo se verá como masculino, la madre como femenina, y entonces sí se habrá puesto en marcha la concepción de un "romance" al modo humano entre ambos polos. Es, como se ve, una concepción muy tardía y avanzada.

De otro modo: ese "romance" es en un principio paradisiaco perfecto. El poderoso vínculo de Narciso con la madre se carga de erotismo, y así empieza a reproducirse el modelo perdido. Aquel amor desaforado que el yo prenatal sentía por la globalidad/Eis, se reedita ahora, pero sexualizado, con el polo materno, que pasa a ser el heredero de aquella globalidad añorada.

Es el de Narciso en ese momento un amor ilímite e incondicionado, y es con ese amor inocente y desprevenido que Narciso se vuelca con pasión irrefrenable sobre lo materno. Claro está: nada sabe Narciso que las condiciones son muy otras; que el amor que él está recibiendo de lo materno es de una naturaleza muy diferente al amor que él está prodigándole a su "amada" sin retaceos. Un amor, además, que se halla férreamente enmarcado en un cuadro de circunstancias -familiares, sociales, psicológicas- que lo hacen inviable por naturaleza.

Se podría decir de otro modo: en términos reales, Narciso no está amando como hijo sino como amante; en tanto que su amada no lo está amando como tal, sino como madre. Hay como un malentendido capital; casi que se podría decir que se ha entablado allí una "conversación de sordos".

Por lo demás, Narciso ignora también que ese amor al que se ha entregado con tal fuerza, está plagado de condiciones, límites, riesgos, que él no es capaz ni de sospechar, porque cree estar viviendo la prolongación del maravilloso erotismo prenatal. Ni vislumbra siquiera que este amor nuevo que está experimentando por lo materno, está sometido a mil contingencias imprevisibles o inmanejables...

La primera de todas: que ese polo materno tiene dueño. En efecto, no demora en aparecer la noción de polo paterno. Revelación trágica para Narciso, cuando descubre un día que su amada indispensable no es libre, no le pertenece: el Padre, el Rival, es el verdadero dueño objetivo de su amada. Nos resulta difícil calibrar la magnitud del cambio que esto acarrea para el atribulado Narciso, que ni se imaginaba tamaña novedad.

A partir de ese momento, Narciso se reviste de un ropaje nuevo; ha nacido en él Edipo. Un Edipo que inevitablemente se sentirá postergado por su amada, traicionado quizás por ella, derrotado en definitiva, incapaz de enfrentar al mil veces más potente polo paterno, que está allí imponiendo su ley, genuino "dueño" del objeto de su amor...

Ha comenzado así, para Narciso/Edipo, una auténtica tragedia, que se traduce en un verdadero sismo afectivo, un temporal de los sentimientos, donde se entrecruzarán caótica y cruelmente amores y odios, en medio de un oleaje ambivalente e incomprensible. Una tragedia interior que costará mucho superar, pero que aun superada, dejará su marca indeleble para siempre en el corazón de Narciso/Edipo. Nadie escapa a esa marca, en torno a la cual se va construyendo la psicología de cada cual, su íntegra vida afectiva.

Así, provenimos todos de ese temprano "error" de Narciso: suponer que el vínculo hijo/madre reproduce exactamente el modelo erótico de la vida prenatal, y no ver en qué diferentes condiciones se desarrollan uno y otro. Al no poder medir Narciso/Edipo esas diferencias, las consecuencias del "error" serán nefastas: Edipo no se sacará nunca de encima su sentimiento de frustración y de derrota, que le quedará latiendo en lo hondo, por más que en planos de superficie pueda armar una estructura de vida que el medio, por lo regular, puede llegar a considerar "normal".

Ese "error" de base, esa falsa similitud que lleva a poner todo el patrimonio erótico del yo en un objeto inapropiado, ¿es un hecho fatal e inevitable? Dado el papel que juega lo materno en la supervivencia y formación del recién nacido, parecería que no hay otra alternativa: es fatal que Narciso "se enamore" del polo materno, por cuanto es natural que lo identifique con la globalidad erótica del origen; y así va a desembocar más tarde en la situación edipiana con el trauma consiguiente.

Se diría que es ésta una historia inmodificable, por cuanto se asienta en la naturaleza psíquica del yo y en la situación inicial a la que va a verse inevitablemente enfrentado. En este sentido, no parece nada casual que ese "error" edipiano aparezca repetido prácticamente en todas las culturas.

Sin embargo, habría que revisar este punto con más cuidado. Yo me pregunto si no es posible pensar en una "sustitución de las herencias". Quiero decir: buscar la forma de que no sea el polo materno -polo inviable por definición- el que "herede" el sentimiento de la globalidad prenatal. En rigor ¿quién tendría que heredarlo, si no es la madre?

Hablaba antes de otra corrección indispensable: cambiar el sentimiento de rechazo hacia el universo, que parece inevitable en el ser que adviene, y formar en éste el entendimiento de que ese universo es propiamente Eis, y por lo tanto es "partidario" nuestro, un ámbito cálido y promotor del yo, con el que debemos unirnos amorosamente, religiosamente, para cumplir el destino que nos está reservado.

Por lo que se ve, ese universo así visto reproduce casi literalmente el ámbito que tuvimos en la prenatalidad; es, según decía, como una nueva placenta, una placenta ampliada, que viene a reproducir las condiciones de la prenatalidad.

Estas consideraciones nos están indicando desde ya cuál sería el elemento continuador de la globalidad inicial: no la madre, que por definición no puede asumir ese papel, sino el universo/Eis en el que el nuevo ser ha desembocado al nacer. El no-yo de la globalidad prenatal pasará a convertirse con toda naturalidad en el universo/Eis de la posnatalidad.

Y si bien miramos, hay una equivalencia perfecta de situaciones, de formas de relacionamiento erótico, entre el yo y Eis en ambos casos. En rigor estamos en lo mismo: siempre se trata de una fusión erótica Yo/Eis, que se repite en la prenatalidad y en la posnatalidad prácticamente en los mismos términos y posicionamientos recíprocos.

Imposible vislumbrar lo que significaría para el yo vincularse con un muy cálido universo/Eis en vez de hacerlo con el polo materno. El cambio de horizonte, de perspectiva, de postura vital, es inimaginable en favor de la primera opción. Sin contar con que el yo se evitaría así el tremendo impacto traumático que significa la tragedia edípica.

Ahora bien: ¿cómo sustituir un episodio que parece tan natural e inevitable -el amor del yo por el polo materno- por otro que, al revés, nos llevaría a fusionarnos con un universo por el que sentimos un rechazo inicial no menos natural en apariencia?

Ya me he referido al rechazo por el universo y lo he mostrado, no como natural, sino como una racionalización de los sentimientos ante la pérdida prenatal; y marqué con fuerza cómo el mundo adulto, el medio cultural, puede cambiarle el tinte a ese rechazo al convertir al universo en Eis.

Creo que algo similar ocurriría con ese "cambio de herencia" que vislumbro. Si el medio cultural aceptara que el polo materno está de por sí incapacitado para prolongar la globalidad prenatal, ya que conduce indefectiblemente a la tragedia edípica; y si a la vez admitiera que ese papel hereditario debe desempeñarlo el universo/Eis, creo que la sustitución podría cumplirse sin mayores inconvenientes.

Faltaría determinar los modos, los procedimientos para lograr que el nuevo ser se fuera encauzando paulatinamente hacia el universo/Eis visto como la nueva globalidad erótica con la que fusionarse.

Pienso que desde el advenimiento mismo del recién nacido, todo debiera organizarse ex profeso en el medio cultural para inculcarle al nuevo ser la aceptación amorosa del universo/Eis; hacerle sentir al niño desde su nacimiento que el mundo que lo rodea es el polo amoroso al que necesita vincularse, creándole las condiciones ambientales para que pueda hacer desde el principio la experiencia viva y personalizada del universo como globalidad favorable, como placenta a la que podrá seguir amorosamente ligado.

No me parece nada mal que se le enseñe esa visión; porque a no engañarnos: es en todos los casos el medio cultural el que va a inculcarle al recién llegado un modo de mirar el mundo y de interpretarlo. Eso no es instintivo, ni natural, ni mecánico: no "viene hecho" en ningún caso; hay que gestarlo.

O sea: es ilusorio suponer que la elección del polo materno como heredero y continuador de la globalidad prenatal es un hecho natural e inevitable: no, es también una creación y una imposición del medio cultural, donde todo está organizado y preparado para asignarle a la madre ese papel.

Eso quiere decir que ese mismo medio cultural tendría que operar en lo sucesivo cambiando su meta: en lugar de enfilarse hacia lo materno, que enfile hacia el Universo/Eis y le haga sentir al niño que es ésta su nueva globalidad erótica, prolongación de aquélla que tuvo en la prenatalidad.

Pero este cambio trascendental se hará imposible si no operamos antes sobre las condiciones del mirar humano. Quiero decir: nunca lograremos modelar a un hombre de signo Eis, si lo obligamos a seguir formándose en una sociedad de signo Narciso/Edipo. Sólo nos libraremos de la tragedia edípica sustituyendo al polo materno por el Universo/Eis: obra eminentemente colectiva, fruto de una visión cultural que afirme a Eis por encima de todo otro valor.

Me resulta imposible imaginar cómo sería un hombre privado del trauma edipiano, un hombre sin Edipo, afincado exclusivamente en el territorio erótico-religioso de Eis. Nadie puede saberlo, ciertamente, porque nunca se dio, pero de lo que no tengo ninguna duda es de que sería un ser humano por completo diferente al que hoy conocemos.

Cambiar lo materno por la globalidad Eis me parece la empresa transformadora de mayor calado que tiene el hombre ante sí; la más pródiga en promesas ciertas de mutaciones y aperturas que nos llevarán hacia territorios e instrumentos hoy insospechables del vivir humano.

ANEXO.

Los once "errores" iniciales del Yo.

Esquematizo las sucesivas etapas por las que atraviesa la experiencia afectiva posnatal del recién llegado, haciendo notar que los "errores" que iremos viendo, provienen en rigor de uno solo, el primero, matriz y origen de todos los demás.

1) El "error" primordial: a poco de surgir el Narciso defensivo que el Yo crea en los primeros momentos, éste comprueba que le llega una vivificación exterior, una onda de bienestar y estimulación que proviene de fuera; y como hay una figura que se halla casi todo el tiempo junto al yo -la figura materna, aunque Narciso no pueda todavía pensar en términos de "madre"-, es inevitable que Narciso se forge la idea de que aquella onda benéfica proviene de ese foco concentrado de la realidad externa (llamémosle "polo vivificador").

Sin embargo, estrictamente no ocurre así: en rigor, la onda benéfica no proviene de un polo concentrado, sino de un espacio mucho más amplio. En efecto, es todo el entorno, todo el involucramiento externo el que, concertadamente, trabaja en favor del nuevo ser. Lo que pasa es que el Yo jamás podría entenderlo así a esa altura tan temprana de su experiencia: resulta inimaginable que Narciso pudiera darse cuenta de que la onda benéfica que él recibe, no proviene propiamente de un "polo" cercano y concentrado, sino de una vasta totalidad envolvente.

Esa falsa percepción de Narciso, perfectamente comprensible, marcará a fuego todos los pasos que siguen.

2) A medida que transcurren los primeros tramos del vivir del yo, la figura que rodea a éste más cercanamente (esto es, la madre o quien haga sus veces) se va dibujando con fuerza creciente en el horizonte del nuevo ser, y lo va "ocupando" cada vez más. No es extraño, entonces, que aquel "polo vivificador" vaya adquiriendo forma humana, y que además se feminice. Imposible que Narciso pudiera percibir ese matiz diferencial entre los dos "polos" sucesivos: primero el vivificador, ahora el humanizado. Se explica, pues, este segundo "error".

3) La relación que Narciso había entablado inicialmente con aquel "polo vivificador" había tenido un carácter fuertemente erotizado. Ese erotismo se transfiere ahora al polo humanizado y feminizado. Nace entonces una figura nueva en la experiencia del recién llegado Narciso: la llamaremos

"el polo amatorio" o "la Amada". Comienza así un "romance" de teñido paradisiáco.

4) Más adelante, esa Amada primordial se va identificando cada vez más con la Madre Real (o quien haga sus veces). Surge así el que llamaremos "polo materno"; nuevo "error", alimentado y sostenido por los anteriores.

5) Embarcado en esta fusión erótica tan poderosa con el que es ahora el "polo materno", era imposible que Narciso advirtiera la índole precisa de ese amor, y en especial la insubsanable incompatibilidad entre la naturaleza del amor materno y el amor fuertemente sexualizado que el Yo está sintiendo.

6) El "error" inicial se ahonda más aún: Narciso, a esta altura, no tiene razón alguna para ponerle frenos o límites a su sentimiento. Por lo tanto se entregó a ese amor sin restricción alguna, al sentir que la Madre Real (o quien hiciera sus veces) estaba ahí proveyéndolo de calidez, protección, alimento, cariño. Fue entonces muy natural que el Yo viviera ese amor a velas desplegadas y en un clima de tonalidad francamente paradisiáca.

7) Es en ese momento privilegiado cuando aparece la figura del Rival. Imposible que Narciso entendiera que se trataba del Padre, pues no había elaborado todavía la noción de tal. Narciso vivió la aparición del Rival como una perturbación catastrófica, una interferencia invasora, que venía a interponerse en el límpido amor que se venía desarrollando sin tropiezos entre la Amada y él. Acababa de nacer Edipo; o -mejor- Narciso-Edipo.

8) El siguiente "error" de este Narciso-Edipo consiste en haber creído que la Amada "pertenecía" al Rival. Imposible que Narciso entendiera que no se trataba de un Poseedor y una Poseída, sino de una relación de tipo conyugal, dentro de la cual el Rival ejercía sus legítimos derechos.

9) Como Narciso-Edipo comprobaba a diario cómo la Amada vivía tan sometida a los dictados del Rival, procuró cuando menos dejar limpia la imagen de ella. Para eso imaginó -nuevo "error"- que era contra la voluntad de su Amada que ésta estaba bajo la égida del Rival. La vio como su esclava o su víctima, por tanto sin culpa alguna; y la imaginó además fiel en el fondo al "romance" que había mantenido hasta entonces con Narciso-Edipo.

10) Narciso-Edipo procuró entender entonces de qué índole sería el poder y la "tiranización" que el Rival ejercía sobre ella, y lo atribuyó a la única condición erótica que él no poseía: la genitalidad (por difusa que esa noción pudiera ser en un comienzo); la cual quedó desde entonces teñida de una coloración condenatoria, que al Yo le costará enormemente superar después.

11) Por último, surge el que parece ser el último de los "errores" de Narciso-Edipo: éste advierte horrorizado que la Amada no es esclava del Rival y que la sexualidad y genitalidad no le son impuestas, sino que ella las consiente gustosa. Narciso-Edipo se siente traicionado, y condena a la Amada... aunque no logra escapar a su influjo, y le sigue al

mismo tiempo "perteneciendo" en lo más íntimo. Aparece así un doble juego torturante y destructor: coexisten la reprobación y la dependencia.

En suma: de poco le sirvió a Narciso-Edipo comprender mucho después que su relación con la Amada no era de hombre a mujer, sino de hijo a madre; que ella lo quiso profundamente, sí, pero como tal hijo, sin ninguna connotación de otro tipo; y que el Rival no ha sido tal, sino el Padre, a la vez que el esposo legítimo de la Amada. Todo ello de poco podía servirle a un Narciso que se vio modelado desde su origen por realidades tan conmocionantes, aunque fueran radicalmente erróneas.

- VI -

LA VISION DE EIS Y EL MITO DE PAN

Aún antes que los mitos de Narciso y Edipo que acabamos de ver funcionando en nuestra primerísima interioridad, aparece en nuestro horizonte otro mito que acaso sea el más importante de todos: el mito de Pan; sin embargo el menos manejado y conocido. Conviene ver su papel y su importancia en la trayectoria de nuestro yo.

Vayamos al momento de la muerte erótica. Ya sabemos que ésta consiste en que el Yo se desprende de sus peculiarismos y se sume dichosa y definitivamente en Eis. Podría pensarse entonces que la muerte erótica entraña un "volver a Eis": nacimos del seno de Eis, al seno de Eis regresamos (y resuenan antiquísimas voces: "del polvo vienes, al polvo regresarás").

A mí no me parece que sea así, sin embargo. Lejos de constituir un regreso, la muerte erótica nos conduce hacia una condición enteramente original, inédita, que no tiene precedente alguno en nuestra experiencia. Porque "en el medio" de esos dos extremos -el surgimiento desde Eis y el sumirse en Eis- hemos creado y desarrollado una entidad única y original, la hemos enriquecido y amplificado, y todo ese material novedoso "se transfiere a Eis", se le incorpora como un aporte exclusivo.

Y por nuestra parte, la muerte erótica no es ningún retorno a una condición anterior, pues ahora somos un patrimonio completado, y no, como en el origen, el anuncio de un patrimonio que va a ser.

Algo sí recuperamos del pasado inicial (pero recuperar no es regresar): la globalidad con Eis que conocimos en el origen. Hablo de aquel paradisiaco tiempo pre-natal en que todo era Uno, el Yo y lo "Externo" a él.

En esa primerísima experiencia, el ser humano vislumbra la condición de Pan, el dios que era uno con el Todo y con cada cosa. Por esa vivencia capital pasamos antes que por ninguna otra, y nos queda impresa de modo

indeleble. Con el nacimiento aparecerá Narciso, según vimos; y mucho después Edipo; pero nuestra nostalgia incoercible -si sabemos leernos- será siempre por aquel Pan que fuimos en el origen.

En esa experiencia tan temprana, la primera de todas, aprendimos que sólo en esa fusión radical reside el sentido de nuestro ser. Es por eso que durante toda la existencia corremos tras ese sentimiento (aún sin darnos cuenta), soñando con reatraparlo y hacer de él el centro vivo de nuestro existir.

Por eso, la más honda inteligencia de lo Que Nos Pasa nos aconseja reconstruir a Pan, eso sí; pero ahora en un contexto nuevo, actualizado y amplificadorísimo, en vez de retrotraernos a un tiempo prenatal imposible.

Y precisamente, es ese nuevo Pan el que queremos construir paso a paso con nuestra vida erótica, ya que ésta consiste, en definitiva, en hacernos uno con Eis y con las cosas. Cada vez más uno, es decir cada vez más Pan.

De tal modo, ésta es la historia completa del Yo, vista en profundidad: comenzamos siendo un Pan simple y elemental, en fusión con aquella Eis representada por el ámbito placentario; luego esa unión se pierde con el nacimiento, que suele vivirse como escisión; pero desde entonces nuestro impulso secreto consistirá en restaurar aquella fusión perdida. Sólo a través de la vida erótica podemos reedificarla, lo que significa volver a ser Pan, pero un Pan nuevo, cargado de riquezas y patrimonios para entregarle a Eis.

Mediante este mecanismo inteligente, Eis "se fabrica" cada vez más ser: después que modeló al simplísimo Pan del origen, lo separa del seno prenatal pero no le quita la nostalgia, impulsándolo de ese modo a edificar un nuevo Pan más rico, más vasto, que terminará donándole entero a Eis su patrimonio fabulosamente ampliado.

Vivir el Yo puede entenderse también como un ir descubriendo el Pan que llevamos escondido, y hacerlo crecer incesantemente, alimentado por el erotismo religioso, única fuerza capaz de ambientarlo y promoverlo.

Resumiendo acerca de los mitos que nos alimentan, aun sin que los más de nosotros lo sepamos: el itinerario mítico de todo yo en las culturas actuales, podría enunciarse así: Pan prenatal - Narciso - Edipo - Pan ampliado.

Creo, sin embargo, que debemos unificar esos mitos en uno solo, el de Pan, que es el que mejor expresa el modelo de nuestra relación erótico-religiosa con Eis. Pero lo haría pasar, en todo caso, por distintas etapas sucesivas: Pan prenatal - Pan en el nacimiento - Pan en la vida erótica - Pan en la muerte erótica - Pan en la Supravida.

Un agregado a lo anterior, aunque no tenga relación directa con Eis: el papel que cumplen las figuras materna y paterna en la evolución inicial del yo, parecería ser la de hacerlo "bajar" al territorio humano e insertarlo en él. Como si tomaran entre los dos al yo globalizado y paradisiaco que ha advenido al mundo, lo despojaran de su sentimiento de "globo de ser" y de "paraíso", y lo ayudaran a encorsetarse en el marco de las condiciones de vida imperantes en el medio humano donde le tocará actuar.

Ofician como de mediadores, de adaptadores, de enchalecadores del recién llegado; primero los padres, por estar más cercanos, pero también otras fuerzas modeladoras del ámbito socio-cultural donde aquél vivirá (educación, valores recibidos, preconceptos vigentes, etc.).

Diríamos: un ser globalizado y paradisiaco no sirve para desenvolverse en el mundo de los hombres. Lo primero es cercenarle "el globo" y "el paraíso" para que pueda caminar en el nuevo suelo. Cuando llega es todavía demasiado cósmico, si se quiere; está demasiado poco humanificado. La primera tarea es acomodarlo en los moldes humanos; y ése es oficio materno-paterno antes que nada.

Y otra tarea más en esa "adaptación" compulsiva: el potente impulso erótico que trae el nuevo ser -erotismo globalizador y paradisiaco, es decir, erotismo hacia Eis-, tendrá que comprimirse también en el molde más estrecho, parcializado y restringido del erotismo humano. Aquél que fuera ser cósmico, deberá ser sexualizado y genitalizado sin demora para que a su tiempo pueda ocupar el sitio debido en el gran escenario del erotismo humano donde todos tenemos reservado un papel inescusable.

Siempre me pareció que no hay nada más peligroso que la razón. Jugar con la razón no suele ser deporte aconsejable: ¿adónde puede llevarnos esta incontrolable facultad, cuando le da por actuar librada a su dinámica tantas veces irrazonable...?

Digo esto porque si aplico el razonamiento estricto a examinar el fenómeno de la ancianidad a la luz de una cosmovisión basada en Eis, llego a una conclusión extrema y por cierto desconcertante: la de que estamos marchando hacia un tiempo en que la vejez deberá quedar derogada... Esta divertida (pero esperanzadora, vamos) conclusión, nos llega de la mano inexorable de la lógica, instrumento poco amigo de bromas o trivialidades, como sabe cualquier profesor o estudiante avanzado de filosofía.

Veamos -usando de todas las precauciones que el humor requiere- qué nos dice esta adusta señora razón cuando la hacemos pasearse por los parajes y laberintos de Eis.

Nos hace ver, para empezar, que si la vida erótica consiste en un proceso siempre ascendente de identificación con Eis, su punto culminante va a tener lugar en la etapa terminal de la existencia humana.

Pero no olvidemos -sigue diciéndonos-, que si la vida erótica ha sido adecuadamente vivida, en ese tramo último el edificio fusional tendría que estar casi completado, la unión con Eis más avanzada que nunca. Nos hallaríamos en la víspera de la mismificación, en el pórtico de volvernos Eis literal, iluminados vivamente por su resplandor, respirando ya sus vapores.

Es que estaríamos en la inminencia de nuestra plenitud, en el punto más alto del desarrollo de nuestras capacidades y potencias. Quien llegara a ese altísimo momento, sería más que un hombre: casi un Todo/Uno inminente, muy poco menos que Eis.

De tal modo -sigue susurrando la razón, no sin razón-, mal podría lograrse esta culminación en coincidencia, justamente, con la etapa de la declinación y ostracismo de la persona, momento de caída, de ruina, cuando el ser humano se torna cruel caricatura de sí mismo, su atrofia penosa.

Conclusión irrefutable: si vamos a vivir según Eis, la ancianidad no cabe. Porque Eis nos lleva a terminar nuestra vida en la cumbre, no en el pozo. Eso quiere decir que Eis y vejez son términos excluyentes; donde está uno, no puede estar el otro. El que quiera vivir según Eis, tendrá que saltarse la ancianidad...

Le hago notar a la razón, justamente alarmado, que a nadie se le puede ocurrir que la ancianidad pueda ser abolida alguna vez. En efecto, la vejez -me pongo a perorar- es un hecho natural e inevitable, fruto del obvio desgaste que produce en el hombre el trajinar por estos mundos devastadores en que nos han metido sin consultarnos.

Para mi sorpresa, noto en la razón una sonrisa socarrona: "¿Un hecho natural?", parece preguntarme. "¿La ancianidad, natural?" Y no me dice más. Pero parece estar indicándole un camino secreto a mis perplejidades. ¿Adónde me querrá llevar?

Yo me sumerjo en hondísimas cavilaciones; y al cabo de mucho hurgar, termino preguntándome: ¿pero será la vejez, realmente, una fatalidad biológica, resultado del cansancio y el desgaste de estar vivos? ¿Será tan "natural" como siempre se ha creído? ¿Acaso no es el hombre una criatura eminentemente a-natural, por no decir artificial, obligado a reinventar todo lo que le pasa?

Y sigo caminando por ese senderito que la misma razón me abrió: ¿no habrá que ver en la ancianidad el fruto de un riguroso condicionamiento cultural, resultado, acaso, de una concepción del hombre y del vivir humano?

Nada de extraño tendría que, luego, esa concepción condicionara el funcionamiento del Yo, convenciéndolo de que su declinación es "inexorable". Y todo ello remachado por la sociedad que, concorde con esa idea, consagra en hechos y actitudes la marginación del hombre declinante: lo condenará a ser cruelmente despreciado (y depreciado), con lo que realimenta su sentimiento de nulidad y de caída en una espiral imparable...

Audaces disquisiciones éstas, que llevan contra mi voluntad a conclusiones tan sorprendentes como esperanzadoras. Ya se ve qué peligrosa puede llegar a ser la razón razonante. De peldaño en peldaño, es capaz de instalarnos en el absurdo mismo. Salvo que...

(Por las dudas, ¿no será útil ir inventándole desde ya un nombre nuevo a esa etapa final -y culminante, ojo- del hombre, desconocida hoy, que será de plenitud y realización sumas, glorioso fin de fiesta del vivir, desterrada para siempre la noción de vejez...?).

PRESENCIANDO UNA NUEVA MANERA DE MORIR

Pienso que la muerte tendría que ser muy diferente en un mundo donde imperara la concepción Eis. Porque todo sería distinto si un día se llegara a concebir la muerte (y a sentirla, sobre todo) como un

estallido de erotismo, como una plenitud de ser, y no como una privación de ser; como un tránsito hacia la Supravida y no hacia un No-Ser; como una exaltación del Yo/Eis y no como la derrota inicua de un Narciso ofrendado a su propia negación.

Tratemos de delinear, entonces, lo que sería una nueva visión y una nueva práctica del morir inspiradas en una cosmovisión/Eis. Pero hagámoslo por una vez con ánimo liviano y hasta festivo, a ver si podemos aligerar un poco el gesto tradicionalmente adusto con que se llegó siempre a estos temas: no olvidemos que para Eis, la muerte no tiene nada de espantable ni de trágico.

Dejemos, entonces, volar frescamente la imaginación, trasladándonos a lo que sería un mundo organizado según los parámetros de Eis (un mundo que nunca existirá, por lo tanto). Allí vamos a ver morir a un hombre de edad bastante avanzada, que ha llevado una vida erótica perfecta. ¿Cómo tendría lugar su llegada a la muerte?

Consideremos la situación de este hombre a partir del momento mismo en que siente que va a morir, para decirlo con el lenguaje bárbaro de hoy; que va a alcanzar una identificación total con Eis, dirían entonces. ¿Qué actos realizaría desde ese instante? Y sobre todo ¿qué pasaría por su mente?

Empecemos por no equivocarnos, suponiendo que esta persona es un anciano decrepito tal como hoy lo concebimos. Nada más lejos. Acabamos de ver que en un mundo/Eis no existirá la ancianidad, noción inepta y francamente bárbara. Este hombre luce, por el contrario, como un ejemplar humano fornido, extraordinariamente vivaz y activo, que irradia una avasallante y contagiosa alegría de ser.

En su expresión se refleja una poderosa potencia inteligente, que no nos sorprendería si observáramos a otros coetáneos suyos,

varones o mujeres, en quienes descubriríamos el mismo centelleo mental victorioso, que responde al estar todos ellos viviendo una vida/Eis.

Vamos al momento en que a nuestro hombre le aparece la primera señal.

Se encontraba cierto día entregado con el mayor esmero a sus Ejercicios Sexuales matutinos, cuando creyó experimentar la vivencia de una primera mismificación radical con Eis. Fue apenas un atisbo, pero le pareció inequívoco. Aguardó a que tuviera lugar la culminación feliz del Ejercicio, se despidió de su agradecida compañera, salió con paso urgido del Copulatorio y se encaminó hasta la Cabina de Meditación más cercana.

Allí se concentró profundamente en sí mismo y confirmó la impresión que recibiera: sí, había surgido en él una todavía incipiente vivencia de mismificación definitiva. La comprobación, claro está, lo llenó de

júbilo, aunque hacía ya tiempo que sospechaba que algo así le estaba por sobrevenir, pues solía experimentar de tanto en tanto pujos de ensanchamiento, muy característicos.

Acudió entonces a los Doctores en Mismificación, quienes, luego de sondeos psíquicos e intra-orgánicos en profundidad y otras pruebas de detección, le comunicaron la feliz nueva de que debía empezar a preparar su ánimo para el trance que no tardaría en enviar más definidos anuncios.

Y en efecto, pronto le apareció una segunda señal: un deseo imperioso de penetrar, por una especie de ósmosis mágica, en la carne del cosmos; como si también su cuerpo pujara por salirse de sus fronteras, y sin dejar de ser su perfecto cuerpo, asumiera ya los rasgos propios de Eis.

Cuando ya no hubo lugar a ninguna duda, la confirmación fue recibida con estruendoso júbilo por su mujer, sus hijos, sus nietos y bisnietos, así como por su madre, la abuela y un tatarabuelo que le quedaba. (No olvidemos que en un mundo/Eis la muerte tarda incalculablemente más en alcanzarse).

Llovieron sobre él plácemes y presentes de parientes y amigos. Se le dedicaron interminables festejos, que duraron semanas, y así comenzó para el agraciado el período que se considera más dichoso de la existencia humana: ¡el Momento tan acariciado estaba próximo!

Comenzaron entonces los preparativos espirituales y corporales, según las Prescripciones. Nuestro protagonista debió entregarse a prolongadas sesiones de concentración y autodomínio; tensó más que nunca los resortes de su mente y sus sentidos, por medio de apropiados adiestramientos; efectuó numerosos viajes para impregnarse de los paisajes cósmicos; multiplicó los Ejercicios Sexuales, tanto matutinos como vespertinos; convivió poéticamente con minerales, vegetales y animales, en actos intensivos de Identificación Fundamental.

Dentro de sí fue sintiendo la fuerza central que lo impulsaba cada vez más irresistiblemente hacia Eis. Aparecieron en el momento previsto las Apetencias, los Ensanchamientos, los Traslados y las Consustanciaciones. Decía sentirse como henchido, como creciendo victoriosamente en todas direcciones.

Cada vez se lo veía más ágil, más penetrante, y con sus fuerzas redobladas. Y su telepatía volaba, al punto de que siempre se anticipaba a cualquier pensamiento de los demás.

Un día anunció que empezaba a escuchar la música y el pulso que indican el despuntar de la plenitud. Correspondía, pues, fijar la fecha del Acontecimiento. Consultados los Doctores, se estableció el día número 23 a partir de ese momento, a las 10 de la mañana.

Comenzó entonces el período de semi-retiro. Parte de la jornada transcurría en el hogar, celebrando su ventura con familiares y amigos;

parte en el Concentratorio que le fue asignado al efecto. Allí iba registrando con dicha indecible cómo crecían de hora en hora las fuerzas de fusión. Se miraba al espejo y exclamaba: "Cómo me voy pareciendo a EIS". A los demás les resultaba desconcertante comprobar cómo su rostro era cada vez más su rostro, a pesar de que cada vez recordaba menos el de todos los días: era el efecto de la Esencialización.

Se cursaron invitaciones musicales y cromáticas para el día señalado. Cuando faltaba una semana, el dichoso pasó a instalarse en el Moritorio que se le había adjudicado, donde transcurrirían sus últimos días acompañado por la algazara de todos los que quisiesen compartir su alegría. Se aislaba únicamente en los momentos dedicados a la Mismificación Gradual, a los Ritos Sexuales y a los intercambios meditativos con los Sabios.

Eran días de júbilo desbordante, animados con músicas, danzas, exhibiciones cinéticas, concertaciones electrónicas, comidas psicolábicas, lluvia de animales iluminados.

Por fin llegó el día tan esperado. El hombre fue despertado en el momento exacto de salir el sol, al que, según los ritos, saludó luego de transformarlo en una altísima encarnación de Eis.

Pudo comprobar poco después que la fecha parecía no haberse adelantado ni retrasado, pues experimentaba la sensación muy nítida de estar al borde del estallido erótico generalizado. También su cuerpo le comunicaba un vehemente ímpetu de amplificación, como si sus células quisiesen salir disparadas en todas las direcciones del espacio.

Llegaron puntualmente los dos Sabios designados: unas dos horas antes del Acto. En tono francamente festival, se sentaron los tres en rueda, bebieron, cantaron y sostuvieron ilustrativas pláticas sobre la vida ascensional y el punto de mismificación completa, que ya se notaba inminente.

Una hora más tarde, terminada la sesión, se retiraron alegremente los Sabios, y le tocó el turno a la Mujer Suma, última personificación de Eis femenina y erótica. Ya a solas los dos, cumplieron las meditaciones y encarnaciones previas, a fin de que la mujer asumiera el carácter de Eis, y de darle a la cópula el alcance de una completa fusión religiosa.

Ejecutaron luego el acto, prolongada y deleitosamente, sin duda la cópula más perfecta y dichosa que es dado consumir en toda la existencia de cada ser. A tal punto es así, que se corre el riesgo de que el momento culminante sea confundido, por quien va a hacer el Tránsito, y lo haga realmente creyendo que ya llegó. Y en eso consiste, precisamente, una de las mayores habilidades de esta Mujer Suma: evitar que su compañero realice el Tránsito Definitivo en ese momento que tanto se le asemeja. Ella lo recoge en la orilla misma, y lo trae de nuevo hacia este lado.

Concluido este paso, se retiró la Mujer Suma, y en su lugar irrumpieron en la cámara las encargadas -mujeres también, y hermosísimas- de preparar al Viajero en todo lo debido (cuando el Tránsito lo protagoniza una mujer, este servicio, al igual que el anterior, corre a cargo de varones, no menos bellos).

Llevaron al Feliz hasta una larga mesa espléndidamente ornamentada, y lo agasajaron con una Comida Final, según los gustos y caprichos del Agasajado. El ágape transcurrió entre risas, músicas y bailes, con un fondo de pirotecnia floral.

Terminada la comida, las mujeres lavaron con el mayor esmero el cuerpo del que se va a mismificar, lo perfumaron y cubrieron con sustancia radiante, que dota a la carne de un resplandor casi solar. Luego lo vistieron con la larga túnica ceremonial. Enseguida se organizó el séquito, se abrieron amplios portales y el cortejo se puso en marcha hacia el bellísimo Salón del Tránsito.

En éste hacía rato que resonaban soberbias músicas, cundían finísimos aromas y una iluminación cambiante creaba un mágico ámbito de abstracta sugestión.

De un lado del salón, que estaba construido en mármol blanco, pórfido y ónix, se levantaba una gradería. Allí estaban ubicados los familiares y amigos del protagonista, quienes al entrar éste prorrumpieron en un jubiloso canto ceremonial, acompañado de lluvias de flores y vahos aromáticos.

El hombre se encaminó primero hacia la gradería, enfrentó a cada asistente, pero ya sin tocarlo, y sólo musitó el nombre de cada uno en señal de emocionada despedida. Enfiló después sus pasos, con hermosa sencillez, hacia un resplandeciente túmulo blanco. Ascendió por las gradas hasta donde lo aguardaba un Maestro de la Transición, sosteniendo una copa que parecía destellar, depositada sobre una bandeja cubierta de terciopelo.

En el momento de enfrentarse ambos, estallaron músicas triunfales; la iluminación del salón se hizo vivísima, casi enceguedora. Todos se pusieron de pie. El Maestro elevó hacia lo alto la copa y luego, con sonriente simplicidad, se la ofreció al que iba a hacer el Tránsito.

El rostro de éste trasuntaba una felicidad que no puede verse jamás en la Tierra si no es en estos actos. Levantó con lentitud la copa, nombró arrobadamente a Eis, y bebió en un éxtasis ya no humano.

Aparecieron Figuras femeninas y masculinas, que lo ayudaron a recostarse con dulcísimo movimiento sobre una losa de pórfido, pronunciando su nombre en medio de frases de exquisita dulzura. En pocos segundos le sobrevino un gradual adormecimiento, hasta que en medio de un éxtasis sedoso tuvo lugar el Tránsito.

Las Figuras, entonces, extrajeron unos reducidos artefactos de exquisita transparencia, que pasearon repetidamente por sobre el cuerpo inmóvil. Se produjo al instante una reverberante nubosidad azul, que fue

envolviendo al cuerpo yacente hasta no dejarlo ver más. En ese momento se abrieron altas vidrieras en el techo y desde el túmulo partieron velocísimos surtidores victoriosos de vapor azulado, en viaje hacia el espacio.

Ni un residuo, ni un rastro quedó sobre el túmulo.

EPILOGO:
BIOGRAFIA DE UNA BUSQUEDA.

Soy un convencido de que nada ha dañado más el desarrollo de la buena cultura humana -no me refiero, como se ve, a la nuestra- que la invariable adustez con que se encaró siempre esta temática del cómo vivir (y también del cómo morir). Nos ganó a todos un envaramiento fatal, que nos trabó, si no la lengua -ya que nos hemos pasado parloteando sin parar sobre estos temas-, sí al menos la sensibilidad, la audacia y la inventiva, sin las cuales resultan intratables.

Apenas si hemos resonado en estos asuntos con un registro muy pobre, hemos pulsado a lo más dos o tres teclas, casi siempre las mismas y con idéntica percusión, dejando fuera un sinnúmero de sonidos posibles, capaces de enriquecer y colorear nuestro sentimiento del vivir y del morir.

Pienso seriamente que un entendimiento de nuestra peripecia fundamental que excluya la fantasía, la alegría de inventar sentidos, el aporte de la magia, las audacias de la poesía, las arbitrariedades de la demencia, los desplantes clarificadores del humor, los descubrimientos de la ironía, los vislumbres del retardo mental, trae por resultado una inteligencia tan exangüe de las cosas, que de antemano la veo condenada al acartonamiento mondo e infecundo que nos muestra hasta hoy la historia de la cultura y las creencias humanas.

Para poner algún ejemplo muy obvio: hoy vemos la muerte como el tajo drástico que se precipita sobre el vivir y lo troncha sin ningún miramiento. Vida y muerte se conectan entre sí en el mismo sentido que el hacha con el árbol al que corta. Toda nuestra armazón psicológica se basa en ese hachazo, que condiciona nuestro sentimiento todo del vivir.

Yo pienso -y siento- al vivir y al morir rigurosamente conectados, integrándose en un proceso mayor y unitario, al que le veo continuidad perfecta. Y así, juntos, continuados, el vivir y el morir configuran lo que podríamos llamar el "Qué Me Pasa" de cada cual.

¡Qué Me Pasa! En estas tres simplísimas palabras que tanto me gustó usar siempre, reside el punto de partida. Empezamos a tirar de ese, al parecer, inocente hilo, y es interminable la madeja que devanamos.

Precisamente eso me ocurrió a mí: desde muy joven me quedé fijado a ese Qué Me Pasa (o tal vez al Qué Es Esto), y allí me detuve, fascinado, hechizado por tal pregunta, que nunca más pude abandonar. Fue así que me pasé la vida trajinando alrededor de ella, aunque se me haya visto dedicado a menesteres y trajines variados, que sin embargo nunca me alejaron de aquel asunto principalísimo.

Pero eso sí: siempre necesité llevar en alto esa visión conectada de mi peripecia personal, y encararla como una trayectoria unitaria. Vida, y después muerte, y después post-muerte, manejadas las tres como un arco continuado que no se puede fragmentar. (Creo que ese "no fragmentar" operó casi como una obsesión en el armado de mi visión del mundo).

En la cruz de toda adolescencia

Cuando andaba entre los diecisiete o dieciocho años, caí en una especie de trampa interior de la que nunca más pude salir hasta hoy.

Había llegado el momento de adoptar la opción que desvela a todo adolescente: "qué hacer con mi vida". La mayoría de los muchachos de esa misma edad y de la clase media, solíamos reducir el problema a elegir una carrera en la que embarcarse: "estudiaré medicina", "yo seré abogado", "quiero dedicarme a la arquitectura", etc. Era lo que pedían las familias de clase media de entonces: una profesión liberal.

A mí se me presionó para que me convirtiera en abogado, como había sido mi padre, fallecido en mi niñez; pero yo tenía otros planes: desde muy jovencito había entendido con perfecta claridad que mi vocación era la de escritor (como también había sido la de mi padre, aunque él no le dedicó el tiempo debido), y no iba a permitir que nada me apartara de ella. No obstante, llegué a ingresar disciplinadamente en la Facultad de Derecho... pero a los tres o cuatro meses ya había desertado, para entregarme gozosamente a una bohemia literaria autodidacta, en la que en definitiva me formé.

Pero a pesar de que me lanzaba tras una vocación como la de escritor, tan prestigiosa entonces (¿hoy?), capaz de colmar con creces las ilusiones y aspiraciones de cualquier joven con ciertas inquietudes, yo no me sentí conforme con eso de satisfacer mi vocación y con hacer de ello mi centro principal como persona humana. ¿De modo que venimos al mundo a cumplir con nuestra vocación y a eso debe reducirse todo? ¿Yo escritor, aquél médico, el otro filósofo, el de más allá político, y así sucesivamente? ¿Como si fuera un baile de disfraz, donde cada cual elige el atuendo con el que va a presentarse ante el mundo...?

Aquella elección de papeles me pareció de una estrechez de miras inadmisibles. Yo sentí desde el principio con enorme vehemencia que la vida es muchísimo más que el mero ejercicio vocacional o profesional, y que tiene que abarcar planos incomparablemente más vastos y trascendentes.

Y empezaron a venirse los cuestionamientos: si yo no soy meramente un posible abogado o un futuro escritor, y soy antes que nada un hombre, ¿qué es ser un hombre? Como tal, me encuentro emplazado en un mundo, ¿pero qué es ese mundo? Advierto que todo hombre vive un tiempo y después se muere, ¿pero qué es ese vivir, ese morir? (Una de las grandezas y hermosuras de la adolescencia es que el joven, lo quiera o no, siente el apremio natural de formularse las mayores preguntas que atañen a la condición humana, aunque esté desarmado para encararlas, como lo estaba yo).

Porque justamente: yo jamás llegué a estas preguntas por tener alguna forma de vocación filosófica, ni siquiera una leve inclinación intelectual por ella. Nada más lejos de lo que yo soy. Esas preguntas brotaron con absoluta naturalidad e ingenuidad, en relación estricta con el momento que estaba viviendo, y que, según dije, me exigía entendimientos de fondo, no para filosofar; "apenas" si para empezar a vivir...

No sospeché ni por un momento que, tras esas preguntas de apariencia tan natural y necesaria, empezarían a eslabonarse y aparecer otras preguntas conexas y no previstas, que obligaban a su vez a puntualizaciones indispensables, a planteos inesperados, a indagaciones que era imposible soslayar. Y así, a partir de aquella semillita primigenia e inocente, comenzó a desarrollarse un árbol de ramaje y follaje cada vez más profuso, sin el cual me resultaría imposible resolver -bien claro lo veía- aquel primer dilema adolescente: qué hacer de mí.

Al final, mi vida, de entonces hasta casi hoy, consistió más que en ninguna otra cosa, en fabricarme con paciencia demencial ese basamento conceptual y valorativo que me permitiera "algún día" ponerme a vivir...

Y al tiempo que trabajaba con persistente fanatismo en estas "preparaciones", debí desarrollar paralelamente mi labor de escritor, formé un hogar, traje hijos y nietos al mundo, emprendí una militancia político-periodística muy riesgosa, que terminó en un exilio de cinco años -en Río de Janeiro y en México-, durante los cuales, dicho sea de paso... no dejé ni un sólo día de avanzar en la fábrica de mi cosmovisión.

(Precisamente el nombre "Eis" nació en ese tiempo de exilio, aunque el concepto lo venía trabajando desde mucho antes con otros nombres. Pero fue en Río donde acabé de comprender la necesidad de inventarme un término inédito y exclusivo para designar a Dios o al Todo/Uno, expresión ésta que usé por mucho tiempo sin que jamás me conformara; y más tarde en México llegó, no sé cómo ni de dónde, ese término "Eis" del que ya no me separé más).

Me convertí, así, en un absurdo "filósofo a pesar suyo", sin que tuviera la menor inclinación, y mucho menos formación, para semejante disciplina que nunca reconocí como mía. Pero no me importaba para nada esta evidente falta de seriedad intelectual: de todos modos, yo no estaba haciendo "obra filosófica" que pudiera trascender hacia los demás. Yo estaba meramente resolviendo mi problema personal: el de qué hacer con mi vida, única cuestión que me angustiaba y que me había empeñado en resolver por todo lo alto...

"Vivir en serio y en totalidad"

Digo así, por todo lo alto, porque en efecto, por aquellos días primeros yo usaba una especie de lema que me impuse, y que me sirvió para situar con la máxima exigencia mis búsquedas: me decía a mí mismo que mi propósito último debía ser "vivir en serio y en totalidad". Un lema que hoy me parece de formulación bastante imprecisa, si no insustancial, pero que en aquellos días me parecía cargado de significaciones que de ningún modo debía dejar soslayadas. ¿A qué me refería, exactamente?

Al decir "vivir en serio", quería significar que aplicaría mi existencia a las metas más elevadas y valederas; y también que usaría el máximo rigor en los procedimientos de búsqueda y en los instrumentos especulativos que pondría en práctica.

Y al decir "vivir en totalidad" marcaba desde el principio las fronteras que iba a imponerle al encuadramiento de mi existencia: no admitiría ni fragmentarismos ni parcializaciones; o sea que la perspectiva de mi ubicación fundamental debía abarcar mi situación entera en cuanto ser humano. De ese modo, atrás quedaba para siempre la "respuesta profesional" o aún la vocacional, ya que ellas -obviamente- no daban cuenta de lo que al individuo humano le pasa en todas sus dimensiones.

Unica opción: inventarme un camino

Establecidos de este modo los parámetros iniciales en que se encuadraría mi búsqueda, mi primer paso natural fue salir a "revisar" las filosofías y religiones conocidas, con la esperanza de que alguna pudiera satisfacer mis apetencias y necesidades de aquel momento. Ni se me pasaba entonces por la cabeza ponerme a trabajar en esto por mí mismo, ni lo sentía necesario.

Pero esa indagación en el "mercado" de las cosmovisiones conocidas, se reveló muy pronto infructuosa: me fue imposible encontrar un "árbol en que ahorcarme". Por más que indagué en el catolicismo -que fue lo primero que exploré-, luego en las corrientes protestantes y en las filosofías orientales -que ya estaban poniéndose de moda en Occidente-, ninguna de

ellas me aportó lo que tanto buscaba: por diversos motivos tuve que rechazar esos caminos ya hechos.

Ante esta grave frustración, que echaba por tierra mis más acariciadas expectativas, y luego de un tiempo de atormentada indecisión y perplejidad, me resolví a probar, con ejemplar inconsciencia, la única vía que creía ver abierta delante de mí: "Muy bien; si ninguna de las cosmovisiones conocidas me sirven, me fabricaré la mía, así me lleve la vida entera" (como efectivamente ocurrió). Sólo la fenomenal inconsciencia que dan los pocos años pudieron hacerme pensar en semejante tentativa, tan desproporcionada a ojos vistas para mis capacidades y conocimientos de entonces (y de ahora).

Pero la trampa recién acababa de atraparme. Me puse a trabajar con envidiable ahínco, y aunque después, a lo largo de los años, quise salirme no sé cuántas veces de semejante empeño -desalentado por su desproporción, o porque me acometía de tanto en tanto la evidencia del infantilismo de mi propósito, careciendo como carecía de la más elemental formación filosófica o religiosa-, todo fue inútil: más tarde o más temprano volvía a la pelea, recobraba los bríos o las esperanzas, y me decía una vez más que me estaba fraguando el mejor camino para mí mismo, ya que se adaptaría hasta el último milímetro a lo que yo necesitaba para ponerme a vivir de una buena vez...

Y cuando las dudas arreciaban, buscaba argumentos para reforzar mi coraje: ¿cómo abandonar esta marcha a mitad del camino? ¿cómo dejar mi existencia a medio edificar? ¡Justo ahora, que ya estoy tan cerca de darle término! (porque esta sensación de estar siempre a punto de alcanzar mi meta me acompañó casi día a día durante décadas...).

Décadas, sí. Demoré demasiado en darle forma a esta cosmovisión que tuve que trazarme y luego procurar convertirla en mi naturalidad. Y aunque parezca mentira, en ningún momento pensé que, con tanta demora, lo más probable era que llegara tarde y nunca pudiera asumir esa vida que me había diseñado. ¿Por qué? Por dos razones, que hoy me parecen de transparente evidencia: una, por falta de tiempo (a una muy avanzada altura de la vida no se puede cambiar hasta tal punto); y segundo porque, como establecí al principio, un modo de vivir no se puede asumir de modo individual y aislado, ya que vivir es un hecho en altísima medida colectivo, conjunto.

¿Llegué tarde, entonces? ¿Me propuse un imposible? Hoy, al final de este trazado que aquí termino, todavía me lo sigo preguntando... pero sin renunciar a mi ya viejo y tozudo empeño.

I N D I C E.

PRIMERA SECCION: AMPLIACIONES Y PRECISIONES
EN TORNO A LA COSMOVISION BASADA EN EIS.

A.El erotismo y la implantación fundamental del hombre.	
1. Navegando en una pompa de erotismo.	1.
2. La necesidad de cambiar de cosmos.	4.
3. Pareja humana y pareja religiosa.	6.
B. El lugar del hombre en el mundo.	
4."Descubrimiento" de lo no humano.	15.
5. Para ser hombre, salirse de lo humano.	25.
6. El nuevo puesto del hombre en el cosmos.	28.
7. Transformarnos en... el universo.	31.
8.Cuando un yo descubre que él es el Todo.	34.
9. Los locos de ser.	39.
5, La práctica del vivir según Eis.	
10. Cómo se hace para vivir fusionándonos con Eis.	42.
11.Un estilo jubiloso y encendido de vivir.	48.
12. Hacia una nueva vida cotidiana.	50.

SEGUNDA SECCION:
CUESTIONES VARIADAS EN TORNO A EIS.

13.Breves puntos y anotaciones.	52.
14. Tres zonas paradisíacas.	63.
15.Visitando el paraíso de ser.	65.
16.El paraíso y el mal.	69.
17. ¿Podemos rogarle a Eis?	74.
18.Hacia una salud basada en Eis.	78.
19. Las funciones orgánicas y lo excrementicio.	82.
20. Ante la perspectiva del morir "actual".	85.
21. La desaparición de las cosas y nuestra desaparición.	87.
22. El tiempo visto a la luz de Eis.	94.
23. Naturaleza electrónica y "naturaleza natural"	96.
24. Las "carpas" en las que vamos metidos	100.
25.Cómo sería una civilización centrada en Eis.	104.
26. La aventura humana vista desde Eis	110.
27. Una política en función de Eis.	113.
28. La sexualidad humana a la luz de Eis.	116.
29. Temas y cuestiones prenatales:	
. Desde la Eis prenatal a la construcción de la Supravida	130.
. Cómo pudo haber sido la vivencia original	144.
. ¿El nacimiento es una pérdida?	146.

. Una placenta menor, una placenta mayor.	148.
. El mito de Narciso y los "errores" edipianos.	150.
. La visión de Eis y el mito de Pan.	159.
30. La ancianidad derogada...	161.
31. Presenciando una nueva manera de morir.	164.
32. Epílogo: biografía de una búsqueda.	169.